
HARLEQUIN
Bianca™
Jane Porter
EL PRÍNCIPE DESPIADADO

Bianca

EL PRÍNCIPE DESPIADADO

Jane Porter

HARLEQUIN

Prólogo

EL PRÍNCIPE Alexander Julius Alberici sabía que había llegado el cambio.

El veintisiete de junio iba a casarse con la princesa Danielle y tendría que volver a Aargau, su reino en una isla del Mediterráneo, para los festejos previos al matrimonio. Después de la ceremonia, la recepción y una luna de miel de dos semanas, podría volver a París con su esposa para seguir supervisando un grupo ecologista que se dedicaba a mejorar la sostenibilidad de ecosistemas frágiles.

El trabajo era su pasión y Danielle había expresado su apoyo, un punto a su favor en un matrimonio concertado. También había accedido a vivir donde él quisiera, con la certeza de que acabarían viviendo en Aargau cuando Alexander tuviera que ocupar el puesto de su padre y subir al trono, algo que parecía estar muy lejos porque su padre era un hombre atlético y vigoroso.

Bueno, lo había sido hasta que el resfriado de invierno se alargó hasta primavera y luego, a mediados de abril, al rey Bruno Titus Alberici le diagnosticaron cáncer de pulmón y le dieron unos meses de vida.

Alexander nunca había estado muy unido a su padre. El pueblo adoraría al rey Bruno, pero era frío e implacable de puertas adentro, aunque tampoco podía imaginarse el mundo sin su inexorable padre. En ese momento, su padre estaba decidido a tomarse la muerte como se había tomado la vida, sin sentimentalismos ni debilidades, y nada iba a cambiar. La boda, a finales de junio, no iba a adelantarse y tampoco se haría pública la enfermedad de Bruno, no se haría nada que pudiera preocupar al pueblo hasta que fuese inevitable, lo cual, para el rey Alberici, era comunicar su fallecimiento.

Su madre, la reina, apoyaba el plan porque siempre había respaldado a su marido, ese había sido su papel desde que se casó y había cumplido con sus obligaciones. En ese momento, él tenía que cumplir con las suyas, que eran casarse y tener un heredero para que la monarquía se perpetuase. Se sintió desasosegado, como atrapado en el camarote, aunque era el más grande del barco. Abrió la puerta corredera y se apoyó en la barandilla para mirar el mar.

Ese viaje, que habían organizado sus amigos más íntimos, había sido un error. No podía relajarse cuando su padre estaba cada día más débil, aunque sus padres habían insistido en que lo hiciera para

guardar las apariencias. Los príncipes no organizaban despedidas de soltero y, por eso, Gerard, su mejor amigo, había organizado un viaje de una semana por el mar Egeo. Él había dejado los detalles en manos de sus amigos, estaba muy preocupado porque podía ser su última aventura y por la salud de su padre, pero debería haber participado, al menos, en la elaboración de la lista de invitados.

El yate era impresionante y la máxima expresión del lujo, pero, aun así, era un barco y estaban atrapados, lo cual, no sería un inconveniente si todos se llevaran bien, pero, inexplicablemente, Gerard había permitido que Damian Anton Alberici, primo de Alexander, llevase a Claudia, su novia. Eso tampoco habría sido un contratiempo si Claudia no hubiese sido exnovia de Alexander y su ruptura, hacía seis meses, no hubiese sido… conflictiva.

La tensión en el yate hacía que quisiera volver a casa, y eso que su casa tampoco era un sitio especialmente agradable. Su madre intentaba asimilar el diagnóstico fatídico de su padre, quien se había consumido de la noche a la mañana. El personal del palacio, que había jurado guardar el secreto, estaba increíblemente nervioso. Sin embargo, nadie hablaba de lo que estaba pasando. En realidad, en su familia no se hablaba de asuntos personales, no se transmitían los sentimientos, solo existía el deber y él lo sabía.

Cuanto antes se celebrara la boda, mejor, y la princesa Danielle Roulet sería una buena pareja. Era encantadora, estaba muy bien educada y dominaba varios idiomas, algo esencial para la futura reina. También era sofisticada y elegante, algo que agradecería su pueblo. No era un matrimonio por amor, pero saldría bien porque los dos entendían cuál era su deber y, además, la boda sería un motivo de celebración para su pueblo, y lo necesitaba con urgencia cuando la corona cambiaría de manos muy pronto.

En ese momento, le gustaría bajarse del yate y volver con su familia, no encontraba nada placentero en esa última escapada como soltero.

Capítulo 1

JOSEPHINE quería que el yate se marchara. Había cientos de islas en Grecia y ellos llevaban dos días anclados frente a una cala de Khronos, su diminuta isla. Estaba harta de música estruendosa y risas destempladas. Los juerguistas, incluso, habían desembarcado en la isla esa mañana. Ella se había escondido entre los árboles del acantilado que había sobre la playa. Las jóvenes eran impresionantes, bronceadas, esbeltas y con unos biquinis casi inexistentes, y los hombres eran guapos y fibrosos. También estaban de juerga allí y había abundante alcohol y otras cosas que hicieron que ella arrugara la nariz. Solo había uno que ni bebía ni fumaba ni hacía al amor en la playa. Sin embargo, todos lo rodeaban, era el centro del grupo.

Los observó con curiosidad y cierto desdén. No quería juzgarlos, pero, evidentemente, llevaban una vida de privilegiados. Su padre decía que los criticaba porque nunca había entrado en ese círculo y quizá tuviera algo de razón, pero le gustaba utilizar el cerebro y trabajar con su padre, uno de los vulcanólogos más importantes del mundo, que era por lo que vivían en medio del mar Egeo. Ella documentaba los hallazgos de su padre y era indispensable para sus investigaciones. Él era el primero que reconocía que no podría sacar tanto trabajo sin ella, pero al terminar la jornada, se dedicaba a su pasión, a dibujar, a pintar… Le quedaba poco papel y lienzos, pero su padre volvería al cabo de diez días y siempre le llevaba material nuevo.

Esa tarde había ido a las rocas sobre la ensenada con su cuaderno y con la intención de dibujar lo que más le llamaba la atención de la escena, el hombre que le parecía más fascinante con mucha diferencia. Tenía el pelo oscuro y tupido, las cejas rectas y los ojos claros, no sabía si azules o grises. El mentón era cuadrado, tenía los pómulos prominentes y la boca era carnosa, firme y seria. Sus rasgos eran casi demasiado perfectos y le encantaría estar más cerca para saber el color de sus ojos. Aunque lo más intrigante era su forma de estar sentado en la silla, con los hombros muy rectos y la barbilla levantada. Lo miró para comparar el dibujo con el hombre de verdad y, efectivamente, había reproducido su cuerpo musculoso y los rasgos, pero su expresión no era la acertada. Le intrigaba esa expresión y hacía que quisiera mirarlo hasta que la entendiera. ¿Estaba aburrido o era infeliz? Parecía como si no

quisiera estar allí con esas personas. Era un misterio y a ella le gustaban los rompecabezas.

Entonces, él se levantó y todo el mundo recogió sus cosas para volver al yate.

Ella se alegró y cerró el cuaderno, pero también sintió cierta decepción cuando la lancha se llevó al misterioso hombre al superyate que estaba fondeado a la entrada de la cala. Él era el hombre más interesante que había visto en su vida y se había marchado.

Esa tarde, a última hora, estaba volviendo de hacer las comprobaciones rutinarias cuando oyó unas voces, como una discusión que llegaba de la ensenada. Fue a la playa y aguzó el oído, pero solo oyó el murmullo del motor del barco; ¿iba a marcharse por fin? Como de costumbre, estaba iluminado y podía ver parejas que estaban tumbadas y bebían en la cubierta superior.

El yate se movía, podía ver la estela, y lamentó que se alejase su hombre misterioso, pero se alegró de que desapareciera el ruido. Seguía mirando cuando oyó un grito apagado y vio que una persona caía por la borda. Fue en la popa, donde había personas entre las sombras de la cubierta inferior.

Corrió hasta la orilla, pero no vio a nadie en la superficie del agua. La aterraba que alguien pudiera estar ahogándose y no podía quedarse de brazos cruzados. Se quitó el vestido de tirantes y se zambulló entre las olas para nadar hasta donde había estado anclado el barco. Se sumergió, pero todo estaba muy oscuro. Buceó con los pulmones a punto de explotar. Estaba a punto de volver a la superficie cuando tocó una tela, un pecho, unas espaldas, un hombre… Le rodeó el cuello con un brazo, pero iba a necesitar alguna fuerza divina porque los pulmones le reclamaban aire urgentemente.

Empezó a ascender. Le pesaba su cuerpo, pero nunca había buceado con tanta decisión. Se había criado en el mar, se había pasado la vida nadando, y sabía que podía hacerlo porque no estaba sola. Creía que el destino la había llevado allí cuando cayó por la borda y que estaba destinada a salvarlo… y lo salvó. Salió a la superficie, tomó aire y lo llevó hasta la orilla. Lo arrastró fuera del agua y lo puso de costado sobre la arena seca para que le saliera el agua de la boca y la nariz. Luego, lo tumbó de espaldas otra vez y se dio cuenta de que era él, su maravilloso hombre misterioso, el que parecía no tolerar a esos necios…

Jamás había reanimado a nadie, pero su padre le había enseñado a hacerlo y todavía se acordaba de lo esencial. Repitió la

operación varias veces mientras rezaba para recibir ayuda divina, no estaba dispuesta a perderlo.

¡Tenía que respirar! Entonces, cuando empezaba a creer que sus esfuerzos eran inútiles, él levantó un poco el pecho. Volvió a respirar con fuerza en su boca y él exhaló aire. Su pecho subió y bajó con una respiración entrecortada, pero estaba vivo. Le escocieron los ojos por las lágrimas y, agotada, se sentó en los talones. Lo había salvado, pero ¿qué hacía con él? Necesitaba ayuda médica y no tenía manera de pedirla. La radio estaba estropeada. Su padre llevaría una cuando volviera, pero tardaría unos días. Normalmente, le daba igual estar incomunicada, ya lo había estado antes, pero eso era distinto.

Miró al mar y solo se vio el leve resplandor del yate en el horizonte.

¿Cómo era posible que nadie se hubiese dado cuenta de que se había caído al mar?

Le apartó el pelo de la frente y entonces se dio cuenta de que tenía la sien manchada de sangre. Se había herido antes de que hubiese caído por la borda, o lo hubiesen tirado.

Había oído una discusión, eso había sido lo que le había llamado la atención, y el murmullo del motor. Parecía como si lo hubiesen golpeado en la cabeza, pero ¿por qué?

Parpadeó. Le dolía la cabeza. Intentó sentarse, pero todo empezó a darle vueltas. No entendía por qué estaba todo tan borroso, pero entrevió a una mujer con expresión de preocupación y la cara encima de la suya. ¿La conocía de algo? No podía pensar y cerró los ojos para dejarse llevar por la inconsciencia, hasta que el dolor lo despertó otra vez. Abrió los ojos y comprobó que era de día, aunque no sabía si pronto o tarde.

Una mujer se movía por la habitación. Llevaba un vestido blanco, amplio y vaporoso. El pelo, largo y liso, le llegaba casi hasta la cintura. Por un instante, se preguntó si sería un ángel, si se habría muerto y estaría en el cielo. Intentó incorporarse y sintió náuseas. Se dejó caer otra vez sobre la almohada y comprendió que no podía estar en el cielo si sentía ese dolor.

El ángel con forma de mujer debió de oír su gruñido porque se dio la vuelta y se acercó. Era tan joven y hermosa que, efectivamente, no podía ser real. Quizá tuviese fiebre y estuviese alucinando porque ella se arrodilló a su lado con la luz reflejada en el pelo castaño claro. Era posible que el infierno estuviese lleno de esas bellezas diabólicas.

Por fin estaba volviendo en sí.

–Hola –le saludó Josephine en inglés hasta que se acordó de que las conversaciones que había oído en la playa habían sido en francés e italiano–.

¿Qué tal estás? –le preguntó en francés.

Él parpadeó los ojos azules, aunque no consiguió enfocar la mirada.

–¿Cómo te sientes? –insistió ella en italiano.

Él hizo una mueca de dolor y también contestó en italiano.

– *Tu chei sei?*

–Soy Josephine. Te has herido, pero ya ha dejado de sangrar.

–¿Qué ha pasado?

–Te caíste por la borda de tu yate.

–¿Un yate?

–Sí, estabas con unos amigos.

–¿Dónde estoy? –preguntó él sin dejar de hablar en italiano.

–En Khronos, una pequeña isla de Anafi.

–No la conozco.

–No la conoce nadie. Es de propiedad privada y tiene un centro de investigación de la Fundación Internacional de Vulcanología… –se calló cuando comprobó que no estaba escuchándola y tenía el gesto crispado–. ¿Te duele?

–Sí, la cabeza…

Ella le tocó la frente con la mano y, afortunadamente, ya estaba más fría.

–Anoche tenías fiebre, pero creo que ya se te ha pasado. Si puedes beber, puedes intentar tomar algo de sopa…

–No tengo hambre. Solo quiero algo para el dolor.

–Tengo unas pastillas que deberían servir, pero creo que antes deberías comer algo.

Él la miró con los ojos entrecerrados, como si no la hubiese entendido.

Además, la barba incipiente le endurecía el mentón. Había sido impresionante desde lejos, pero de cerca era devastador. La miró a los ojos y a ella se le alteró el pulso.

–Ha pasado casi un día desde que te saqué del mar…

–¿Cómo he llegado hasta aquí? –la interrumpió él.

–El barco, el yate…

–No entiendo lo del yate –él se sentó entre maldiciones de dolor y se llevó una mano a la sien, donde la herida estaba sangrando otra vez–. ¿Cuándo he estado en un yate?

–Seguramente, la semana pasada o más –ella se sentó en cuclillas para observarlo–. ¿No te acuerdas? ¿De qué te acuerdas?

Él lo pensó hasta que encogió con impaciencia sus bronceados hombros.

–De nada –contestó él en un tono tajante.

–¿No te acuerdas de quién eres? –preguntó ella boquiabierta–. ¿No sabes tu nombre y edad?

–No, pero sí sé que necesito un cuarto de baño. ¿Puedes decirme dónde está?

Él le hizo muchas preguntas más tarde y ella intentó disimular la angustia que le producía que hubiese perdido la memoria. Preparó una cena sencilla y le habló mientras servía las verduras a la parrilla y el pollo con limón y ajo y llevaba los platos a la mesa de madera.

–Creo que debes de ser italiano. Fue el primer idioma en el que me contestaste.

–No me siento italiano, pero ¿se puede sentir la nacionalidad?

–No lo sé –ella se sentó enfrente de él–, aunque me imagino que si me despertara en otro sitio, me desconcertarían sus costumbres.

–Háblame de la gente con la que estaba.

–Eran de tu edad. Algunas chicas parecían más jóvenes y todos parecían… privilegiados.

Él no dijo nada.

–Todos estaban pasándoselo muy bien –siguió ella–, menos tú.

Él volvió a mirarla con los ojos entrecerrados.

–No sé si estabas aburrido o preocupado, pero estabas más tiempo solo que con los demás. Ellos te dejaban tranquilo y eso me hizo pensar que eras el cabecilla.

–¿El cabecilla? –repitió él en tono burlón–. ¿De qué? ¿De una banda de ladrones?

–No hace falta que seas desagradable.

Ella fue a levantarse, pero él la agarró de la muñeca.

–No te vayas.

Ella miró su mano. Sentía la calidez de su piel y tuvo que dominar un estremecimiento. Estaba agotada de tanto cuidarlo y de preocuparse. Habían sido un día y una noche interminables.

–Solo intento ayudarte –replicó ella soltándose.

–Lo siento. Siéntate, por favor.

Las palabras eran amables, pero el tono era autoritario. Evidentemente, estaba acostumbrado a que lo obedecieran. Se sentó despacio y tomó el tenedor, pero estaba demasiado cansada para comer. Podía notar que la observaba y eso no facilitaba las cosas. Además, ya sabía el color de sus ojos, eran azul aguamarina, como el color del mar.

–Creía que tenías hambre –comentó ella al ver que no había probado bocado.

–Estoy esperándote.

–Se me ha quitado el apetito.

–¿Por la compañía…?

–La compañía está bien –ella esbozó una sonrisa–. Creo que estoy demasiado cansada.

–Me imagino que te has pasado toda la noche preocupada por mí.

Sí. No sabía si sobreviviría. Siempre había complicaciones para quienes casi se ahogaban.

–Sin embargo, has salido vivo y aquí estás.

–Sin memoria y sin nombre.

–Bueno, podríamos llamarte de alguna manera.

–Podríamos…

–Podríamos decir nombres a ver si te suena alguno –él la miró fijamente y a ella se le encogió el estómago–. Yo diré nombres y tú me dirás si te gusta alguno.

–De acuerdo.

–Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

–Estoy casi seguro de que no soy un evangelista.

–Entonces, conoces la Biblia…

–Sí, pero no me gusta este sistema. Quiero mi nombre o no tener nombre.

Háblame de ti. ¿Qué haces en una isla desierta?

–No está desierta. Aquí está una de las cinco estaciones de la Fundación Internacional de Vulcanología. Mi padre es vulcanólogo. Íbamos a haber estado un año, pero llevamos ocho.

–¿Dónde está él ahora?

–En Hawái. Es catedrático en la Universidad de Hawái. Combina la enseñanza con el trabajo sobre el terreno. Está en Honolulú, pero volverá a finales de mes, dentro de nueve días.

–¿Y te ha dejado sola?

–¿Te parece raro?

–Sí.

–Para mí es normal –ella se encogió de hombros–. No soy muy sociable y, además, así puedo dedicarme a lo mío. Cuando mi padre está aquí, solo hacemos lo suyo.

–¿Y tu madre…?

–Murió justo antes de que yo cumpliera cinco años.

–Lo siento.

–No la recuerdo –replicó ella encogiéndose de hombros otra vez.

–¿Aprobaría ella la vida que llevas aquí?

–Ella también era vulcanóloga. Trabajó diez años con mi padre e hicieron lo que él está haciendo ahora, pero en Hawái. Creo que sí lo aprobaría. Quizá solo lamentara que no hubiese ido a la universidad. Me he educado en casa, incluso la educación universitaria, pero, según mi padre, tengo más conocimientos que sus alumnos, aunque no es lo mismo. Nunca he tenido que competir para trabajar, me limito a trabajar.

–¿Cuál es tu… especialidad?

–También soy vulcanóloga, pero me gusta sobre todo la relación con la arqueología…

–¿El Vesubio?

–Sí. He tenido la suerte de trabajar con mi padre en el sector suroeste del Vesubio. No solo me fascinan las civilizaciones perdidas, sino también la capacidad de los volcanes para configurar el paisaje y reescribir la historia de la humanidad.

–No parece que te hayas perdido nada por haberte educado en casa…

–Según mi padre, no sé comportarme en sociedad –ella sonrió levemente–.

Me siento incómoda en las ciudades o entre mucha gente, pero, afortunadamente, aquí no tenemos ese problema.

–¿Tu madre también era estadounidense?

–Canadiense francófona, de Quebec. Por eso me llamo Josephine –él apretó los dientes y los labios–. Recordarás tu nombre, solo será una cuestión de tiempo.

–Me hablaste en francés, ¿verdad?

–Intenté varios idiomas, pero contestaste en italiano y he seguido en italiano. *Est-ce que tu parles français?*

– *Oui.*

–¿E Inglés…? –preguntó ella cambiando de idiomas–. ¿Me entiendes?

–Sí –contestó él asintiendo con la cabeza.

–¿Te cuesta seguirme? –preguntó ella sin dejar el inglés.

–No, igual que en italiano.

No tenía casi acento extranjero y parecía más americano que británico.

Supuso que habría estudiado en algún sitio de Estados Unidos.

–Entonces, ¿te importa que hablemos en inglés?

–No.

–Pero si te da dolor de cabeza o te estresa…

–No hace falta que organices ningún jaleo por mí, estoy bien.

Ella fue a quejarse, pero se lo pensó mejor. Era un hombre acostumbrado a decir la última palabra. ¿Quién era? ¿Por qué irradiaba poder hasta en ese momento?

–Háblame de la gente que estaba conmigo en el yate. Cuéntame todo lo que sepas.

–Después de que hayas comido algo.

–Ya no tengo hambre.

–Qué raro, pero me parece que yo también estoy perdiendo la memoria.

–No me hace gracia –replicó él mirándola con dureza.

–Ni a mí. Lo has pasado mal y tienes que recuperar fuerzas. Como yo soy tu cuidadora…

–No me gusta que me mimen.

–Yo no mimo a nadie. Si comes, te lo contaré todo. Si no comes, tendrás que aguantarte porque tengo otras cosas que hacer aparte de discutir contigo.

Él apretó los dientes. Evidentemente, la situación no le gustaba, pero tomó el plato con pollo y lo probó… hasta que terminó devorándoselo.

–Está muy bueno –reconoció él mirándola a los ojos.

–Gracias.

–¿Lo has hecho tú?

–Sí.

–¿Cómo?

–Tengo un congelador y uso el horno del exterior para asar las patatas. El resto lo hago al fuego.

–¿Un horno exterior?

–También hace unas pizzas buenísimas. Aprendí a usarlo cuando vivimos en Perú. Me encantaba Perú. A mi padre le encantaba el estratovolcán.

Ella sonrió al acordarse de la emoción de su padre cuando el Sabancaya rugía y empezaba a lanzar ceniza. De no haber sido por las mujeres del pueblo, se habría olvidado de ella. Sin embargo, la acogieron y le enseñaron a cocinar y ella, a cambio, cuidaba a sus hijos para que las madres pudieran descansar un poco.

–¿Dónde más has vivido?

–En el estado de Washington, en Hawái, Perú e Italia, pero aquí es donde llevamos más tiempo.

–¿Todos los sitios eran así de aislados?

–No, este es el más remoto, pero estoy muy contenta.

–¿Por eso nos viste en la playa y no fuiste a presentarte?

–Procedemos de mundos distintos –ella se rio y le retiró el

plato–. Sería una rareza en tu mundo.

–¿Eso crees? –preguntó él arrugando la frente.

–Desde luego. No sé estar rodeada de hombres guapos. No podría estar tomando el sol, tengo que estar activa, estaría pescando o estudiando las capas freáticas para imaginarme la historia volcánica… –ella se calló un instante–. No soy tu tipo de chica.

–¿Cuál es mi tipo?

–La que parece una modelo de trajes de baño, la que no lleva ni su propia bolsa de la playa, la que se enfurruña si no tienes ganas de hablar.

–Muy interesante –comentó él con un brillo en los ojos azules.

–¿El qué?

–No te caen bien mis amigos. No lo habías dicho antes, es una información nueva.

–No debería haber dicho nada. No es importante…

–Pero sí dice mucho sobre ti.

–Exactamente. No tengo por qué decir lo que siento, debería limitarme a ayudarte. Da igual quién sea yo y lo que siento.

–Puedes tener opiniones.

–Y expresarlas si sirven para algo. Que juzgue a tus amigas no sirve para nada.

–No sé por qué me parece que eres… especial.

–Sí, no encajo, nunca he encajado.

–Eso es un poco fatalista, ¿no?

–Lo sería si estuviese lamiéndome las heridas, pero estoy aquí porque quiero. No me siento rara y aquí, en Khronos, no dudo de mí y eso está bien.

–Estás diciendo que la sociedad te incomoda.

–Sí –ella se llevó el plato y el tenedor al pequeño fregadero de la diminuta cocina–, pero me he criado al margen de la sociedad y eso es lo natural.

–¿Nunca has vivido en una ciudad?

–En Honolulú?

–¿Es una ciudad de verdad?

Ella se dio la vuelta y lo miró con el ceño fruncido.

–Claro. Honolulú tiene una historia fascinante. En Hawái hay más cosas que no son las playas y el surf.

Sin embargo, no le dijo que ya no le gustaba volver, que había demasiados coches y gente y que por eso se había quedado en Khronos mientras su padre estaba allí.

–Seríais unos doce en la playa –siguió ella mientras se sentaba–. Siete hombres y cinco mujeres. El yate era enorme, uno de los más

grandes que he visto. Tu grupo iba a la playa durante el día para bañarse y tomar el sol.

También había abundante bebida y todo el mundo se lo pasaba bien.

–¿Y la noche que me caí por la borda…?

–Había música y juerga, como siempre. Tus amigos estaban en la cubierta superior. Sin embargo, lo que me llamó la atención aquella noche fue una discusión en popa. Oí voces que iban acalorándose. Por eso me acerqué hasta la orilla.

–¿Yo estaba discutiendo?

–Sí –ella frunció el ceño–. Bueno, no sé si eras tú. Oí una discusión, un grito y algo que caía al agua. No pude verlo bien y me imaginé que alguien se habría tirado al agua, pero cuando no salió a la superficie, me asusté y…

–Me rescataste.

–No sabía que eras tú –replicó ella con incomodidad–. Solo sabía que alguien estaba en apuros.

–No creo que fuese fácil.

–No, pero me aterraba que alguien pudiera ahogarse.

–Te jugaste la vida por un desconocido.

–¿De qué sirve que me mueva como pez en el agua si no puedo salvar a alguien de vez en cuando? –preguntó ella en tono desenfadado para aliviar la tensión.

–Habría muerto si no hubiese sido por ti –contestó él sin sonreír.

–Pero no has muerto. Ya solo falta que recuperes la memoria.

Josephine sonrió, se levantó y abrió un poco las contraventanas. Podía notar su mirada clavada en ella. Se sonrojó y se le aceleró el pulso. La miraba con atención e intensidad. La desasosegaba y quiso alisarse la falda y colocarse bien el pelo, quiso estar guapa… Sacudió la cabeza. No podía ser quien no era. Ya lo intentó en Honolulú y fue un desastre.

–A juzgar por tu acento –siguió ella–, podrías ser de Bélgica, Francia, Italia, Suiza, Sicilia, Aargau y hasta Estados Unidos. Tienes un deje estadounidense.

–No me siento estadounidense –replicó él.

–Entonces, borramos a Estados Unidos de la lista. Ya solo quedan seis posibilidades.

–Sí, vamos reduciendo la lista.

Ella se rio, pero dejó de reír cuando vio los moretones que tenía en la frente.

–Me gustaría saber qué pasó. ¿Te lo hiciste en la caída o antes de que cayeras por la borda?

–Yo me he preguntado lo mismo –contestó él.

Ella lo miró con detenimiento y sin saber si expresarle sus preocupaciones, hasta que él dijo exactamente lo mismo que había estado pensando ella.

–Si no hubiese sido accidental, todo cambiaría, ¿verdad?

Capítulo 2

EL NO sabía su nombre ni dónde vivía. Ni siquiera sabía por qué había estado en ese yate con… amigos. Tampoco sabía si alguien había querido hacerle algo o había sido un accidente. Sin embargo, sí sabía una cosa: la deseaba. Se despertaba pensando en Josephine y se dormía pensando en ella.

Ya no era un niño y debería resultarle fácil dominar al apetito, pero la deseaba tanto que tuvo que preguntarse si ya habría sentido lo mismo antes, si esa avidez e impaciencia eran típicas de él. Quizá la intensidad se debiese a todo lo que no sabía.

Leyó los libros que encontró en la casa para pensar en otra cosa. Cuando se cansaba de leer, se bañaba o se tumbaba en la arena, pero siempre acababa pensando en Josephine. Quería verla y estar ceca de ella. Por eso, se ponía una de las camisas de su padre y la ayudaba con su trabajo. La ayudaba a tomar notas o a regar la huerta, lo que fuera con tal de estar a su lado.

Anhelaba sus formas, su olor y su sonrisa.

Era lista, hermosa, inocente y seria. Era singular, una joya que resplandecería entre las mujeres más hermosas del mundo. Se lo dijo un día después de haberse bañado en el mar y ella sonrió con timidez y un brillo burlón en los ojos.

–Gracias por el piropo, pero si tenemos en cuenta que no te acuerdas de nada, no sé si es válido.

–No tengo que compararte para saber que eres lista y amable. También eres alegre y optimista y me alegras a mí. Tengo la sensación de que no se me complace fácilmente.

–Desde luego, no estabas contento en la playa con tus amigos. Estabas solo y mirabas al mar. Te observé y te dibujé…

–¿Me dibujaste?

–Sí –Josephine se sonrojó–. Es lo que me gusta hacer cuando tengo tiempo libre.

–No te he visto dibujar desde que estoy aquí.

–Dibujo cuando tú no estás o estás dormido.

–¿Qué dibujas?

–Un poco de todo –ella se sonrojó más todavía–, pero, sobre todo, a ti.

A él le encantaba que los ojos parecieran más verdes cuando se sonrojaba.

Era tan natural y hermosa que le recordaba a una sirena.

–¿Por qué me dibujas?

–Me fascinas.

–¿Por qué?

–Tienes que saberlo –ella apretó los carnosos labios–. No me obligues a decirlo.

Estaba maravillado por esos labios, los dedos anhelaban acariciarle la mejilla y recorrerle los labios… y notó que se… endurecía.

–Al parecer el golpe en la cabeza me ha dejado un poco tonto. Por favor, explícame por qué iba a fascinarte alguien como yo.

–Te lo diré solo una vez.

–Estoy escuchando.

–Eres insoportablemente atractivo…

–¿Insoportablemente?

–Eres muy inteligente.

–Volvamos al atractivo. ¿Se puede ser insoportablemente atractivo?

–Sí, tú lo has demostrado. Déjame seguir. Tienes sentido del humor…

cuando quieres.

–Eso me parece un inconveniente… ser impredecible.

–Tienes amigos ricos. El yate era inmenso, pero eso es negativo.

–¿Por qué?

–Es desastroso desde el punto de vista medioambiental.

–Estoy de acuerdo.

–¿Estás de acuerdo? –preguntó ella arqueando las cejas.

–Sí. Siempre me he preocupado por el medio ambiente.

–¿De verdad?

Él asintió con la cabeza y ella frunció levemente las cejas.

–Interesante… –murmuró ella.

–¿Por qué?

–Empiezas a saber algo de ti mismo. Creo que estás recuperando recuerdos y eso es bueno.

Él sintió una punzada de inquietud y no supo por qué. Recuperar la memoria debería ser fantástico, pero lo atenazaba el miedo.

–Vamos a hablar de ti.

–¿Por qué? Soy una estudiosa aburrida…

–No eres aburrida y las estudiosas son apasionantes.

–¿De verdad? –preguntó ella entre risas.

–Fui a la escuela con mujeres inteligentes y no hay nada más sexy que una mujer inteligente…

Él se detuvo al darse cuenta de lo que había dicho. No se había

referido al colegio o el instituto, se había referido a la universidad y sabía que llamarla «escuela» era muy estadounidense. ¿Habría ido a la universidad en Estados Unidos? Notó que Josephine también lo había captado.

–Estás recuperando la memoria –comentó ella en voz baja y con emoción.

–Estás curándome. El sol, los baños…

–No hay gran cosa que hacer –ella sonrió–. No hay televisión o videojuegos.

–No creo que los usaras aunque los tuvieras. Te encanta estar al aire libre y te mueves como pez en el agua por el mar.

–Siempre he vivido junto al mar. Primero en Hawái y luego aquí. No puedo vivir sin bañarme. Si paso demasiados días sin mojarme, me siento abatida. El mar me devuelve la vida.

–Eres un pez.

–Mi padre dice lo mismo –ella se rio–. Dice que tengo escamas y que se secan si no me baño.

–Bueno, es posible que no seas un pez, sino una sirena.

–Es posible.

Josephine sonrió con timidez. Todo estaba cambiando por dentro, no podía fingir que él no la afectaba, no podía fingir que no había tensión entre ellos porque la miraba con una intensidad que hacía que se quedara sin respiración y que el corazón se le desbocara, una mirada que la aterraba y emocionaba a la vez. Estar a su lado era excitante y desconcertante, nadie la había mirado como si fuese importante, nadie había hecho que se sintiera tan hermosa.

Cada conversación hacía que se sintiera viva y no entendía por qué cuando no decían nada personal. Aun así, la fascinaba. La había fascinado cuando era un desconocido misterioso en la playa y esa fascinación había aumentado cada día porque ¿cómo era posible que alguien tan impresionante la deseara?

Además, sentirse deseada estaba seduciéndola y consiguiendo que se replanteara todas sus creencias. Siempre había creído que nunca tendría relaciones sexuales con alguien que no fuese el hombre con el que compartiría su vida. Al mirarlo a los ojos, le parecía que podía perderse algo que solo se presentaba una vez en la vida.

Además, esa atracción era mutua. Su mirada indicaba que la deseaba y saberlo era embriagador, era un afrodisíaco. ¿Qué sentiría si además la acariciaba y la besaba? No pasó de ahí porque solo se había dado un par de besos en su vida y no le habían

parecido nada especial, solo había creído que no hacía falta repetir la experiencia. Hasta ese momento. Tenía la sensación de que besar a ese misterioso desconocido sería algo completamente distinto, que, incluso, podría cambiarle la vida. ¿Era lo que quería?

Miró al desconocido, quien ya no era un desconocido y estaba convirtiéndose en alguien muy importante para ella. Había vivido demasiado tiempo sola o con su padre, quien hablaba muy poco y estaba siempre absorto por su trabajo. Entendía que su padre estuviese entregado a la investigación, pero ella, de vez en cuando, quería algo más. Quería que la vieran, que la reconocieran, que… la amaran. Normalmente, lo sentía por la noche y lo achacaba al cansancio, pero, últimamente, lo sentía a todas horas. La llegada del hombre misterioso la había cambiado, le había recordado que había un mundo fuera de allí y que no lo conocía. Aun así, también sabía que era feliz en Khronos… Se levantó bruscamente y se alejó para intentar aliviar la opresión que sentía en el pecho. Su padre la había dejado a cargo de todo y tenía que concentrarse en sus obligaciones.

–Será mejor que vuelva al trabajo.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó él.

–No. Voy a comprobar los paneles solares. Relájate y…

–Es lo que llevo haciendo los últimos días. Enséñame lo que hay que hacer para que pueda ayudarte mientras estoy aquí.

–De acuerdo, acompáñame –concedió ella con una sonrisa tensa.

La vieja casa de campo estaba construida con piedras y parecía casi abandonada por delante, pero tenía unas escaleras muy bien cuidadas por detrás que llevaban a un claro lleno de paneles solares y otros instrumentos y a otra casa de piedra más pequeña.

–Aquí está todo el material para el seguimiento de seísmos. Está conectado a sismógrafos portátiles que están repartidos por la isla y a algunos en el mar.

Prácticamente, estamos encima de un volcán y por eso tenemos sismógrafos para captar movimientos en la corteza terrestre. Algunos movimientos podrían deberse a que el volcán está despertándose.

–Si eso pasase, ¿qué harías tú?

–No ha pasado durante diez años. Según todas las probabilidades, estoy a salvo.

–Pareces muy despreocupada por algo que podría ser catastrófico.

–A algunas personas les aterran los volcanes, pero jamás ha habido una erupción tan catastrófica. Además, ¿sabías que algunas personas eligen vivir cerca de los volcanes por la energía

geotérmica, los minerales y la fertilidad del terreno? Yo soy defensora de la energía geotérmica porque es muy limpia y casi inagotable, pero los paneles solares dan muy buenos resultados y nos permiten vivir sin conectarnos a la red. Los usamos para casi todo; luz, calefacción, desalinización, la radio cuando funciona…

Él había estado observando los paneles solares, pero ella se había dado cuenta de que sentía curiosidad por el sistema de desalinización. Lo llevó a otro recinto con sus propios paneles, tubos y depósitos negros y rectangulares. Le hizo un gesto para que se agachara al lado de ella.

–Esto es lo que más me gusta porque nos proporciona toda el agua potable.

Al principio, teníamos que traer litros y litros de agua. También recogíamos agua de lluvia, pero si no llovía, nos entraba el pánico. Ahora, gracias a un convenio con la universidad de mi padre, podemos convertir agua salada en agua potable con energía solar y tecnología de última generación.

–¿Qué diferencia tiene con la desalinización tradicional?

–¿Conoces el proceso de desalinización?

–Se hierve el agua salada y el vapor se condensa.

–Eso es. Es un sistema con un consumo de energía muy poco eficiente y que necesita una infraestructura cara y compleja. Casi la mitad del coste de una planta se gasta en energía.

–Entonces, es una desalinizadora por membranas…

Ella estaba impresionada de que supiera tanto. Quizá hubiese estudiado ciencias ambientales…

–Sí y no. La universidad tomó una membrana destiladora convencional y

le añadió una capa de nanopartículas negras como el carbón. Las partículas atraen la luz y calientan toda la superficie de la membrana, convierten hasta el ochenta por ciento de la luz solar en calor y nos proporcionan más agua con menos energía.

–Fascinante –murmuró él observando el mecanismo–. Al combinar el calentamiento fototérmico con la desalinización por membranas has creado una tecnología más productiva y eficiente.

–Yo no he sido. Ha sido la universidad. Tuvimos la suerte de que los ingenieros y científicos nos dejaran probarla aquí. La tenemos desde hace año y medio y nos ha cambiado la vida –señaló con la cabeza hacia una huerta que había al lado–. Tomates, pepinos, lechugas, zanahorias… Ahora es posible gracias a un suministro constante de agua potable.

–Sabía que había una universidad estadounidense que estaba

haciendo algo así, pero es increíble verlo funcionando y saber que no es solo teórico.

–Puede ser un cambio crucial para todo el mundo.

–Desde luego –murmuró él.

Sin embargo, tenía la mirada clavada en sus labios carnosos. Se puso roja y miró hacia otro lado para intentar disimular lo alterada que estaba. Quería que la besara, pero también le daba miedo. No tenía experiencia y sabía que la mayoría de las mujeres de su edad ya habrían tenido… relaciones. Deseó haber tenido una vida más normal, haber tenido novios y saber cómo reaccionar. ¿Lo sabría él?

–Estás aburrido –comentó ella levantándose y limpiándose las manos del polvo.

–No –él también se levantó–. Estoy fascinado por todo. No solo por cómo sobrevivís dejados de la mano de Dios, también por tu padre y por ti. No puedo imaginarme a ningún padre que deje a su única hija sola en un sitio tan aislado.

–Tengo la radio…

Apretó los labios y no pudo seguir. Tenía al corazón desbocado y estaba a punto de echarse a llorar aunque no sabía por qué. No había pasado nada y, sin embargo, le parecía que estaba pasando de todo, que estaba perdiendo el control.

–Suele funcionar, no la había roto nunca. Ese accidente fue una casualidad, como lo es que estés aquí. Llevo cuatro años en Khronos y jamás había parado un yate. Tampoco han llegado…

–¿Por qué tienes miedo? –le preguntó él interrumpiendo su verborrea.

–No tengo miedo –contestó ella con la voz algo destemplada.

Él se quedó mirándola hasta que le pasó un dedo por las cejas. Contuvo la respiración y notó una descarga eléctrica por dentro. Lo miró a los ojos mientras él le recorría la nariz, los pómulos y el borde del mentón.

–Eres preciosa –murmuró él con la voz ronca.

Ella sintió su erótica voz por todo el cuerpo, fue como una provocación para los sentidos.

–Sin maquillaje, sin ropa exclusiva. Solo tu belleza. No sabía que existían mujeres como tú.

–Eso lo dices ahora, pero si me pones al lado de las mujeres del yate, verías en lo que me quedo.

–No creo que haya comparación. Tú eres extraordinaria. Tu cabeza, tu pasión por tu trabajo, tu belleza… Eres perfecta.

–Vas a conseguir que me lo crea…

–Mejor. Deberías saber que eres especial, una entre un millón.

Josephine se apartó un poco para mirarlo. Él dejó que viera el brillo ardiente de sus ojos.

–Entonces, ¿me besarías? –susurró ella–. A no ser que no sientas eso…

–Quiero besarte desde que abrí los ojos y te vi mirándome como un ángel.

–No soy un ángel –murmuró ella tragando saliva.

Tenía al pulso acelerado y no podía dejar de mirar sus pómulos y la barba incipiente que lucía todas las tardes. Además, esa boca amplia y con unos labios preciosos… Le encantaba dibujar su cara y, sobre todo, sus labios. Se preguntaba qué sabor tendrían, si besarlo sería distinto a cuando besó al bebido Ethan en Honolulú. Aquel beso fue tan atroz que se le quitaron las ganas de salir con hombres…

Él la agarró de los brazos y la estrechó contra sí con un brillo en los ojos.

El mundo se redujo a ellos dos. Ella podía notar los latidos del corazón. Se estremeció por la calidez de su cuerpo, que la apretaba contra su pecho y le endurecía los pezones. Eso era todo lo que quería, solo quería sentir su boca en la de ella…

Bajó la cabeza y su sensual boca la besó. Sintió chispas por el cuerpo, oyó un gemido, él le rodeó la nuca con una mano para sujetarla mientras se derretía por dentro. Quería mucho más, pero una vocecilla le susurraba que él estaba fuera de su alcance.

–¿Te lo estás pensando? –murmuró él apartando la cabeza y mirándola a los ojos.

–Mmm… Sí. No, no.

Nunca se había sentido tan viva e ilusionada, pero eso era un disparate. La emoción hacía que se sintiera desinhibida y desenfrenada, algo que no era ni había sido jamás. Aun así, le gustaba lo que sentía, le gustaba que la besaran y la tocaran.

–Cuéntame lo que estás pensando.

Él le acarició la mejilla y ella sintió una llamarada que le llegó a los pezones y entre los muslos.

–Evidentemente, estás pensando algo –añadió él.

–Sí, y lo siento…

–No lo sientas y háblame.

–¿Crees que puedes estar casado? –le preguntó ella a bocajarro.

–No.

–¿Crees que no tienes una esposa por algún lado?

–No la tengo.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Como sé que no soy estadounidense. No… va conmigo.

–Estás recuperando la memoria…

–Es posible.

–¿Qué va contigo? ¿Puedes describirte?

–Europeo… adinerado… seguramente, mediterráneo. Creo que dirijo una empresa o soy el propietario. Me parece que tengo bastante empleados y que es próspera. También sospecho que soy perfeccionista y que no se me complace fácilmente –él puso un gesto de fastidio–. Si todo eso es verdad, soy un majadero y me desprecio, aunque todavía no me conozco.

–Como no te conoces, creo que estás siendo un poco duro contigo mismo –ella se rio–. Creo que eres mejor persona que lo que has descrito. Mi intuición me dice que eres muy buena persona y algo solitario, estabas un poco alejado de tus amigos…

–Seguramente, porque soy un imbécil insoportable…

–¡No!

Ella lo interrumpió entre risas y se quedó pensando. ¿Era ella la que estaba riéndose como una niña feliz de la vida? Josephine era seria, se regía por datos, no por sensaciones, y su vida giraba alrededor del trabajo y de ser útil.

–¿Qué estás pensando ahora? –le preguntó él.

–¿Tan evidente es que tengo la tendencia de pensarlo todo?

–A mí me gusta, tú me gustas. No te disculpes por ser tú misma, Josephine.

Esa voz ronca y autoritaria le atenazó la garganta y sintió ganas de llorar.

Todo había sido maravilloso durante esos días con él, y se sentía plena por dentro.

–Deberíamos volver a casa para que me ocupe de la cena –comentó ella.

Él la agarró de la muñeca para que no se escapara.

–No me has contestado. ¿Qué estabas pensando hace un momento?

Ella dominó un estremecimiento cuando él le acarició el interior de la muñeca con el pulgar.

–Que soy feliz.

Intentó no mirarle la boca y no recordar el beso porque había sido maravilloso. Él hacía que se sintiera hermosa y perfecta, estar a su lado hacía que quisiera sentir mucho más…

–Además, me alegro de que estés aquí –añadió ella levantando la barbilla.

Capítulo 3

LA PUESTA de sol era un espectáculo, pero no podía captar la belleza, la tensión se había adueñado de él. Todavía no sabía quién era, pero sí tenía sensaciones de partes de sí mismo. Era enervante. Quería tener su nombre y ser quien fuera, malo o bueno, porque era desesperante pensar y sentir sin la base de ser alguien en concreto. Cada vez que decía «creo que…» una vocecilla le preguntaba que cómo lo sabía. Sin embargo, estaba recuperando la memoria aunque fuese despacio. Estaba impaciente, no quería retazos de sí mismo, quería toda la memoria. No quería tener sensaciones de sí mismo, tenía que saber toda la verdad. No se aburría en Khronos, ni mucho menos, y le gustaba estar con Josephine, pero esa isla no era su vida. Sabía con certeza que su vida no era apacible, que su trabajo no era sosegado, que su mundo estaba lleno de tensión y gente.

–Toma –Josephine apareció a su lado, en la playa, con una copa de vino–.

Te vendrá bien.

Ella sonrió y sus labios carnosos le recordaron el beso que se habían dado, a lo delicada que había sido su boca. Se le despertó el apetito y se imaginó todo tipo de cosas que no tenían nada de inocente, que, seguramente, la escandalizarían… aunque le gustarían y a él le gustaría darle ese placer.

–¿Por qué crees que lo necesito? –preguntó él.

–Vas de un lado a otro por la playa como un tigre enjaulado. Espero que te relajes con un par de copas del merlot del padre Epi.

–No habíamos bebido vino… –comentó él tomando la copa.

–No suelo beber, pero es una ocasión especial.

–¿De verdad?

–Sí –ella se sonrojó un poco–. He pensado que esta noche deberíamos hacer algo distinto que te distraiga de lo que te agobia.

–No hace falta que te preocupes por mí.

–Pero me preocupo.

–¿Por qué?

–Me importas… –ella encogió los hombros–. Por eso vamos a cenar al aire libre. Ya he puesto la mesa, veremos la puesta de sol y serás mi primera cita de verdad. Si no es muy raro… ¿Soy muy rara? Me temo que sí…

–No tienes nada de rara –él la atrajo hacia sí–. Me encantaría salir a cenar contigo.

Él besó su boca y ella se quedó rígida por un instante, hasta que se dejó llevar por él, que le pasó la punta de la lengua por los labios. Cuando los separó, se apoderó de su boca para paladearla con avidez. Se estremeció y contuvo la respiración mientras él le besaba el cuello y bajaba hasta la clavícula. Era demasiado sensible, tenía que refrenar las ganas. Ella quería una cita, un idilio, y él podía concedérselo.

–No tienes que hacer nada –replicó ella precipitadamente–. Yo me ocupo de la cena y ya he puesto la mesa. ¿Quieres verla?

Él asintió con la cabeza y le ofreció el brazo. Ella se lo agarró con timidez y volvieron a la casita, que parecía muy distinta con una fogata en el exterior y una mesa redonda cubierta con un mantel negro con pájaros de todos los colores. Había dos servicios preparados y unas velas encendidas en el centro, le conmovió que ella se hubiese tomado todas esas molestias por él.

–Ese mantel no es griego –comentó él.

–No, es peruano. Mi querida Azucena me lo hizo antes de que nos marcháramos. Debería guardarlo para mi ajuar… –ella no siguió al ver el desconcierto de él–. ¿En tu país las chicas no hacen un ajuar?

–No lo sé. ¿Qué es eso?

–La ropa de casa que aporta una mujer al matrimonio para empezar la vida de casada.

Él se dio cuenta de que se había sonrojado y de que no lo miraba.

–Yo no pienso casarme –siguió ella rodeando la mesa– y me parece un desperdicio tener esto guardado para siempre. Es bonito, ¿verdad?

–Sí.

Él, sin embargo, no estaba mirando el mantel, estaba mirando a Josephine a la luz de las velas. Se había quitado el vestido de tirantes y se había puesto una falda larga azul con una blusa de estilo campesino. Lo miró con las mejillas sonrojadas y un brillo en los ojos, con nerviosismo, con timidez y con esperanza, y esa esperanza que se reflejaba en sus ojos verdes hizo que sintiera una opresión en el pecho. Tuvo la sensación de que su vida estaba llena de mujeres hermosas, pero que ninguna era como esa. ¿Cómo iban a ser tan inteligentes y hermosas? Le maravillaba su capacidad para hacer tanto con tan poco… y no se quejaba de nada.

–¿Por qué no vas a casarte?

–Es poco probable –contestó ella con una sonrisa–. El mar no arrastra hombres a la playa.

–A mí, sí…

–Sí, pero he tardado ocho años en rescatar a mi primer príncipe.

–¿Príncipe…? –preguntó él con el ceño fruncido.

Ella sonrió y se le formaron unos hoyuelos junto a la comisura de la boca.

–Como en el cuento de *La sirenita*, aunque yo no pienso renunciar a mi alma para que él sea feliz.

–Reconozco que no conozco el cuento.

–¿Cómo es posible que no lo conozcas?

–Yo era…

Él no terminó la frase y miró hacia otro lado

–No es un cuento americano –siguió ella–, aunque Disney hizo una versión. Es un cuento de Andersen y sus cuentos siempre son tristes y deprimentes. A mí me daban pesadillas y mi padre le pidió a mi madre que no me los leyera, aunque me acuerdo de los que más me alteraron –Josephine lo miró–. Se acabaron las conversaciones deprimentes. La cena está preparada, ¿comemos?

Josephine sirvió el cordero asado con ajo, orégano, tomillo y zumo de limón. Le encantaba cocinar comida griega y el cordero iba perfectamente con el merlot y la puesta de sol.

Él le sacó la silla, un gesto caballeroso que hizo que se sintiera protegida.

–Gracias –murmuró Josephine.

Lo observó mientras se sentaba enfrente. La luz de las velas le resaltaba el color bronce de los pómulos y el pelo negro como la tinta. Sintió un escalofrío cuando la miró con esos ojos azules. Le costaba pensar cuando se le aceleraba el pulso y todo el cuerpo le vibraba por la emoción. Quería que la besara otra vez, quería que la abrazara y que le hiciera sentir todo lo que había sentido antes porque él se iría en cualquier momento y ese tiempo que

habían pasado juntos sería solo un recuerdo.

–La mesa está preciosa y la compañía no puede ser mejor –él levantó el vaso de vino–. Por ti, Josephine. Gracias por todo.

–Es un placer –replicó ella chocando su vaso con el de él.

–Es un vino muy bueno –comentó él después de dar un sorbo.

–Es griego, lo hace el padre Epi en el monasterio del monte Athos. Es el favorito de mi padre.

–Tendré que recordarlo.

–Preferiría que recordaras tu nombre, dónde vives y a qué te dedicas. Tu familia tiene que estar desesperada. Si fueses familiar mío, estaría desquiciada.

–Sí, me gustaría saber quiénes son.

–Tienen que estar angustiados, como tus amigos.

–Mmm…

–¿No lo crees? –preguntó ella mirándolo con los ojos entrecerrados.

–No volvieron –contestó él apretando los dientes.

–Es posible que no supieran dónde desapareciste… –replicó ella aunque también lo había pensado muchas veces–. El mar es muy grande.

–Si discutí con alguien, tuvo que saber que me caí al mar. ¿Por qué no dio la alarma?

–Si esa persona lo sabe, tienes un problema. Es peligrosa y quería hacerte algo. Si no, el yate habría dado la vuelta, tus otros amigos no te habrían abandonado.

Él no dejó de mirarla a los ojos y lo que ella captó en su mirada la dejó sin respiración. La deseaba y, por primera vez, le pareció que no era por agradecimiento, por haberlo salvado, que ella, Josephine Robb, la inadaptada social, le gustaba. Le costaba masticar, tragar, hablar o sonreír porque lo notaba al otro lado de la mesa, notaba su energía, se le endurecían los pechos y apretaba las rodillas como si quisiera sofocar la sensibilidad que sentía entre los muslos.

–Te has quedado muy callada –comentó él mientras acababan la comida.

La luz de la vela creaba sombras en su rostro. Era viril y guapo, pero también era duro, tenía algo implacable que le hizo pensar que no querría ser su adversaria.

–Debería recoger la mesa.

–No, no deberías –replicó él mirándola fijamente.

Ella notó que se le secaba la boca y que el pulso se le aceleraba. El deseo le atenazaba el vientre con una fuerza que no había sentido jamás. Él había despertado algo en ella que la alteraba, no solo lo deseaba, lo necesitaba. Era posible que no volviera a conocer a nadie que le hiciera sentirse así; hermosa y valiosa, emocionada y viva.

–Ven –siguió él dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

No le tendió la mano ni lo dijo en un tono imperativo, pero era una orden y él sabía que obedecería. Ella también lo sabía. Se levantó con las piernas temblorosas y rodeó la mesita. Su mirada le recorrió lentamente las mejillas sonrojadas, la boca carnosa y los hombros. Luego, se detuvo en los pezones, que se notaban debajo de la gasa de la blusa, y acabó bajando a la cintura y las caderas. Tembló al captar la voracidad en sus ojos. No estaba asustada, pero

se derretía en sitios muy íntimos, era como si estuviese convirtiéndola en miel y vino.

–Te deseo –dijo él en un tono ronco que le endureció más los pezones–, pero estoy intentando ser considerado. Sé cuánto te debo…

–No.

–Sí. Te debo la vida.

–Entonces, si es por gratitud, no me desees. No quiero que me deseen por una gratitud malenten…

Josephine no pudo seguir cuando la agarró y la sentó en sus rodillas con las manos en la cintura.

–No te deseo por gratitud, te deseo porque ya no puedo dormir, porque mi cuerpo te anhela. Me he contenido solo porque eres… inocente. Espero con toda mi alma que no lo seas porque así no me sentiría como un malnacido por querer hacerte mía.

Ella notó que el deseo le abrasaba entre los muslos con una fuerza incontenible.

–Dime que no eres virgen, que no sería la primera vez –añadió él con una mirada ardiente.

–Sería la primera vez, pero todo el mundo tiene una primera vez. ¿Por qué no iba a ser contigo?

–Porque creo que no te convengo, creo que no soy lo que necesitas.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sé.

–Efectivamente. No sabemos casi nada, menos que tú me atraes y yo te atraigo, y que me gusta cómo haces que me sienta. Quiero más de lo que hay entre nosotros, sea lo que sea.

Él apretó los dientes, se le tensó el mentón, como notaba que también se endurecía debajo de su trasero. La erección hizo que se sintiera más sensible todavía, que se sintiera abrumada por esa sensación que se adueñaba de ella.

–Te deseo –siguió ella recorriéndole el pecho con las manos–. Quiero que seas el primero.

Sus palabras fueron como echar gasolina al fuego. Quería desnudarla allí mismo, quería llegar con su boca hasta el rincón más recóndito de su cuerpo, quería tenerla mojada. Podía hacer que se retorciera y gritara su nombre.

Si fuese un caballero, la soltaría, la dejaría en el suelo y le diría que se fuese a la cama. Él se daría un baño y sofocaría ese anhelo. Si fuese un caballero, esperaría hasta que se quedase dormida antes de volver al cuarto de su padre, donde él dormía toda las noches.

Sin embargo, no era un caballero.

No sabía casi nada de sí mismo, pero sí sabía eso.

Bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. No lo hizo por delicadeza, lo hizo por crueldad, porque quería que lo anhelara tanto como él la anhelaba a ella. Por eso, la provocaba con caricias insinuantes, le pasaba la mano por los hombros, por los costados de los pechos o por encima de la cadera, cada caricia estaba pensada para que arqueara la espalda.

Ya tenía la respiración entrecortada, gemía y levantaba la boca para encontrar la de él. Lo deseaba. Le acarició un pezón con los nudillos y ella se giró sobre su regazo. Tenía los ojos velados, las pupilas estaban tan dilatadas que parecían negras. Le acarició el otro pezón y ella volvió a estremecerse. Él casi gruñó de placer; era suya.

Por fin, le devoró la boca sin contener casi la voracidad, y recibió sus gruñidos de placer. Era una boca fría y ardiente a la vez, con un saber fresco e increíblemente dulce, le pasó la lengua por encima de los labios y ella los separó. La introdujo sin contemplaciones.

No sabía por qué quería castigarla cuando era celestial, un ángel en la tierra. Quizá por eso estuviese enfadado consigo mismo, no con ella, porque no se la merecía. No debería ser quien le robara la inocencia. Tenía un ajuar lleno de sueños y esperanzas, esa noche le había puesto un mantel especial… ¿cómo iba a arrebatarle la virginidad? No debería.

Además, ni siquiera sabía si había alguien más. No estaba casado, no llevaba anillo ni tenía la marca, pero podría haber alguien especial esperándolo en algún lado, preocupado por él.

Dejó de besarla, la dejó de pie y se alejó lo bastante como para que no pudiera alcanzarla. Por un instante, solo oyó el crepitar de la fogata y el murmullo del mar. Ella no se había movido, estaba mirándolo fijamente, esperando, preguntándose…

–No puedo arrebatarte la inocencia solo porque me apetece. Está mal en todos los sentidos.

–¿Aunque yo te… dé permiso?

Parecía clavada al suelo y ya no resplandecía. Tenía los labios apretados por el dolor, y eso también se lo había hecho él. Sintió una punzada de rabia y se detestó a sí mismo por haberle hecho eso. Debería haberlo previsto, era un hombre, no un niño.

–Habría que protegerte –contestó él con la voz ronca–. Es lo que querría tu padre y lo que necesitas. No puedo aparecer en tu playa y… hacerme contigo.

–¿Por qué no si es lo que quiero? Tengo casi veinticuatro años y no estamos en la Edad Media. No pertenezco a un hombre y puedo decidir lo que me conviene.

–¿Y crees que yo te convengo? –preguntó él riéndose en un tono burlón y desagradable.

–Creo que puedes enseñarme lo que quiero saber –contestó ella levantando la barbilla.

–¿Enseñarte?

–Como habrás comprobado, no tengo experiencia. Me he dado algunos besos y algunos toqueteos torpes, pero nada más. Aquí no hay muchos hombres y estoy… poco instruida en lo relativo al sexo. Por eso quiero que seas el primero, para no ser tan… necia la próxima vez.

¿La próxima vez? Eso se le clavó en el alma, le bulló la sangre y el miembro le palpitó.

No soportaba la idea de que pudiera estar con nadie más.

–Dices que me debes la vida –siguió ella arqueando las cejas–, pero no quiero tu vida, quiero que te acuestes conmigo, quiero que me enseñes lo que pasa entre un hombre y una mujer, me ayudaría a tener cierta confianza cuando tenga relaciones sexuales en el futuro.

–Lo llamas relaciones sexuales, ¿por qué no lo llamas hacer el amor?

–Porque soy una científica y no empleo los eufemismos.

–Pero cuando estás con alguien a quien deseas de verdad, no son solo relaciones sexuales, es algo más poderoso, transformador si quieres.

–¿Eso es lo que pasará entre nosotros?

–Si sale bien…

–¿Y si no?

–Serán dos cuerpos que se frotan y que, con un poco de suerte… se alivian…

–Entonces, ¿las relaciones sexuales pueden ser malas?

–Con la persona equivocada, sí. Con la persona equivocada puede ser traumatizante.

–¿Incluso para un hombre?

–Es un acto muy íntimo. Yo siempre lo he disfrutado más… dentro de una relación…

–Ah –ella asintió pensativamente con la cabeza–. Por eso no quieres hacerlo conmigo. Como no tenemos una relación, no lo disfrutarías.

–Al contrario, tenemos una relación muy singular y no he

pensado en otra cosa durante estos cinco días, pero si te llevo a mi cama, no sé si podría dejarte marchar.

–Pues no me dejes –replicó ella sin más.

Se quedaron mirándose. El crepitar de la fogata imitaba el crepitar del fuego que le ardía en las venas, que hacía que el miembro se endureciera y que hacía que la anhelara.

–Vuelve –le pidió ella dando una palmada a la silla–. Siéntate otra vez y déjame que me siente contigo, como antes. Vamos a comprobar cómo salen las cosas sin seguir el dictado de tu conciencia. Yo tengo mi propia conciencia y no necesito que la tuya decida por mí.

Su inocencia le había parecido seductora, pero esa Josephine era mucho más sexy y cautivadora.

Se dirigió hacia ella, que lo miró descaradamente, como había hecho él antes, hasta que su mirada se quedó clavada en la protuberancia que le abultaba los pantalones. Se pasó la punta de la lengua por los labios y él quiso gritar de deseo. Sería virgen, pero tenía una sensualidad natural que lo alteraba. Se sentó en la silla y se dejó caer sobre el respaldo como si la desafiara.

–Alteza…

Josephine se sentó en sus rodillas con las piernas juntas y mirándolo.

–¿Ahora qué? –susurró ella.

Él le puso los brazos a la espalda y le agarró las muñecas con una mano.

Le gustaba tenerla así; cautiva, impotente y suya. Le gustaban los pechos prominentes, los labios separados y la respiración entrecortada. La besó en la boca y notó que sus labios se estremecían. Le pasó la lengua por el labio inferior y ella contoneó las caderas sobre su regazo. Quiso acariciarle entre los muslos, una parte de él quería provocarla y la otra quería calmarla. Era apasionada y receptiva y, en ese momento…era toda suya.

–¿Me notas? –él le besó en el cuello y se lo mordió levemente–. ¿Me notas entre los muslos?

Ella asintió con un movimiento brusco de la cabeza aunque él le lamió el lóbulo de la oreja.

–Yo puedo notarte…

Él lo murmuró mientras le bajaba las manos por la espalda para que se arqueara. La blusa de algodón se pegó a sus pechos y se le marcaron los pezones. Bajó la cabeza para succionarle uno con todas sus ganas. Ella jadeó y se cimbreó contra él, quien pudo notarla cálida y mojada a través de los pantalones. Le bajó la blusa

de un hombro con la mano que tenía libre y dejó al descubierto el sencillo sujetador de algodón blanco mojado por la saliva.

Le acarició el pezón endurecido y ella volvió a retorcerse.

–Puedo notar tu calor y tu anhelo –susurró él con los labios justo debajo de su oreja–. Estás mojada y eso es muy sexy… Lo que quiero hacerte es obsceno e indecente, me temo que te escandalizaría…

Ella se estremeció y cada vez le costaba más respirar.

–¿Por qué…?

–Me gustaría acariciarte por todos lados, descubrir lo que te gusta con las manos y la boca. Me gustaría besarte entre los muslos y usar la lengua para que llegues al clímax…

–¿Te gustaría de verdad? –lo interrumpió ella.

Él se rio al ver su nariz arrugada y su expresión de incredulidad.

–Me encantaría.

–¿Me dices la verdad?

–Siempre te diré la verdad. No habrá mentiras entre nosotros, lo estropearía todo.

–Confío en ti –aseguró ella como si quisiera tranquilizarlo–. Por eso quiero que seas el primero, he estado esperándote.

–Me encanta lo que has dicho, pero me temo que no tiene sentido.

–Lo tiene, es ciencia, naturaleza o física. Si pudiera pensar con claridad, te explicaría por qué tiene que ser así, pero no puedo pensar con claridad cuando estás besándome por todos lados.

–Debería parar…

–Ni hablar –Josephine echó la cabeza hacia atrás para besarlo–. Prométeme que no pararás.

–Lo prometo.

La tomó en brazos y siguió besándola por el cuello mientras caminaba.

Ella contuvo la respiración. Ya estaba duro y ansioso, pero ese gesto de ella hizo que todo el cuerpo le ardiera. Josephine era sensible e impresionante, hacía que sintiera cosas maravillosas y se preguntó si se había sentido así alguna vez. No podía creerse que hubiese deseado tanto a otra mujer.

Se dirigió a la casa de piedra y, una vez dentro, ella le señaló su cuarto. Su cama era más pequeña que la de su padre, pero suficiente para ellos dos. Se sentó en el borde de la cama y la puso entre sus muslos. Le acarició los costados. Era delgada, pero tenía unas curvas preciosas, unos pechos perfectos, unas caderas redondeadas y un trasero que pedía que lo acariciaran.

–¿Qué hago? –preguntó ella.

–Nada, déjame a mí –contestó él mientras le levantaba la blusa y le soltaba la falda.

Lo siguiente fue el sujetador blanco y las bragas a juego. Se quedó maravillosamente desnuda y él dejó escapar un gruñido de satisfacción.

–Eres preciosa.

Le besó un pezón, que se endureció, y notó la presión de la erección en la cremallera de los pantalones. Le pasó la punta de la lengua por el remate rosado y luego se lo metió en la boca. Ella se estremeció y arqueó la espalda.

La agarró de las caderas y le acarició los huesos con los pulgares. Ella dejó escapar unos delicados gemidos. Era dulce e inocente y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, para no precipitarse. La primera vez era especial y tenía que conseguir que ella se sintiera a gusto y hermosa.

Le besó el otro pecho y le dedicó la misma atención al otro pezón, hasta que ella contoneó las caderas con las piernas temblorosas. Le acarició los muslos y a ella se le entrecortó la respiración. Casi jadeaba cuando le acarició el interior del muslo y le rozó los rizos sin llegar a tocárselos. Volvió a subir y bajar la mano por el muslo y ella se cimbreó un poco contra su mano cuando le pasó un dedo por su punto más sensible.

Estaba temblorosa y se agarraba de sus hombros. Él introdujo la mano entre los muslos y encontró los pliegues húmedos y cálidos. Estaba deseando tumbarla en la cama, separarle las piernas y lamerle, pero no quería abrumarla. Todo era nuevo para ella y se conformaba con darle placer, quería excitarla al máximo para que la primera vez fuese lo más agradable posible.

Ella volvió a estremecerse y se le entrecortó la respiración cuando le separó los pliegues con un dedo y le acarició con delicadeza la pequeña protuberancia.

–No puedo más… –susurró ella con la voz ronca.

–Siéntate, cambia el sitio conmigo.

Ella lo hizo y él aprovechó el momento para desvestirse antes de arrodillarse delante de ella y agarrarle los tobillos. Le subió las manos por las pantorrillas hasta las rodillas y volvió a bajarlas. Notó que ella se relajaba y que tomaba aire. Poco a poco, fue subiendo las manos por los muslos y separándoselos. Ella lo miraba como fascinada y solo se oía su respiración.

La luz de la luna era tenue, pero podía ver lo bastante, su piel blanca, el pelo del color de la miel que la caía sobre un hombro, el

triángulo de rizos…

Resplandecía en la penumbra, sus extremidades eran largas y perfectas, los pechos eran pequeños, redondeados y exquisitos. Su voracidad era incontenible, quería deleitarse con ella, pero se inclinó con suavidad y ella gruñó cuando él sopló un poco por el interior de los muslos.

–Es una tortura… –murmuró Josephine.

–Los mejores preámbulos lo son siempre.

Volvió a separarle los pliegues con un dedo. Estaba receptiva, su piel parecía terciopelo líquido. Entonces, le pasó la punta de la lengua hasta alcanzar la pequeña protuberancia.

Ella gritó y se estremeció.

Él se sintió tan duro como si se fuese a desgarrar. Anhelaba estar tan dentro de ella que se fundieran en uno para siempre, que fuese suya y solo suya. Se incorporó, la tumbó en la cama y se puso encima con mucho cuidado.

–Bésame –susurró ella.

La besó y Josephine cerró los ojos por la avidez del beso. Separó los labios por la firmeza de su boca, se estremeció cuando notó que le tomaba un pezón entre los dedos y arqueó las caderas con la granítica erección sobre el abdomen. Siempre se había preguntado cómo sería y él tenía razón. Se había

imaginado algo aséptico, casi científico, pero las sensaciones y la pasión no tenían nada de asépticas. Él hacía que se sintiera exultante y no podía imaginarse ese momento con nadie más. Sin embargo, levantó la cabeza y la miró a los ojos. Ella captó algo en su expresión que le atenazó el pecho por dentro.

–Prometiste que no pararías –susurró Josephine–. Te juro que no voy a arrepentirme. No tengas miedo.

–No tengo miedo –él se rio en voz baja–, y me alegro de que tú tampoco lo tengas. La primera vez no suele ser agradable…

–Eso he oído.

La besó con una sonrisa, pero la sonrisa se esfumó cuando el beso se hizo ardiente. Ella separó las piernas para que él se colocara entre sus mulos.

Entró despacio, con mucho cuidado, pero Josephine tuvo que contener la respiración para relajarse cuando empezó a dolerle y sintió una presión por dentro que no se parecía a nada que hubiese sentido antes. Efectivamente, no era agradable y no podía entender que alguien disfrutara con eso.

Él debió de notarlo porque se quedó quieto, la besó y le mordió con delicadeza el labio inferior para que solo pensara en sus dientes

y su lengua.

El dolor fue remitiendo poco a poco y la presión fue menos agobiante. Él movió un poco las caderas y entró en ella. Luego, volvió a salir un poco.

Repitió el movimiento varias veces y ella contuvo la respiración otra vez, pero porque una sensación nueva y muy placentera se adueñaba de ella.

–Hazlo otra vez –le apremió ella.

–Miles de veces.

Salió y entró más profundamente y se arqueó con los talones clavados en el colchón. Él acometió con más fuerza y el placer y la presión se arremolinaron hasta que casi sintió vértigo. No sabía qué se avecinaba, solo sabía que él ya no podía parar y que ella quería lo que él estaba haciendo que sintiera, fuera lo que fuese. Las sensaciones y los sentimientos se mezclaban ardientes e intensos e intentó agarrarlo con su cuerpo para retenerlo dentro, pero nada podía pararlo y notó que el calor la dominaba, que tenía la piel sensible, como en carne viva.

Jadeaba por la tensión, como si el cuerpo fuese a reventar, pero no sabía qué podía hacer. Entonces, él introdujo una mano entre ellos y le trazó unos círculos en la pequeña protuberancia sin dejar de acometer dentro de ella. Se hizo mil pedazos. Sofocó un grito poniendo la boca contra el pecho de él, pero eso no detuvo la oleada de placer. El clímax fue deslumbrante, se sintió como polvo de estrellas flotando por el firmamento, pero, aun así, notó que él se quedaba rígido y que su grito ronco y gutural no fue muy distinto al de ella. Josephine lo abrazó con todas sus fuerzas, como si creyera que la vida nunca volvería a ser igual. No podía volver a ser igual. Él sería parte de ella para siempre porque acababa de entregarle una parte de su corazón.

Se despertó y miró alrededor para ver qué lo había despertado. Entonces, vio que la luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba el elegante perfil de Josephine. Sus rasgos era delicados y le recordaron a los de una princesa de cuento. Todos los días descubría algo nuevo sobre ella y esa noche había descubierto la pasión. Por una parte, sentía remordimientos por haberle arrebatado la virginidad, pero, por otra, estaba de acuerdo con ella, tenía que pasar, estaban destinados a estar juntos. Era inteligente y hermosa, inocente y seria, tentadora y dulce.

Le dio un beso en la mejilla. Ella presionó su menudo y cálido cuerpo contra él.

–¿Qué pasa? –murmuró ella en tono somnoliento.

–Nada.
–Estás despierto.
–La luna me ha despertado.
–Cerraré la cortina.
–No, quiero verte.
Ella sonrió y él la besó levemente en los labios.
–Eres una joya, Josephine. Una joya única.
–Gracias por el piropo, pero no te acuerdas de nada de tu mundo y no sé si es válido.
–Eso lo decidiré yo.
–Sí, señor.
Ella se rio y él notó su aliento en el pecho. Entonces, se quedó dormida y él se quedó abrazándola y mirando la luna llena. Eso no era ni su vida ni su mundo, pero estaba seguro de que sí era la mejor vida que había vivido y el mejor mundo donde había estado.
Josephine se despertó a la mañana siguiente y sonrió cuando notó su brazo alrededor de ella. No era un sueño. Estaba feliz porque había sido la mejor noche de su vida.
Se levantó de la cama, se puso el biquini y fue a darse un baño. Estaba nadando cuando oyó el helicóptero. Estaba acercándose y se puso de pie en al agua con las manos por encima de la cabeza agitándolas con fuerza.
Entonces, el helicóptero cambió de dirección y se alejó.
Volvió corriendo a la casa. Él estaba levantándose y poniéndose unos pantalones cortos de su padre que le había dado ella.
–Se han acercado muchísimo –le explicó ella volviendo hacia la playa–.
Agité las manos y creo que me vieron, pero se alejaron…
–A lo mejor te vieron y se fueron a buscar ayuda.
–A lo mejor…
Se pasaron todo el día en ascuas esperando que volviera el helicóptero o llegara una embarcación, pero la mañana dejó paso a la tarde y esta a la noche.
–Lo siento –dijo ella mientras estaban sentados en la arena.
–Yo, no. Me alegro, así podré estar más tiempo contigo, así tendré más tiempo para descubrirte.
–Pero hemos hecho el amor…
–Hay muchas maneras de hacer el amor.
Ella se mordió el labio inferior para disimular la sonrisa. Él hacía que se sintiera emocionada y esperanzada, y que no pudiera dejar de sonreír.
–Te gusta –añadió él con la voz ronca.

Ella se sonrojó aunque sonrió más. No debería sonreír, no debería animarlo, pero le encantaba todo lo que había pasado la noche anterior; su peso, su olor, su calor, el placer…

–Sí… –titubeó ella–. Me encantó estar contigo. Fue… perfecto…

–Y solo ha sido el principio.

La agarró, se tumbó de espaldas y se la puso encima. Ella lo notaba duro y cálido, su pecho le aplastaba los pechos y la erección, justo donde se juntaban los muslos, le indicaba cuánto la deseaba. Él bajó las manos por las caderas hasta tomarle el trasero y ella empezó a derretirse.

La besó hasta que gimió. Contoneó las caderas contra él para incitarlo.

Quería que la llenara, esa presión enloquecedora y el alivio explosivo. Quería todo lo que le había enseñado la noche anterior… y algo más desenfrenado todavía. Quería la pasión que había despertado en ella…

Entonces, la levantó un poco mientras se deslizaba hacia abajo, le separaba los muslos y se ponía entre ellos, con la cara debajo de su sitio más íntimo.

Intentó escapar, pero él le agarró las rodillas y se las separó todo lo que pudo para besarla… allí. Se estremeció y contuvo un grito.

–Quítate la parte de abajo del biquini. Ya.

Era una orden tajante, pero también increíblemente seductora. Ella se la quitó porque era lo que deseaba. Esa mañana había deseado que la hubiese deseado así, que le enseñara todo lo que no sabía. Él podía ayudarla a descubrir el mundo que había más allá de la playa de Khronos.

–Ven –gruñó él–. Arrodíllate encima de mí.

Ella quería ser osada y atreverse… pero eso era aterrador.

–No estoy segura…

–Yo sí estoy seguro. Quiero paladearte otra vez, anoche me quedé con ganas.

Josephine sintió una oleada de calor, anhelo y miedo de que todo eso fuese un sueño y desapareciera cuando abriera los ojos, hasta que su lengua se abrió paso entre los pliegues y llegó al pequeño abultamiento, lo succionó y lo lamió hasta que le pareció que iba a reventar.

Le introdujo un dedo sin dejar de lamerle y ella no pudo dominar las oleadas de placer que la arrasaban. Gritó y se retorció cuando el orgasmo desbordó todo su ser.

Entonces, se levantó, le dio la vuelta y la tumbó en la arena. Lo miró aunque casi no lo vio.

–Te ha gustado… –murmuró él apartándole el pelo de la cara.

–¿Tú qué crees? –susurró ella tirándole de la camisa–. Pero quiero más, quiero lo que hicimos anoche. Por favor, quítate esto… y los pantalones también.

–Tenemos que tener cuidado. Anoche no tuvimos cuidado, no salí a tiempo.

Ella intentaba seguir lo que estaba diciendo él, hasta que lo entendió.

Tenían que tener cuidado para que ella no se quedase embarazada.

–Claro, tienes razón…

¿Por qué no lo había pensado ella? ¿Cómo iba a pensarlo cuando estaba poniéndose encima desnudo y hermoso? Nunca había conocido a nadie parecido. Entonces, volvió a besarla antes de que su poderoso miembro la llenara y tuviera que aguantar la respiración para adaptarse a él. Hasta que empezó a moverse despacio, la presión se convirtió en una presión placentera y él encontró un punto dentro de ella que hacía que viera las estrellas.

–Otra vez –Josephine levantó las caderas–. Hazlo otra vez.

–Será un placer –replicó él riéndose en voz baja.

Entonces, sintió tal pasión y emoción que no quiso volver a hablar. Con él, así, se sentía hermosa y todo era perfecto.

Fueron pasando los días, unos días calurosos que solo refrescaban a última hora de la tarde. Estaban juntos casi todo el tiempo y él sentía remordimiento porque ella no estaba trabajando mucho, pero también sabía que su padre acabaría volviendo y que todo cambiaría. Por eso no se cansaba de Josephine y de su cuerpo. Aunque quizá no se cansase porque era resplandeciente, cariñosa y abierta. Le daba miedo lo que desconocía, aunque eso solo conseguía que el presente fuese más importante todavía. Además, no iba a perderla, era suya y su sitio estaba con él.

–Mi padre volverá muy pronto –comentó ella una tarde mientras le acariciaba el pecho–. Dentro de tres días. Él sabrá con quién tiene que contactar y qué hacer.

La noticia debería complacerle. Naturalmente, sabía que no podían vivir así para siempre, pero temía la realidad, no podía imaginarse el futuro cuando se lo llevaran de allí.

Ella interpretó mal su silencio porque lo miró con una de sus sonrisa tranquilizadoras.

–Le gustarás mucho a mi padre.

–Hay todo un mundo que desconocemos –replicó él sin poder corresponder a su sonrisa.

–Pero lo descubriremos juntos, ¿no?

Él le besó la frente, la punta de la nariz y los carnosos labios. El deseo se despertó en ese instante y la estrechó contra sí para dejarse arrastrar por ella y no por lo desconocido. Allí, en Khronos, ella era su mundo, era todo para él.

–Te amo –susurró ella mientras él entraba con una acometida.

Él no dijo nada, pero supuso que ella no esperaba que lo dijera.

Esa noche, se despertó y miró hacia la ventana para ver si había luz, pero no vio el ventanal, la ventana estaba en otro lado de la habitación y era una ventana cuadrada, muy sencilla y con una rejilla. Frunció el ceño. Ese no era su cuarto y esa no era su casa.

Sacó los pies de la cama y se encontró el suelo muy cerca, un suelo de adoquines. ¿Qué hacía allí? Él vivía por todo lo alto. Él vivía…

Tragó saliva cuando recuperó el pasado y chocó con el presente. Sabía que se llamaba Alexander, sabía quién era y lo que era. Volvió a mirar alrededor y comprendió que estaba en Grecia, no en Aargau, que estaba en esa isla con Josephine, quien lo había rescatado.

La vio dormida en su cama, en su casa, en su isla, no la de él. Tenía la melena del color de la miel sobre los hombros desnudos. Era maravillosa incluso cuando estaba dormida, era su sirena.

Se habría ahogado de no haber sido por ella y luego, cuando estaba débil, lo había cuidado. Además, la noche anterior le había dicho que lo amaba. Él no había contestado con palabras, pero le había demostrado lo mucho que le importaba la fe que tenía en él, le había hecho el amor durante horas, había venerado su cuerpo porque había algo que le impedía darle su corazón.

Había pensado que quizá no pudiera entregarse plenamente porque no sabía quién era. Eso era lo que había dicho ella y él había esperado que fuese verdad, pero ya sabía por qué no podía amarla, porque no era libre, era el príncipe Alexander Julius Alberici de Aargau y estaba prometido a otra mujer.

Capítulo 4

TENÍA que decirle que había recuperado la memoria y que sabía quién era, pero, entonces, todo cambiaría para siempre. No quería perderla, jamás se había sentido así con nadie y jamás lo habían deseado así. Ella no sabía quién era y, aun así, lo había deseado.

Por eso, estuvo observándola todo el día, se grababa todo en la memoria, desde el resplandor de su pelo a su forma de andar. Era alegre, irradiaba bondad, fuerza y esperanza. No lo habían criado con mujeres así, ni siquiera había sabido que existían mujeres así. Su madre había nacido princesa y la habían criado con rigidez para que fuese consciente de su puesto en la sociedad. La maravillosa Josephine no se parecía nada a su madre; era libre y carecía de vanidad y arrogancia, era humilde y pragmática, sonreía y se reía.

Él había salido con muchas mujeres, pero ninguna se había parecido a Josephine… y la princesa Danielle, su prometida, tampoco se parecía nada a Josephine.

Volvió a sentir un peso enorme que le recordó que su pasado y su futuro estaban a punto de colisionar. No podía pensar en el futuro, no había llegado todavía, y tampoco podía agobiarse por la princesa Danielle. Solo quería pensar en Josephine porque sabía que el mundo real llegaría muy pronto y que todo cambiaría.

–¿Qué pasa? –le preguntó Josephine rodeándole el cuello con los brazos–.

¿Te duele la cabeza otra vez?

Él pensó que no le dolía la cabeza, que le dolía la conciencia. Se había pasado la semana haciendo el amor con ella, prometiéndole el futuro aunque había otra mujer que estaba contando las semanas que faltaban para que se casara en la catedral. Iba a acabar haciéndole daño a una de ellas, si no a la dos.

–Mi cabeza está bien, pero no dejo de pensar en el futuro.

–No tendrá nada de malo –replicó ella con delicadeza.

Siempre era delicada y paciente con él, como si se mereciera ese cariño y paciencia cuando él no tenía nada de cariñoso y considerado. A ella no le gustaría nada el príncipe Alexander Julius.

Era un sentimiento intenso y de desasosiego. La sentó en sus rodillas y la besó con una mano entre su pelo. Sin embargo, besarla solo sirvió para que ese sentimiento fuese más ardiente. No quería desprenderse de ella, no podía perderla, era la primera mujer que había necesitado y anhelado, pero, al mismo tiempo, no sabía cómo

podía conciliar sus deberes hacia su reino y hacia la princesa Danielle con sus sentimientos. Además, sabía muy bien que los sentimientos no importaban en su mundo, que solo importaba cumplir con las obligaciones.

Dejó de besarla y se prometió que se lo contaría al día siguiente. Ella lo miró a los ojos. Lo miraba con tanto amor y tanta confianza que el remordimiento le oprimió el pecho. Nunca había engañado a nadie. ¿Cómo podía hacerle daño a ella? Además, ella no pondría obstáculos a su boda con Danielle, le diría que hiciera lo que tuviese que hacer, no pediría nada…

–¿Qué pasa? Cuéntamelo –repitió Josephine acariciándole la cara.

Él estaba deseando contárselo porque había cosas que todavía no recordaba con claridad. Como el viaje en yate con sus amigos. Ni siquiera sabía qué amigos eran. ¿No debería recordarlo? Tampoco recordaba que hubiese discutido ni que hubiese caído por la borda. Si había recuperado la memoria, ¿por qué seguía teniendo esas lagunas? Siempre había estado seguro de sí mismo. No le gustaba esa versión de sí mismo.

–Es que quiero acordarme del yate –le explicó él al cabo de un rato–.

Quiero acordarme de mis amigos y de las circunstancias que me trajeron hasta ti.

Ella le acarició la barba incipiente.

–Yo también. Luego, cuando sepa qué pasó, encontraré a tus amigos y me van a oír por haberte tratado así, cómo se atreven…

Él la calló con un beso y sintió una punzada dolorosa en el pecho. Ella era, sin duda, lo mejor que había conocido y pronto iba a romperle el corazón… y rompérselo a sí mismo.

Josephine se despertó sobresaltada al oír un ruido conocido entre sueños.

Era la lancha de su padre. Saltó de la cama mientras intentaba hacerse a la idea de que su padre volvía dos días antes de lo previsto. Un brazo musculoso la agarró.

–¿Adónde vas?

–Mi padre está aquí.

Tenía el corazón desbocado, intentaba imaginarse la reacción de su padre si la encontraba en la cama con un desconocido. Su padre era tolerante, pero no tanto.

–Quédate aquí. Iré a hablar con él.

–Te acompañaré.

Se levantó bronceado, musculoso y desnudo. Ella sintió una oleada ardiente por dentro y las manos le temblaron mientras se ponía el vestido de tirantes y se daba cuenta de que no estaba preparada para ese momento. Se había convencido a sí misma de que él le gustaría a su padre, pero ¿le gustaría?

–Déjame que hable con él primero y luego lo traeré y os presentaré. Creo que lo mejor será que le cuente lo que pasó…

–¿Por qué estás alterada? ¿Se enfadará por encontrarme aquí?

–No si te vistes, pero es mi padre y yo soy su niñita…

–Entendido.

Josephine levantó las sábanas y miró la cama. Luego, tomó una de las almohadas y un edredón, fue a la sala e hizo una cama en el suelo.

–Es mi cama, supongo… –preguntó él con una ceja arqueada.

–Sí –ella lo miró con angustia–. ¿Te importa?

–¿De verdad voy a tener que dormir ahí?

–Si lo prefieres, dormiré yo.

–No seas tonta, me encanta dormir en el suelo.

–No es verdad.

–No, pero haría cualquier cosa por ti, y eso sí es verdad La abrazó y la besó. Cuando apartó la cabeza, la abrasó con el ardor de su mirada azul.

La soltó y Josephine fue corriendo hasta la playa, donde su padre estaba anclando la lancha. Estaba preparando el segundo cabo cuando la vio.

–¡Justo a tiempo! –exclamó su padre.

Ella tomó el cabo y fue a anudarlo al poste que estaba clavado en la arena.

Él también se bajó para echarle una mano.

–Has vuelto antes de tiempo –comentó ella mientras terminaba de atar el cabo.

–Estaba preocupado por ti. No podía localizarte con la radio.

–Se rompió a los pocos días de que te marcharas.

–¿Y no has podido arreglarla?

–Se me cayó y se hizo pedazos.

–He comprado una nueva por si acaso.

–Bien hecho. ¿Qué tal el viaje? ¿Ha ido todo bien?

Estaba nerviosa y nunca había estado nerviosa con su padre.

–Todo ha ido muy bien. Me dieron una buena noticia en la universidad y recibí algo más de dinero por la beca, que siempre viene bien.

–El dinero paga las facturas.

–Y sirve para reponer suministros.

Él volvió al agua para montarse en la lancha y arrastrar unas cajas hacia delante.

–¿Qué tal todo por aquí? –siguió él–. ¿Ha pasado algo emocionante?

–Pues sí –ella miró hacia la casa–. Mucho más emocionante que lo habitual. Tenemos… visita.

Su padre fue incorporándose lentamente.

–¿Qué tenemos?

–Visita –ella sonrió de oreja a oreja–. Es toda una historia. Se cayó por la borda y yo lo rescaté –Josephine tomó aire para que le diera valor–. Se lesionó en el accidente, ha perdido la memoria y no se acuerda de nada, ni de su nombre ni de dónde viene.

–¿Ha estado todo este tiempo… contigo?

–Bueno, una semana o así.

–Una semana o así –él arrugó la curtida frente–. ¿Aquí, en la isla?

–Sí.

–¿Dónde está ahora?

–En casa. Le pedí que se quedara allí mientras te lo contaba. Sabía que te iba a impresionar y… –Josephine no terminó la frase al ver que su padre saltaba de la lancha y se dirigía hacia la casa–. ¿Qué haces?

–Voy a decirle a ese tipo que haga la maleta y…

–¿Qué maleta? –gritó ella mientras corría para alcanzarlo–. Se cayó por la

borda. ¡No tiene nada!

–Perfecto. Así será más fácil mandarlo a Antreas para entregarlo a la policía.

–¿De qué estás hablando?

–No sabes nada de ese hombre, podría ser peligroso.

–Si fuese peligroso, ¿no lo sabría ya?

–Eso lo decidiré yo.

–Espera, papá –ella lo agarró de la manga del chaquetón–. Tiene amnesia.

–Lo cual, hace que sea más impredecible. Has tenido suerte de que no te haya hecho nada…

–¿Por qué iba a haberle hecho algo si me salvó la vida? –la voz de Alexander les sorprendió a los dos y él se acercó a su padre con la mano tendida–. Estoy muy agradecido por la valentía de su hija, profesor Robb.

–Creo que tuvo un accidente –replicó el padre de Josephine

mientras le daba la mano.

–Sí.

Su padre retrocedió un paso sin dejar de mirarlo con recelo y eso preocupó a Josephine. Su padre era profesor, había tenido muchos alumnos jóvenes y solía ser simpático, pero no lo era en ese momento. ¿Qué pasaba?

–Vamos a meter los suministros –le dijo su padre directamente a ella–.

Mientras tú organizas la comida, yo instalaré la radio.

–¿Puedo ayudar? –preguntó Alexander.

–No, gracias –contestó el profesor.

–Entonces, dejaré que se pongan al día.

Una vez en la casa, Josephine no dejó de mirar a su padre mientras desembalaba los víveres. Su padre estaba conectando la radio a los paneles solares. Normalmente, él le habría hablado mientras trabajaba, pero esa mañana estaba callado.

–¿Estás enfadado? –le preguntó ella con los brazos cruzados.

–¿Sabes quién es ese náufrago?

–No, pero sí sé que es europeo y adinerado. Era un yate enorme y muy lujoso.

Una vez conectada la radio, su padre fue a su mochila y sacó el ordenador y unos periódicos.

–Es el príncipe del reino de Aargau y lleva más de una semana desaparecido.

–¿Un príncipe? –preguntó ella entre risas.

Su padre permaneció inmutable, con un gesto inexpresivo.

–¿Un príncipe? –repitió ella con la garganta reseca.

–Sí.

–¿Estás seguro?

–Está en los periódicos de todo el mundo. Están buscándolo y ha estado en los titulares todos los días. Al principio estaba desaparecido, pero ya empiezan a pensar que no van a encontrarlo… al menos, vivo. Una tragedia mayor todavía porque debería casarse dentro de unas semanas.

¿Iba a casarse? No… No podía ser.

–A lo mejor es otra persona. A lo mejor…

Josephine no terminó cuando miró el periódico que estaba en lo más alto del montón. Había una foto con un titular que decía que el príncipe Alexander podía estar muerto. Si bien no reconocía el nombre, sí reconocía la cara de la foto. Era él y se llamaba Alexander. Repitió su nombre en silencio.

Su hombre misterioso, su querido desconocido, no era un

italiano rico sino un príncipe, el príncipe Alexander Julius Alberici, de treinta y cuatro años y que se casaría con la princesa Danielle Roulet a finales de ese mes.

Su padre volvió a la radio para sintonizar la señal.

–Voy a llamar a las autoridades griegas, que avisarán a las autoridades de Aargau. Supongo que mandarán ayuda enseguida, seguramente, un helicóptero.

Ella fue a abrir la ventana y se quedó mirando el mar. No pudo ver a Alexander, pero sabía que estaba por ahí, lo más probable era que estuviese en la cala.

–¿Tienes que llamar hoy? –preguntó ella de espaldas a su padre–. ¿No puedes esperar hasta la mañana? Concédenos este último día.

–Sería despiadado, su familia cree que está muerto.

Ella asintió con la cabeza e intentó tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

–¿Puedes esperar al menos hasta que me haya marchado?

Ella miró por encima del hombro y vio a su padre sentado a la mesa con la radio.

–Voy a llamar pronto –contestó su padre.

Ella contuvo las lágrimas sin poder tragarse el nudo. Todo estaba terminando demasiado deprisa. Había creído que le quedaban dos días antes

de que volviera su padre, pero ya estaba allí y se alegraba de que estuviese haciendo lo que había que hacer, pero no estaba preparada para despedirse de Alexander. No quería estar allí cuando fuesen a buscarlo, no quería estar rodeada de desconocidos que no entendían que la semana anterior había sido el paraíso en la tierra. Jamás en la vida había sido tan feliz.

Sin embargo, no era suyo y no estaba destinado a serlo. Lo que habían vivido allí, en Khronos, había sido un error, mejor dicho, una casualidad, algo imprevisto. Si bien no podían arrebatarles el tiempo que habían estado juntos, tampoco tenían ningún porvenir. Sus caminos no volverían a cruzarse.

–No quiero estar aquí cuando vengan a recogerlo –miró a su padre a los ojos antes de desviar la mirada–. ¿Me das permiso para ir a Antreas en la lancha? Llevo siglos sin salir de Khronos.

–¿No quieres despedirte de él?

–Ya sabes que las despedidas me parecen dolorosas.

–¿No se ofenderá el príncipe?

–Será mejor para él que la gente no sepa que ha estado aquí solo conmigo.

–La verdad siempre se sabe.

–Pero, entonces, ya no será asunto mío. Estará en Aargau con su familia y su prometida –Josephine consiguió esbozar una sonrisa tensa–. Al menos, así me quedará algo de dignidad. Las despedidas siempre son demasiado dolorosas.

–Has sido así desde que perdiste a tu madre…

–No quiero hablar de ella. Voy a guardar algunas cosas porque me gustaría marcharme pronto. Pasaré la noche en Antreas y volveré mañana a mediodía.

–Está muy lejos para que vayas sola.

–Está justo al norte. Ya lo he hecho antes –ella consiguió sonreír otra vez–.

Mañana, cuando vuelva, todo estará bien, la vida volverá a ser normal.

Capítulo 5

ALEXANDER volvió de darse un baño y se enteró de que Josephine se había marchado sin despedirse de él. Su padre intentó darle una explicación, pero solo consiguió que apretara los dientes para intentar disimular la decepción y el desconcierto.

–No sabía cómo despedirse –añadió el profesor Robb–. No le gusta llorar.

–¿Por qué iba a llorar? –preguntó Alexander en tono algo seco.

El profesor le enseñó los periódicos por encima de la mesa para que fuera viendo los titulares.

El príncipe Alex de Aargau desaparecido.

Tragedia en un yate en el mar Egeo.

Se teme que el príncipe real esté muerto.

–Sabe quién soy –comentó Alexander.

–Sí, pero también lo sabe… usted, ¿no?

–Empecé a recordar retazos hace unos días, pero hasta ayer no recordé mi nombre y quién era.

–¿Y no se lo contó?

–¿Cuándo volverá? –preguntó él sin contestar a la pregunta del profesor.

–Cuando se haya marchado.

–¿Y cuándo sucederá eso?

–Supongo que vendrán a recogerlo esta tarde.

El profesor acertó. Un helicóptero de la Armada de Aargau llegó al cabo de unas horas con un equipo médico a bordo, pero se marcharon de Khronos después de un rápido reconocimiento.

Alexander no habló durante el vuelo ni en el Mercedes que lo llevó del helipuerto al palacio. Era un recorrido de quince minutos y miró fijamente por la ventanilla sin ver las calles de Roche, la capital de Aargau y la ciudad donde había vivido la familia Alberici durante los últimos ciento sesenta y cinco años. Su familia, la familia real. Se preguntaba por qué no sentía alivio al estar allí otra vez, se preguntaba por qué no sentía tranquilidad o placer al ver esas calles.

Solo sentía un miedo opresivo. Recordaba que su padre estaba enfermo, pero le faltaba algo en la memoria, algo que explicaría ese miedo que le atenazaba las entrañas. Quizá fuese porque no recordaba lo que pasó en el yate y no quería alarmar a su madre al decirle que había cosas que no recordaba. Tenía que evitarle más

estrés. Había tenido que pasarlo muy mal esos nueve días.

Cuando llegó al palacio, las verjas se abrieron para la comitiva del Mercedes. El palacio estaba rodeado por unas murallas del siglo xv y se conservaban partes de la fortaleza original; una capilla, una torre, unas mazmorras… Aunque se habían ido levantando edificios a lo largo del tiempo. La familia Alberici vivía en el palacio del siglo xviii y el personal, incluida la guardia, ocupaba algunos de los otros edificios. Alexander se quedó la torre hacía años. Tenía un gimnasio en la planta baja y un despacho justo encima. Su biblioteca privada estaba en el tercer piso con acceso a una suite de invitados en el cuarto piso. La escalera entre el cuarto y el quinto piso llevaba a la azotea con almenas y cañones antiguos.

Cuando tenía que quedarse mucho tiempo en casa, se alojaba en esa suite de invitados para disfrutar de una intimidad que necesitaba. Nadie entraba en la torre sin su permiso, solo su mayordomo y su ayuda de cámara, quienes estaban esperándolo a la entrada del palacio y lo acompañaron a sus aposentos, donde se duchó, se afeitó y se vistió.

–¿Estáis bien, Alteza? –le preguntó el ayuda de cámara mientras le colocaba bien la chaqueta.

–Sí, gracias.

–Tenéis un buen corte en la cabeza…

–No es nada.

–¿Os ha visto un médico?

–Sí. Un médico de la Armada me reconoció por el camino.

–Muy bien, señor.

Alexander salió y se dirigió hacia los aposentos de sus padres. Fue un encuentro breve. Su padre estaba en una butaca con los ojos cerrados y su madre, Serena, estaba bordando en otra butaca. Había empezado a bordar hacía unos años y ya era raro verla sin una aguja e hilo en las manos. Se acercó a su madre y le dio un beso en la frente al ver que su padre estaba dormido. Era una mujer delgada y elegante de cincuenta y seis años que, hasta la enfermedad de su marido, había parecido mucho más joven de lo que era.

–Hola, madre.

Ella levantó una mano para acariciarle la mejilla y los ojos se le empeñaron de lágrimas.

–Alexander… –lo saludó ella con la voz temblorosa.

–¿Qué tal está? –le preguntó Alexander mirando a su padre.

–Está…

–Cansado de preocuparme por ti, sinvergüenza desagradecido –contestó su padre en voz baja.

Alexander sonrió ligeramente, aunque su padre no estaba bromeando. Lo había decepcionado desde que era un niño y se había negado a cazar o a hacer muchas de las cosas que hacían los hombres para demostrar su poderío.

–Entonces, puede dejar de preocuparse. He vuelto sano y salvo.

–Llegué a pensar que habías desaparecido voluntariamente para gozar con nuestra preocupación.

–Jamás –él miró a su madre con una expresión más suave–. Jamás querría preocupar a mi madre, pero lo suyo ya es otro asunto.

Alexander lo dijo en un tono irónico y burlón porque así se comunicaba con su padre.

–Lo sabía –su padre intentó incorporarse y Alexander quiso ayudarlo, pero su padre lo rechazó–. No estoy tan débil como para no poder sentarme en la butaca.

–No dudo de su fuerza, señor.

Su padre se aclaró la garganta, pero tosió varias veces y tardó en poder hablar.

–Tu primo… –a su padre le tembló la voz–…ha estado muy nervioso.

Damian ha venido a preguntar por ti media docena de veces al día.

–Claro, con la esperanza de heredar.

–Siempre ha respetado la Corona –su padre lo miró implacablemente–, no como tú.

–Era un niño cuando hice aquellas cosas. ¿No cree que ya es hora de perdonar?

–Te perdono, pero no lo olvido.

Alexander se tragó lo que iba a decir. Daba igual defenderse, no iba a cambiar nada.

–No esperaba otra cosa, padre.

–La familia de la princesa Danielle también ha estado en contacto todos los días. ¿Has hablado con ella? –preguntó su madre para cambiar de tema–. Ha estado muy nerviosa.

–¿Se pone nerviosa? Por lo que he visto de ella, es el paradigma de la calma.

–No se ha alterado, se ha preocupado –reconoció su madre–. Por eso nos gusta tanto. No nos abochornará…

–Una esposa perfecta –murmuró él.

–Creía que te gustaba –replicó su madre arqueando las cejas rubias.

–Claro, es una princesa encantadora.

–Intachable –añadió Serena.

Alexander inclinó la cabeza ante ella y su padre y se marchó. El magnífico recibimiento había terminado. Sus amigos más íntimos lo recibieron con efusividad. Se reunieron en sus aposentos del palacio, alabaron su bronceado y le dieron fuertes abrazos. Eran hombres que se habían criado con él, habían ido a la universidad con él y habían servido en la Armada con él, y que se alegraban sinceramente de que hubiese vuelto.

–Estábamos desesperados –comentó Gerard mientras se sentaban en la sala–. Lo comunicamos a palacio en cuanto nos dimos cuenta de que habías desaparecido. Mandaron aviones y helicópteros y la Armada griega colaboró en la búsqueda, pero no había ni rastro de ti. Sinceramente, nos temimos lo peor.

–¿Cuándo os disteis cuenta de que había desaparecido? –preguntó Alexander, que era el único que no se había sentado.

–Cuando no saliste ni a desayunar ni a almorzar –contestó Gerard–.

Entonces, tiré abajo tu puerta.

–Bueno, la tiré yo –le corrigió Rocco–. Gerard estaba intentándolo, pero con poco éxito.

Todo el mundo se rio, pero enseguida se hizo un silencio tenso.

–¿Has hablado con ella? –le preguntó Marc al cabo de un rato–. Ha estado muy… alterada.

–¿Danielle?

–No, Claudia –contestó Marc–. Me fastidia ejercer de hermano mayor, pero, al parecer, le debes disculpas.

–No es el momento –murmuró Gerard–. Acaba de llegar.

–¿Por qué no? –insistió Marc–. Será mejor tocar el asunto ahora que no está Damian, ¿no?

Alexander miró a Gerard, Marc y Rocco, pero había pasado algo que no entendía. Todavía no recordaba el viaje y, evidentemente, necesitaba esos recuerdos.

–¿Qué pasa con Damian? ¿Dónde está?

Los tres amigos se miraron entre sí antes de que Gerard contestara con diplomacia.

–Han sido diez días complicados para él. Tú y él tuvisteis una… discusión en el barco y luego desapareciste. Le consumía el dolor y la conmoción…

–¿Por qué? –lo interrumpió Alexander con desesperación.

–Según Damian, habías bebido más de lo que sabíamos, y es posible que fuese verdad –contestó Rocco sin andarse por las ramas.

–Además, Claudia ya no era tuya –añadió Marc–. Tú rompiste

con ella, no al revés. Deberías haberla dejado en paz.

Le reunión se acabó bruscamente, pero Alexander le pidió a Gerard que se quedara. Gerard y él habían sido compañeros de habitación en la Academia Naval y habían servido juntos, durante tres años, en la Armada. Alexander confiaba plenamente en él, sabía guardar un secreto.

–Necesito que me cuentes todo lo que sepas de aquella noche –le pidió Alexander.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Gerard sin alterarse–. Ha pasado algo, ¿verdad?

–¿Aparte de que me acusen de insinuarme a mi exnovia y de pelearme con mi primo?

–¿No es verdad?

–No lo creo.

–Pero no lo sabes.

–Me gustaría ver la grabación de la cámara de seguridad del yate.

–Ya la he pedido.

–¿Y?

–No hay ninguna grabación.

–¿Por qué?

–Ese extremo del barco no tiene cámaras.

Era increíble. Alexander cerró los ojos para dominar la impotencia. Había esperado que esa grabación lo hubiese ayudado a saber qué pasó en el barco y por qué.

–¿Qué recuerdas tú de la última noche? –le preguntó Alexander.

–Que estabas bebiendo una copa con nosotros, que dijiste que volverías enseguida y no volviste.

–¿A qué hora?

–Después de cenar, a las diez más o menos –Gerard miró a Alexander–.

Estás preocupándome, Alex. Eres la persona más detallista que conozco, no se te escapa nada. ¿Por qué preguntas todo esto? ¿Qué ha pasado?

–No lo sé. No se lo he contado a nadie, pero confío en ti y necesito tu ayuda. No me acuerdo de nada de aquella noche y esperaba que me ayudaras a aclarar un poco el misterio.

–¿No sabes cómo acabaste en el agua? –le preguntó Gerard boquiabierto.

–No recuerdo nada del viaje, pero es peor todavía. Pasé una semana sin memoria, no sabía quién era ni cómo me llamaba.

–¿Qué hiciste?

–Me rescató una chica de una isla. Me salvó la vida y se ocupó de mí.

–Menuda historia…

–Sí, como el príncipe y la sirena.

–Hay un cuento de Andersen que es muy parecido.

–¿Acaba bien?

–Para el príncipe. La sirena se sacrifica por él y vuelve al mar.

–Creo que no me gusta esa historia.

–Me preocupas, Alex –Gerard frunció el ceño–. Si Damian se entera, podría perjudicarte mucho.

–Lo sé –Alexander se pasó una mano por el pelo–. Necesito recordar y necesito la grabación de seguridad del yate.

Josephine estaba segura de que la vida iría bien cuando volviera a

Khronos. El príncipe se habría marchado y ella podría concentrarse en el trabajo otra vez. Sabía que lo echaría de menos, pero había perdido a su madre y había seguido adelante, también sobreviviría a la marcha de Alexander. Las lágrimas que derramaba por la noche solo eran parte del proceso de alejarse de él, los intensos recuerdos acabarían borrándose.

Era un buen plan y podría haber dado resultado si no hubiese descubierto que estaba embarazada dos semanas después de que él se marchara a Aargau.

Lo había temido a los pocos días de que se hubiese marchado, pero se dijo que estaba siendo melodramática y que estaba dejándose llevar por la imaginación… y por eso tardó casi dos semanas en comprarse un test de embarazo en Atenas, cuando estuvo allí con su padre para asistir a una reunión de la fundación. Esperó a estar sola para comprárselo y se lo hizo en la habitación del hotel intentando convencerse de que todo saldría bien… hasta que el resultado fue positivo. Se sentó en el borde de la bañera con el bastoncillo en la mano y ni siquiera podía fingir que le había sorprendido.

Había notado que tenía los pechos más grandes y había tenido náuseas.

Además, había hecho el amor media docena de veces sin tomar precauciones. Él se había retirado, pero eso no era un método infalible. Había sido irracional, como si hubiese sido ella la que tenía amnesia… y no solo estaba embarazada, esperaba el hijo de una de las familias reales más adineradas y fascinantes del mundo. Estaba desolada, estaba furiosa consigo misma.

Si acudía a su padre, sabía que le diría que había tres

alternativas: poner fin al embarazo y no decírselo a nadie; tener al hijo y no decírselo a nadie o tener el hijo y decírselo a Alexander porque tenía derecho a saberlo. Descartó la primera posibilidad sin pensárselo dos veces. Intentó imaginarse que criaba sola al hijo de Alexander y tampoco pudo. No estaba bien ni para él ni para su hijo, pero ¿cómo iba a presentarse en el palacio Alberici de Roche y pedir audiencia? Además, faltaba una semana para que Alexander se casara con la princesa Danielle.

Con el corazón en un puño, esperó a que su padre volviera de una reunión.

–Tengo que localizar al príncipe Alexander –le soltó a su padre–. Tengo que hablar con él de algo un poco… urgente.

–Estás embarazada, ¿verdad? –preguntó él al cabo de un rato.

Ella asintió con la cabeza.

–Bueno, eso explica la intoxicación con pescado…

–Me lo estaba imaginando.

–Yo también –él suspiró y sacudió la cabeza–. Esto va a cambiarte la vida.

–¿Crees que no seré una buena madre?

–No es solo eso. No soy monárquico y tampoco conozco las leyes de Aargau, pero no es un bebé cualquiera, estás esperando al heredero del futuro rey.

–A lo mejor no debería decírselo…

–Eres sincera por encima de todo, Josephine. No le ocultarías la verdad ni un hijo a su padre. No podrías soportarlo. Llama al servicio de seguridad del palacio, me dejaron un número cuando vinieron a buscarlo, pero no esperes que vaya a ser una reunión fácil. Tu noticia lo cambia todo.

La vuelta a Khronos era muy distinta a la partida, hacía dos semanas y media. Cuando se marchó, creía que no volvería a ver a Josephine y estaba furioso con ella, aunque, entonces, no sabía qué le enfurecía más si que ella se hubiese marchado de Khronos sin decírselo o que se hubiese marchado sin que él pudiera decirle quién era. Aquel día supo que debería haberle dicho que había recuperado la memoria.

En ese momento, iba a volver a verla. Ella le había mandado un mensaje mediante su servicio de seguridad, que tenían que tratar un asunto privado y urgente. Él había sabido al instante el motivo. Pidió un helicóptero y tripulación para la mañana siguiente y pronto aterrizaría en Khronos. Se preguntó si ella sabría que estaba dirigiéndose hacia allí y si la noticia que tenía que darle era la que él creía. Si era así, se la llevaría a Aargau ese mismo día.

Los helicópteros eran insoportablemente ruidosos. Josephine salió de la casita con el bolígrafo todavía en la mano y se hizo una visera para mirar hacia el cielo. El inmenso aparato estaba volando muy bajo y se dirigía directamente hacia ella. Se le encogió el estómago, lo cual no era muy recomendable cuando ya tenía náuseas. Su padre también salió de la casa y frunció el ceño.

–Ha debido de recibir tu mensaje –comentó el padre de Josephine.

–A lo mejor no es él.

–Es el mismo helicóptero que vino la otra vez. Si es un hombre, estará dentro.

Josephine quiso vomitar y se llevó una mano al abdomen.

–Pareces contento.

–Estaré contento si viene en persona a solucionarlo contigo –él la miró–. A lo mejor quieres cambiarte y peinarte…

–¿Por qué? ¿Porque es un príncipe?

–No, porque es el hombre que amas.

Josephine se negó a cambiarse el vestido de cuadros amarillos, pero fue corriendo para cepillarse el pelo y hacerse una coleta. Luego, se sentó a la mesa y esperó. No tardó en oír pasos y que llamaban a la puerta, aunque estaba abierta. Se levantó y le fastidió estar tan nerviosa.

–Príncipe Alexander Alberici –lo saludó ella haciendo hincapié en la palabra «príncipe».

–¿Puedo entrar? –preguntó él sin pasar del umbral.

–Ya conoces la casa…

–No ha cambiado nada…

–Ha estado así cien años y espero que siga así otros cien.

–¿Y tu padre?

–Está en la oficina –ella intentó contener la furia–. No hay nadie que pueda oírnos.

–No me preocupaba eso, quería ser cortés y saludarlo.

–Qué amable…

–Estás enfadada.

–Sí.

No se había dado cuenta de lo alterada que estaba hasta que él entró y le pareció más guapo todavía que lo que recordaba. Le había encantado con las camisas desgastadas y los pantalones cortos de su padre, pero con una chaqueta cruzada hecha a medida, unos pantalones elegantes y una camisa oscura parecía poderoso y magnético… y él lo sabía.

Alexander ojeó todo muy despacio y a ella le fastidió porque

sabía que estaba intentando recordar detalles o comprobar lo que recordaba. En cualquier caso, no tenía derecho a sentirse tan relajado en su casa. Ella cruzó los brazos con los puños cerrados.

–¿Sabe la princesa Danielle que estás aquí?

–No estamos casados.

–¿Qué significa eso?

–Que no sabe nada de mi agenda personal.

–¿Sabe que existo?

–El palacio no ha dado ninguna información sobre ti. ¿Te habría gustado que la hubiese dado?

–¿Cuándo recuperaste la memoria? –le preguntó ella con rabia–. ¿Cuándo supiste quién eras?

–El día anterior a que volviera tu padre.

–Deberías habérmelo dicho.

–Sí.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Porque, en ese momento, no estaba dispuesto a perderte.

–Querrás decir que no estabas dispuesto a dejar de acostarte conmigo.

–¿Eso era lo que hacíamos? ¿Acostarnos…?

–Acostarnos sin protección… y hay… consecuencias…

–Me imaginé que por eso te pusiste en contacto con el palacio.

–¿No te inmutas?

–Como has dicho, hay consecuencias.

–Pareces muy caballeroso. Tendrás algo pensado, una manera de resolver esta… complicación.

–¿Estás disfrutando?

–No. Tengo náuseas, estoy desolada y deberías haberme dicho la verdad.

–Estoy de acuerdo. Lo hice fatal y lo siento sinceramente.

Sus disculpas le sorprendieron y notó que se mareaba, por lo que se sentó en una silla de la mesa con las manos en el regazo. Él se acercó y ella tuvo que levantar la cabeza para mirarlo.

–No te lo dije porque estaba decidido a encontrar la manera de solucionarlo –siguió él.

–Solucionarlo –ella resopló–. ¿Cómo? Ibas a casarte al cabo de unas semanas. No eras libre para estar conmigo, para hacer el amor conmigo.

Él se agachó delante de ella y le puso las manos en las rodillas.

–No puedo cambiar lo que pasó cuando no recordaba…

–No, pero eso no significa que yo no lo lamente –ella le apartó las manos–.

Todo ello.

–No.

–Sí. Me espanta la semana que pasamos juntos, me espanta que me ena…

Ella se tragó las palabras que había estado a punto de soltar. Se había enamorado de él, pero ya no podía amarlo. Había sofocado los sentimientos.

El pasado había quedado atrás y solo podía seguir adelante sin él.

–¿Te ha visto un médico?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces, ¿cómo lo sabes?

–Ayer me hice una prueba en Atenas y me la hice porque nunca me había retrasado y vomito mucho, unas veces por la mañana y otras por la noche –

Josephine se quedó en silencio–. No me habría puesto en contacto contigo si no hubiese estado segura de que estaba embarazada, pero no necesito nada de ti…

–También es mi hijo.

–No pido respaldo, no pido…

–Nada –la interrumpió él–. Ya lo sé, pero no se trata de eso. Estás esperando mi heredero. Es posible que no pidas nada, pero eso no quiere decir que no consigas todo.

–No lo entiendo –replicó ella parpadeando–. ¿Qué es todo?

–Matrimonio, mi casa, mi reino.

–No quiero nada de eso…

–Sabía que lo dirías; que no te acostaste conmigo para quedarte embarazada, que no eres de esas mujeres que quieren cazar a un hombre.

–Creo que es el momento de que te vayas. Sabes la verdad, nunca te oculté nada…

–Tenemos que ir a un médico. Tenemos que estar seguros.

–Yo estoy segura.

–Sí, pero yo no puedo romper mi compromiso con Danielle si no tengo una prueba.

–No quiero que rompas tu compromiso con Danielle. Tienes que casarte con ella.

–No lo haré si estás esperando un hijo mío.

Ella separó los labios, pero no pudo decir nada.

–El bebé que esperas es el futuro rey o la futura reina de Aargau –

Alexander se levantó–. Tengo que buscar a tu padre para decirle

que vas a volver a Roche conmigo.

Era muy distinto a su Alexander, pero, por otro lado, siempre había sido bastante mandón. Había sabido desde el primer momento que era un hombre que estaba acostumbrado a que lo obedecieran, pero eso no quería decir que tenía que hacer lo que él quisiera. Se había enamorado de un hombre, no de un príncipe.

–No voy a ir.

Él apretó los labios como si estuviera haciendo un esfuerzo para tener paciencia.

–Se lo explicaré a tu padre y…

–No hace falta que me busque –su padre entró en la casa–. He oído casi todo y estoy de acuerdo con el príncipe. Tenéis que ir a un médico. Las sensaciones no son certezas y los dos necesitáis certezas para tomar las decisiones acertadas.

Capítulo 6

LA LUZ entraba por las estrechas ventanas de la suite de la torre y Josephine se quedó mirando los dibujos de las sombras sobre el suelo. Si se quedaba en silencio y tranquila, casi podría olvidarse de que llevaba días encerrada en una torre sin contacto con el mundo exterior. Entonces, también podría fingir que estaba en un lujoso hotel construido en un castillo. También podría fingir que el hombre que la había encerrado allí, el hombre del que se había enamorado, era un príncipe apuesto y considerado, no uno frío y despiadado. Desgraciadamente, no sabía fingir. Tenía imaginación, pero también era científica y pragmática, y aborrecía todo lo relativo a la torre y al hombre que la había encerrado allí.

Oyó una llave en la cerradura y dominó el pánico porque cuando la puerta se abriera, ya no podría fingir, le costaba mucho más controlar los sentimientos cuando Alexander estaba en el cuarto. Hacía cuatro semanas, no habría podido creerse que eso era posible, pero, claro, hacía cuatro semanas no sabía quién era Alexander. Hacía cuatro semanas, él tampoco lo sabía.

En ese momento, le gustaría no haberle dicho que estaba embarazada.

Había creído que estaba haciendo lo que era justo, pero se arrepentía con toda su alma porque Alexander no era justo. La había encerrado allí, pero eso no le serviría de nada. Si creía que iba a ceder por pasar unos días sola y encerrada, estaba completamente equivocado. Había pasado meses sola mientras su padre estaba dando clases y no le daba miedo.

Sin embargo, estaba empezando a darse cuenta de que ese aislamiento de la sociedad no le había preparado para lidiar con relaciones complejas y que, de repente, dudaba de sí misma. Siempre había creído que sabía conocer a las personas, pero, al parecer, se había equivocado. Sabía mucho de ciencia y muy poco de los seres humanos. Por eso, nada más llegar a Aargau, le había dicho a Alexander que estaba dispuesta a compartir la vida de su hijo con él, pero él ni se lo había planteado. El bebé viviría en el palacio con él, el bebé necesitaba un padre y una madre y se casarían… pero ella jamás se casaría con él después de haber visto cómo era.

La puerta se abrió de par en par y apareció el príncipe Alexander Julius Alberici impecablemente vestido. Llevaba el tupido pelo

moreno peinado hacia atrás y sus ojos azules la miraron con esa intensidad de rayos láser que siempre hacían que creyera que podía ver a través de ella. Se sentó muy recta y levantó la barbilla desafiantemente. Nada más llegar a Roche le habían dicho que tenía que hacerle una reverencia y ella se había reído.

–Antes me haría una lobotomía –había contestado ella.

El príncipe Alexander había apretado los labios al oírla.

En ese momento, también tenía apretados los labios de esa boca que llegó a parecerle preciosa, pero, en ese momento, le daba igual lo que él pensara y lo que hiciera siempre que le dejara volver a Khronos.

–¿Qué quieres? –le preguntó ella con frialdad.

Alexander entró en el dormitorio de la torre y no le extrañó encontrarla donde la dejó la última vez que la vio, en el centro de la cama rodeada de libros y con una expresión dura. Tenía abierto el cuaderno de dibujo con un lápiz encima, pero la hoja estaba en blanco.

–¿Qué tal estás esta mañana? –preguntó él mientras se cerraba la puerta.

Ella giró la cabeza, clavó los ojos verdes en la puerta y apretó los dientes cuando oyó que cerraban con llave. Él sabía que ella no soportaba que la tuviera encerrada y él tampoco soportaba tenerla encerrada, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo de que se escapara una noche cuando estaba esperando su hijo.

–Estoy tan cansado de todo esto como tú. Quiero que acabe y que sigamos adelante.

Ella lo miró con desprecio. Era impresionante aunque tuviera el pelo recogido en un moño y no llevara ni el más mínimo maquillaje. La recordaba con una belleza más etérea y delicada que impresionante, pero esa delicadeza contrastaba con su fuerza. Estaba furiosa y no iba a casarse por la fuerza.

–Esto me gusta tan poco como a ti –siguió él–. Cásate conmigo para que podamos acabar con todo esto. Fuimos amigos…

–No fuimos amigos.

–Josephine, en Khronos me dijiste que me amabas, dijiste esas palabras.

–No sabía que no estabas libre –replicó ella sonrojándose–. No sabía que eras… tú.

–Yo tampoco.

–Para que lo sepas, me gustaba más al otro, el que tenía amnesia, el que no sabía su nombre. Él, al menos, sabía ser considerado. Lo que estás haciendo es imperdonable. No se puede

encerrar a una mujer en una torre, es medieval y maquiavélico, hasta tú deberías saberlo.

–No me gusta. Preferiría que estuvieras en una suite de invitados, que pudiera presentarte a mi familia y amigos…

–¿Y a la princesa Danielle Roulet? ¿Qué pasa con ella? ¿Acaso no has pensado en ella?

–Sabes que rompí mi compromiso con ella en cuanto nos confirmaron tu embarazo –él se apoyó en uno de los enormes postes de la cama–. Nada se interpone en nuestro camino…

–Nada menos mis objeciones, pero eso da igual en tu mundo. Tú eres un príncipe y yo soy una chica estadounidense normal y corriente.

–Que algún día será reina.

–No quiero ser reina y no voy a casarme contigo.

–Josephine, estoy intentando que esto salga adelante…

–¡Encerrarme en una torre no es intentar que esto salga adelante, Alexander!

–No deberías haber intentado escaparte.

–No estaba escapándome, solo había salido del castillo.

–Con la intención de tomar al transbordador a Italia y desaparecer en Europa –él la miró con compasión–. La próxima vez, no le confieses todo eso al taxista, sobre todo, cuando es del servicio de seguridad.

–Me pareció raro que hubiese un taxi justo a la salida.

–No estaba allí para ti, si te sirve de consuelo.

–No me sirve de consuelo.

–¿Puedes prometerme que no vas a escaparte otra vez? Si puedes….

–Lo siento, pero no sé si puedo, Alexander.

–Yo también los siento porque el hijo que estás esperando es el heredero del trono de Aargau y solo te quedan dos alternativas: o te casas conmigo o me concedes la custodia exclusiva.

–Sabes que nunca renunciaré a mi hijo –replicó ella entre dientes–. No me

das ninguna alternativa.

–La mayoría de las mujeres no dejarían escapar la oportunidad de ser la reina de Aargau.

–Yo no soy una de ellas.

–Estás ofendida porque no es una petición romántica.

–Estoy ofendida porque eres arrogante y desagradable, y te confundes con lo que llamas una petición. Me has tirado la palabra «matrimonio» como si yo fuese un perro al que le tiran un hueso,

pero ese hueso, Alteza, no me atrae lo más mínimo.

Él se quedó entre divertido y furioso. Se preguntó qué habría pensado de eso el que era antes. Según sus amigos, el que era antes no tenía sentido del humor. Era curioso porque, algunas veces, Josephine hacía que quisiera reírse o zarandearla o hacerle el amor con desenfreno…

–Estoy expresando mal las cosas –replicó él–, pero tenemos que preparar la boda. No podemos perder el tiempo con discusiones. Tenemos que casarnos pronto para evitar el escándalo.

–Tendrás que casarte tú, a mí me da igual el escándalo.

–Porque vives en un peñasco deshabitado. Me temo que el resto no somos tan afortunados.

–No lo dices en serio.

–¿Lo del matrimonio o lo de evitar el escándalo?

–Las dos cosas.

–En Aargau no nos gustan los escándalos. No ha habido un solo divorcio en la familia Alberici.

–Solo matrimonios desdichados, ¿no?

–Mis padres, mis abuelos y mis bisabuelos no aireaban los trapos sucios. Si había una discrepancia, se resolvía en privado, como estamos haciendo ahora.

–Entonces, ¿es normal que aquí se encierren a las mujeres en sus aposentos o en torres?

Él sonrió muy levemente. Ella le hacía gracia aunque la situación no tenía nada de graciosa. El palacio era un jaleo. Su padre no le hablaba, su madre estaba desesperada y le gente no entendía qué le había pasado a su príncipe.

–Quiero salir de este cuarto –añadió Josephine con firmeza.

–Y yo también quiero que salgas. Era una de mis habitaciones favoritas, pero tenerte aquí de rehén me ha impedido disfrutarla.

–Pobre príncipe Alexander, sufre tanto…

–Estás de muy mal humor –él tuvo que contener la risa–. A lo mejor debería besarte…

–¡No! Como te acerques a mí, te tiro todos los libros a la cabeza, y tengo buena puntería.

–Te creo y por eso quiero presentarme a mi pueblo, pero no puedo hacerlo hasta que nos hayamos entendido.

–Podemos criar juntos a nuestro hijo sin estar casados… o puedes recurrir a encerrarme como si fuese una delincuente, pero tus métodos autoritarios solo consiguen que desconfíe de ti y me disgustes más todavía.

–La confianza tiene que ser recíproca.

–Efectivamente, ¿cuándo te he traicionado de alguna manera?

–Me abandonaste en Khronos, desapareciste sin decir una palabra, y luego intentaste escaparte de aquí. Acepto que no he sido un príncipe modélico, pero tú tampoco puedes hablar mucho de estarte quieta.

–Muy bien, la próxima vez pondré unas señales para avisar que me marcho.

Él seguía haciéndole daño. Intentaba convencerse de que la daba igual, pero eso no era verdad. ¿Por qué le hacía daño cada palabra que decía y tenía tanto poder sobre ella? ¿Cómo podía ser el hombre al que había amado tan apasionadamente en Khronos? Era frío e implacable.

–Prométeme que no te escaparás y te llevaré a una suite en el palacio.

Mejor aún, acepta mi petición y vamos a organizar la boda para que el escándalo no salpique a nuestro hijo.

Ojalá fuese tan sencillo. Se había sentido perdida y desarraigada desde que llegó a Roche. Echaba de menos su vida en Khronos, necesitaba trabajar para que sus días tuviesen un objetivo organizado.

–Quiero volver a Khronos –susurró ella.

–No irás hasta que haya nacido el bebé, pero luego podrás ir de visita.

–De visita… –repitió ella con la voz temblorosa.

Él no dijo nada y miró los muros de piedra, los ventanucos y el techo con vigas.

–Estás castigándome –añadió ella.

–Es no es justo.

–Era virgen cuando te conocí y ahora estoy embarazada, eso sí que no es justo.

–Querías estar conmigo.

–Porque creía que eras libre y que me querías.

–Te quiero y por eso voy a casarme contigo y no con Danielle

–¡Quieres a casarte conmigo solo porque estoy embarazada!

–No lo niego. Me caso porque estás esperando un hijo mío, pero eso no invalida mi oferta…

–Claro que la invalida, Alteza.

–Estás siendo infantil.

–Y tú estás siendo atroz.

–No podemos volver atrás, Josephine, solo podemos seguir adelante.

–Y lo haremos, pero separados. Es posible que hayamos

engendrado un bebé, pero eso no significa que tengamos que amargarnos la existencia para siempre…

–El matrimonio no es un infierno.

–Lo dice un hombre que tenía una novia y una prometida.

–Rompí con mi novia meses antes de que se anunciara mi compromiso.

–Pero, en privado, estabas prometido a la princesa, ¿no?

–Sí, tuvimos un acuerdo durante años, pero Danielle también salía con hombres…

–Sigue dando igual. No estoy dispuesta a que un hombre que solo se preocupa de sí mismo vaya a romperme el corazón.

–¿Por qué iba a rompértelo si no te importo? No es un matrimonio por amor, Josephine. Es un trato para proteger a nuestro hijo, quien heredará el título y la fortuna de los Alberici.

–Me da igual –replicó ella parpadeando.

–No te da igual –insistió él suspirando.

–Márchate, por favor –le pidió ella bajando la mirada.

–Es el momento de que antepongamos a nuestro hijo. Dejar de ser egoísta…

–¿Egoísta yo? Evidentemente, no te acuerdas de lo que pasó en Khronos.

Yo sí me acuerdo y en ningún momento fui egoísta.

Entonces, él se marchó y ella apoyó la cabeza en las rodillas para contener las lágrimas. Estaba agotada y tenía náuseas. No estaba acostumbrada a tantas emociones y a tan poca actividad física. Se había criado al aire libre y estar encerrada en una torre era un castigo espantoso.

Alexander bajó a su despacho, en la segunda planta, y sabía que Josephine tenía razón. En Khronos solo había sido un hombre y en Aargau era el futuro rey. Había disfrutado siendo solo un hombre, había tenido una libertad que no tenía en ese mundo.

Aimee, su secretaria, lo miró con un gesto de preocupación cuando lo vio.

–Su madre le ha pedido que acuda a sus aposentos inmediatamente –Aimee miró su reloj–. Eso fue hace casi una hora. Sus empleados me han llamado dos veces desde entonces y…

–Sabías dónde estaba.

–Sí –ella sonrió levemente–, pero me dijo que no lo molestara…

Alexander cruzó el recinto del castillo Alberici para dirigirse al palacio amarillo del siglo xviii. Subió la escalera de mármol hasta el segundo piso y recorrió el largo pasillo hacia los aposentos de su madre. No tuvo que llamar a la puerta porque el mayordomo se la

abrió y lo anunció. La reina Serena le hizo un gesto para que se sentara en una butaca que tenía al lado.

–Me has hecho esperar mucho tiempo –le reprochó ella mientras él se sentaba.

–He venido en cuanto he podido.

–Estoy oyendo cosas preocupantes. ¿Tienes alguna noticia que pueda tranquilizarme? Tu padre está cada vez más débil. Estamos quedándonos sin tiempo, sobre todo, si quieres que esté en tu boda. ¿Acaso piensas casarte cuando… se haya ido?

Su madre lo dijo con frialdad, pero era un tono que él conocía muy bien.

Era elegante y refinada y también era consciente del poder y la responsabilidad que tenía como reina de Aargau.

–Claro que quiero que esté.

–Entonces, la boda tiene que celebrarse enseguida.

–Lo entiendo.

–¿Cuál es el inconveniente, Alexander?

–Josephine no está… preparada… para casarse…

–¿Cómo dices? Está esperando un hijo tuyo, el heredero del reino. Cuanto más esperes, más complicado será dar explicaciones. Estamos intentando limitar las repercusiones, Alexander, y basta con un servicio íntimo en la capilla del palacio…

–Salvo que ella quiera una ceremonia en la catedral.

–No tenemos tiempo de organizar una boda por todo lo alto y no la necesita. Tu padre está muy descontento porque te ha cazado.

–Yo la cacé a ella, no al revés.

–Tú eres un príncipe y ella no es nadie.

Él sabía que su madre solo quería ser sincera, que no quería ser despiadada.

–A ella le da igual que sea un príncipe y claro que es alguien.

–La amas… –murmuró su madre boquiabierta.

–Me gusta, sí, pero amarla… No sé qué es eso. Una vez se burlaron de mí por ser sentimental y ahora me critican por no tener sentimientos. Si los tuviera, todo sería mucho más fácil.

–Yo no sentía nada cuando me casé con tu padre, fueron apareciendo con el tiempo. Los tuyos también aparecerán –ella lo miró detenidamente–. ¿Te has recuperado plenamente del accidente?

–¿Por qué lo preguntas?

–No eres el mismo desde que volviste, eres menos… tú…

–Lo siento –Alexander inclinó la cabeza–. Intentaré ser más… yo.

–No me hace gracia el sarcasmo, Alexander. Hay mucha tensión, y no solo porque a tu padre le queda un poco menos cada día. El rey Marcel Roulet está furioso porque su hija ha quedado desairada una semana antes de la boda.

Además, acaban de informarme de que tienes a la americana encerrada en tu torre…

–La encerré la primera noche, pero no ha estado encerrada desde entonces.

–Pero ella cree que sí está encerrada.

–Tiene cierta tendencia a escaparse y necesito que se quede.

–No resolvemos así nuestros asuntos y un Alberici no trata así a su prometida. Más eficiencia y menos teatro, por favor. Dame una fecha de boda. Celebraremos una fiesta este fin de semana…

–Demasiado pronto.

–El siguiente podría… notársele, Alexander.

–Entonces, que sea dentro de una semana a partir de hoy.

–¿Una fiesta de compromiso en miércoles?

–O en martes. La haremos íntima, para los familiares y amigos más cercanos.

–Muy bien, pero necesitaremos un retrato de los dos para distribuirlo a la prensa –ella entrecerró los ojos–. Supongo que no podemos quitar a Danielle

con *photoshop* del retrato oficial de vuestro compromiso y meter a tu chica nueva, ¿verdad?

–¿Ha sido una broma, madre?

–No siempre fui la reina Serena, Alexander –su madre sonrió levemente–, también fui una joven con sentido del humor y ganas de aventuras.

Josephine se subió a un taburete para mirar por la ventana de su cuarto. Era última hora de la tarde, pero ya había llegado el verano y el sol iluminaba los tejados de pizarra de los edificios del castillo y las murallas que los rodeaban.

Apoyó la barbilla en la mano y apretó los dientes cuando la vista llegó al mar, que le recordaba a Khronos. Oyó que se abría la puerta y estuvo a punto de caerse del taburete al darse la vuelta.

–Cuidado –le advirtió una voz femenina y nítida–. Puedes hacerte mucho daño.

Se quedó rígida al ver que no era Alexander, aunque supo quién era por las fotos de las revistas.

–Reina Serena… –dijo en voz baja mientras se apartaba de la pared.

–No habré frustrado tus planes de fuga, ¿verdad?

A Josephine la pareció captar cierto tono burlón en la voz de la mujer.

–No tengo el pelo de Rapunzel, y la ventana es un poco estrecha aunque lo tuviera.

Serena se quedó delante de ella con el aire majestuoso de una reina auténtica.

–Siento no haberte visto antes, me temo que nuestra hospitalidad deja mucho que desear.

–¿Su hijo tiene la costumbre de encerrar a las mujeres?

–No, eres la primera. Me gustaría decir que es un gesto de cariño, pero las dos sabemos que es inexcusable. Ya no se encierran a las mujeres hermosas, es algo medieval.

–Es lo mismo que yo le dije.

–Es maquiavélico.

–También le dije eso.

–¿Qué vas a hacer?

–No lo sé.

–¿Qué quieres hacer?

–Marcharme.

–¿Qué te lo impide?

–¿Aparte de estar encerrada? La necesidad de proteger al bebé –Josephine levantó la barbilla–. No porque sea el heredero o la heredera, porque es mío.

–Y de Alexander.

–No me interesa Alexander. Comprendo que es su hijo y que lo ama…

–Los hombres tienen la cabeza dura y la carne blanda, pero tienen sus virtudes.

Josephine no supo cómo tomárselo. Tenía los hombros tensos y se agarró las manos.

–Me importaba mucho antes de que fuera… –ella hizo un gesto que abarcaba el cuarto–…esto.

–Teme perderte.

–No. Teme perder a su heredero, no a mí.

–Si crees eso de verdad, no conoces a mi hijo.

Josephine se mordió la lengua para no discutir con la reina… y la madre de Alexander.

–Pero no va a perder a su heredero –añadió la reina después de un rato–.

Tú no privarías a un padre de su hijo, así que tiene que haber algo más para que se comporte como un bárbaro. Los hombres suelen recurrir a tácticas bárbaras cuando se sienten acorralados –la

reina miró la cama llena de libros–. Eres una científica, no dejes que los sentimientos te nublen el cerebro, utilízalo. Advierte a mi hijo, que se gane tu aceptación.

–Eso no ocurrirá jamás.

–Entonces, que se gane tu confianza, pero haz algo para que te sientas segura y te respetes a ti misma… ya que no a él.

–¿Cree que no me respeto a mí misma? –le preguntó ella con el ceño fruncido.

–Creo que sabes lo que tienes que hacer, y que tu orgullo te impide tomar la decisión acertada.

–Su solución es que me case con Alexander.

–No tengo soluciones, tengo preferencias y prefiero que mi nieto se críe en una familia estable.

–¿Y qué pasará ahora? –Josephine miró a la reina–. ¿Volverá a encerrarme cuando se marche?

–No. No tengo paciencia para las puertas cerradas, los secretos y los juegos.

–Entonces, podría marcharme con usted si quisiera.

–¿De verdad quieres marcharte de aquí?

–Quiero que Alexander deje de intimidarme.

–Entonces, ¿no es hora de que te mantengas firme?

La reina se marchó y dejó la puerta abierta de par en par. Ella se quedó esperando a que apareciera alguien del servicio de seguridad para cerrarla, pero no apareció nadie. Dudó un rato, salió y fue a las escaleras de la torre.

Se quedó en lo alto al oír que llegaban voces de abajo, hasta que oyó que arrastraban algo pesado.

Bajó lentamente hasta el piso inferior. La puerta estaba abierta y era una biblioteca preciosa llena de libros del suelo al techo. Dos hombres uniformados movían sillas mientras una mujer planchaba una tela bordada que cubría una mesa que había en el centro. Alguno de ellos debió de notar que estaba allí porque, de repente, todos murmuraron unos saludos cordiales mientras seguían con su trabajo como si fuese normal que se pasease por la torre.

Siguió bajando las escaleras y se cruzó con otros empleados que tampoco le dijeron nada ni se extrañaron de verla recorriendo la torre. Asomó la cabeza al cuarto de la segunda planta y vio un despacho asombrosamente moderno, con ordenadores, pantallas y butacas de cuero muy elegantes. Una joven estaba sentada a una de las estilizadas mesas de ébano y tecleaba algo en un ordenador. La miró, la saludó con la cabeza y siguió trabajando. Todo parecía muy normal y muy excepcional a la vez. Se aclaró la garganta.

–Su Alteza el príncipe Alexander…

La joven volvió a mirarla con una sonrisa profesional.

–Su Alteza ha preparado una cena a las nueve en la biblioteca, en la tercera planta.

–Gracias…

Se mordió el labio inferior para intentar entender todo eso. Parecía como si estuviese libre. ¿Era obra de la reina o Alexander había cambiado de opinión?

Bajó el último tramo de escaleras, abrió una puerta traslúcida y entró a un gimnasio enorme y lleno de todo tipo de aparatos. Oyó un ruido, se dio la vuelta y lo vio con unos pantalones cortos grises y una camiseta blanca.

Tenía el pelo mojado y la camiseta se le pegaba a los músculos del pecho y a los bíceps.

–No sabía que estabas aquí. Siento haber interrumpido tus ejercicios.

–Había salido un momento para contestar una llamada –Alexander se levantó la camiseta para secarse la cara y dejó a la vista sus abdominales–, pero ya he terminado.

Ella oyó las palabras, pero no las escuchó porque estaba absorta por la visión y por el recuerdo de su torso contra ella. Le miró las caderas justo antes de que bajara la camiseta, pero también pudo recordar aquella parte de su cuerpo y el placer que le había dado. Trago saliva y miró hacia otro lado, pero ya era tarde y anhelaba sentir su peso y su piel.

–Es un gimnasio impresionante –comentó ella con la voz ronca.

–Puedes usarlo cuando quieras.

Ella no quería un gimnasio, lo deseaba a él. Se maldijo a sí misma por ser tan débil.

–Tu madre fue a verme hace un rato –replicó ella para pensar en otra cosa–. ¿Cómo es que la puerta no estaba cerrada con llave?

–Lleva dos días abierta.

–No es verdad.

–Sí lo es.

–Pero ese ruido al abrirla…

–Es el mecanismo. Es antiguo y habría que cambiarlo.

–Me hiciste creer que estaba encerrada.

–Sí.

–Es espantoso, deberías estar avergonzado.

–Lo estoy.

–No lo parece. Si acaso, pareces contento contigo mismo.

–Estoy contento de verte.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado, pero antes recorrió con la mirada su magnífico torso. Estaba fascinada por él incluso antes de que se conocieran. Lo había visto en la playa y lo había dibujado, era su debilidad y se sentía cada vez más vulnerable.

–Me temo que esto no va a salir bien y no sé qué hacer porque ya no confío en ti.

–Me ganaré tu confianza otra vez.

–No creo…

–Tienes que darnos una oportunidad, Josephine.

–Llevará tiempo.

–Eso es verdad. Desgraciadamente, es lo único que nos falta y te pido que confíes en que la confianza crecerá.

–Alexander…

–Tenemos que casarnos ya. Cada día será más difícil ocultar que estás embarazada. Yo puedo aguantar las habladurías y los insultos, estoy acostumbrado, pero no quiero que se hagan muchas conjeturas sobre el nacimiento de nuestro hijo. Bastante complicada es la vida como para nacer bajo la sombra de la duda.

Por fin, estaba de acuerdo con algo que había dicho él. La vida era complicada y su hijo no debería criarse rodeado de habladurías.

–¿Te gustan los niños siquiera? –le preguntó ella.

–Qué pregunta más rara…

–Creo que es una pregunta pertinente. Nunca hablaste de ellos antes.

–¿Antes? ¿Te refieres a cuando no me acordaba ni de cómo me llamaba?

–Nunca me preguntaste qué me parecía ser madre. Nunca me preguntaste qué sentía sobre nada.

–Lo siento.

–Entonces, ¿la puerta de mi dormitorio no estará cerrada con llave? –preguntó ella sin creérselo.

–No.

–¿Estás devolviéndome la libertad?

–La libertad para recorrer el recinto del castillo.

–Pero nada más.

–Puedes salir a Roche con servicio de seguridad, pero te aviso de que la gente sabe que estás…

–¿Cómo?

–Me siguen a todos lados y fotografían todo lo que hago. Por eso te he mantenido aquí, para que ganes tiempo, para que te adaptes a los cambios.

–Ya no tengo muchas alternativas, ¿verdad?

–Desgraciadamente, no.

–¿Qué puedo hacer y qué puedo decidir?

–La hora del día a la que quieres casarte y el sitio de la boda; o la capilla del palacio o la catedral gótica del barrio antiguo. También puedes elegir el tipo de recepción. Tienes carta blanca sobre los detalles de la boda y puedes decidir a dónde vamos a ir de luna de miel…

–No quiero luna de miel.

–¿No crees que nos vendría bien alejarnos un poco y estar solos?

–Ye he estado sola contigo y mira cómo estoy ahora.

Sus ojos azules dejaron escapar un brillo posesivo y esbozó una sonrisa sensual.

–Me gustaría pasar una semana contigo sin que tengas que cocinar o esperarme. Me gustaría tenerte todo el día en la cama.

Ella notó unos chispazos que le recorrieron todo el cuerpo desde los pezones a la entrepierna.

–Creo que eso también lo hemos hecho.

–Hay tantas cosas que quiero hacerte…

–No, gracias.

–Te gustarían.

–¿Como me gustó estar encerrada en tu torre?

–El cautiverio es un preámbulo…. Me parece muy erótica la idea de atarte o esposarte en la cama. Creo que a ti también te lo parecería.

–Está claro que no me conoces si crees eso –replicó ella con las mejillas abrasándole.

–No lo sabrás si no lo probamos.

Jamás se había imaginado algo así, pero podía verse desnuda y atada esperándolo. Era desconcertante y emocionante, y sintió un estremecimiento por toda la espalda.

–Estás siendo muy… explícito…

–Me gustas… explícita –él se encogió de hombros–. La química nunca ha sido un problema para nosotros. Nos entendemos.

Se quedó sin respiración mientras la turbación se adueñaba de ella. Hacía unas tres semanas que no estaban juntos, pero su cuerpo todavía anhelaba que la abrazara y la hiciera suya otra vez. Recordaba sus labios en el cuello, la aspereza de su pecho sobre sus pechos, la dureza cálida de su miembro dentro de ella. Cuando estaba dentro de ella, se sentía plena. Por una parte, lo deseaba con todas sus ganas, deseaba la sensación de ser suya y solo suya, pero, por otra, sabía que él no le convenía. Ese deseo la convertía en dependiente, le nublaba el raciocinio.

–Eso ha cambiado. Tuvimos química en Khronos, cuando me sentía a salvo contigo. Ya no.

–Volverás a sentírtelo.

–Entonces, ¿puedo salir? ¿Puedo volver a llevar una vida normal?

–No volverá a ser normal como antes –contestó él al cabo de un rato–, pero sí, puedes salir de compras, a ir a comer o a hacer lo que quieras. Sin embargo, el servicio de seguridad querrá saber todos los detalles para elaborar un plan y que estés lo más tranquila que sea posible.

–Lo normal para mí no es ir de compras o a restaurantes, lo normal es mi casa, mi trabajo…

–Tendrás trabajo, aunque será distinto.

–¿Eso debería apaciguarme?

–No. Estoy siendo sincero, creo que lo mejor es que pongamos las cartas sobre la mesa. Tu vida será distinta, lo normal será distinto, pero te prometo que haré todo lo que pueda para que acabes siendo feliz.

No quería que lo normal fuese distinto ni una casa distinta, pero eso no parecía importar y, sinceramente, solo podía reprochárselo a sí misma. Había perdido la cabeza en Khronos. Habían hecho el amor una docena de veces y el riesgo tenía consecuencias…

–¿Sabe alguien algo de mí?

–Saben que me rescataste después del… accidente y creen que estás aquí para que mis padres te lo agradezcan.

–¿Sabe alguien algo de mi embarazo?

–No. Solo lo saben cuatro personas; nuestros padres y el médico que hizo la ecografía, y nadie lo sabrá hasta que decidamos comunicarlo, seguramente, cuando estés de seis meses.

–¿No crees que debería conocer a tus padres antes de que acepte? –

preguntó ella tomando aire–. Ya sé que tu padre es el rey, pero también será el abuelo de mi hijo. Quiero estar segura de que… me da el visto bueno.

–Mi padre puede ser… complicado –contestó él titubeando un poco.

–¿Es tu manera de decir que no espere gran cosa?

–Lees muy bien entre líneas…

Capítulo 7

ESA NOCHE iban a cenar en la biblioteca de la torre y ya había dado instrucciones para que todo fuese impecable. Como tenía un poco de tiempo, pasó por la habitación de su padre.

–Está despierto –le comunicó el mayordomo–, pero no está de muy buen humor.

Alexander le dio las gracias porque hombre precavido valía por dos.

El rey Bruno ya estaba en la cama y lo observó acercarse con los ojos entrecerrados.

–Te has arreglado. ¿A quién quieres impresionar esta noche?

–Voy a cenar con Josephine.

El rey apretó los dientes y Alexander siguió hablando.

–Tenía pensado presentársela mañana, padre.

–Prefiero que no…

–Lo sé, pero ella no tiene por qué saberlo y la traeré a palacio después de presentársela. Será un encuentro corto y solo tendrá que saludarla con la cabeza. Luego, me la llevaré.

–He oído decir que Damian y tú habéis tenido una discusión. Espero que no sea verdad.

A su padre siempre le había interesado más Damian que él.

–No pasa nada.

–Entonces, ¿por qué no ha aparecido por aquí?

–Eso mismo me pregunto yo.

–Siempre ha sido muy leal conmigo.

–Como yo, señor.

Bruno se limitó a cerrar los ojos para dar por terminada la conversación.

La biblioteca estaba iluminada con unos apliques de hierro y cristal y resplandecía con tonos rojos y dorados. La mesa redonda estaba cubierta con un mantel color rubí y la cristalería tenía los tallos también de color rubí. Las paredes estaban repletas de libros y Josephine se sintió relajada cuando anunciaron el segundo plato.

–Mañana, antes del almuerzo, conocerás a mi padre. No puedo predecir lo que hará…

–¿Vuestra relación es mala?

–Ha sido tensa desde que era muy pequeño.

–¿Es difícil contentarlo?

–Está muy contento con mi madre.

–¿Lo has decepcionado?

–Soy muy cerebral y habría preferido un hijo más visceral, astuto y agresivo, como mi primo Damian. Mi padre admira a los hombres que imponen su autoridad.

–¿Y tú no eres autoritario?

–Josephine –él sonrió, pero la sonrisa se le esfumó–, es posible que no volvamos a ser como en Khronos, pero sí podemos ser felices y formar una familia feliz para este hijo y los que lleguen.

–¿Te gustaría tener más?

–Me gustaría tener más.

–¿Porque necesitas un heredero y un suplente?

–Porque fui hijo único. Quiero que mis hijos tengan hermanos. ¿Para qué quieres criarte en un castillo si no puedes correr por las escaleras y jugar al escondite en las mazmorras?

–¿Tus niñeras no jugaban contigo? –preguntó ella conmovida.

–Una niñera no puede sustituir a un hermano.

A Josephine le espantaba el nudo que se le había formado en la garganta.

No quería sentirse unida a él, pero le dolía el corazón y lo entendía mejor de lo que él podía imaginarse. Ella también se había criado sola, añorando a alguien con quien jugar. En cambio, se había pasado la vida divirtiéndose sola y fingiendo que no necesitaba a nadie.

–Quieres hijos, pero no me quieres a mí –replicó ella al cabo de un rato–.

Creo que eso es lo que más me cuesta… aunque suene egoísta.

–Claro que te quiero. Te encerré para que no te marcharas.

–Para que tu futuro hijo se quedara aquí.

–Para que tú te quedaras aquí, Josephine –Alexander le pidió al sirviente que se marchara y siguió cuando se quedaron solos–. Todavía no he recuperado toda la memoria, tengo lagunas sobre partes de mi vida. Sé cosas que me han contado, pero no las recuerdo.

–¿Por ejemplo?

–El viaje en yate con mis amigos.

–¿Solo eso?

–El primero o los dos primeros días en Khronos.

–Estabas recuperándote de una lesión y no me extraña que te cueste recordarlos.

–Pero la semana anterior al accidente la pasé en el yate. Ya no me acuerdo de nueve días…

–¿Qué dicen los médicos?
–No se lo he contado.
–¿Por qué?
–Porque me preocupa que se entere mi madre. Ella ya tiene bastante por el momento.
–¿Hay algo más que no sepa?
–Mi padre está muriéndose –contestó él–. Tiene cáncer de pulmón y ya no se le puede alargar la vida. Solo se puede intentar que sea lo más agradable posible, pero no está dando resultado.
–Por eso no dejas de repetir que estamos quedándonos sin tiempo, porque es verdad para ti.
–Quiero que mi padre esté cuando nos casemos… si es humanamente posible.
–¿Por qué no me lo habías dicho? Habría entendido mejor la presión y la urgencia.
–Porque las familias reales como la mía actuamos así. Mantenemos las apariencias. En teoría, no lo pasamos mal y, por eso, ocultamos todo lo que sea problemático…
–¿Como los sentimientos?
–Desde luego –él sonrió con ironía–. Los sentimientos son terriblemente peligrosos.
–Yo creo que lo peligroso es vivir sin sentimientos.
–Lo dice la mujer que adora la lava y los volcanes. Aquí no dramatizamos ni somos imprevisibles. Todo está muy controlado en palacio.
–Eso es aterrador.
–Puede serlo.
–Entonces, ¿quién sabe lo de tu padre?
–Cuatro gatos, quienes tienen que saberlo.
–Como mi embarazo…
–Pero esa será una buena noticia, como la boda. Sé que mi madre espera que nuestras buenas noticias sirvan para aliviar el dolor de la gente cuando se entere de que mi padre tiene cáncer.
–Es mucha presión –comentó Josephine tragando saliva.
–Me he criado a la vista de todo el mundo, como en una pecera, y tú también vas adentro. Sin embargo, tengo fe en ti, eres una nadadora magnífica.
La miró a los ojos y ella captó algo que la ablandó. Se llevó la mano al corazón.
–Afortunadamente, me gusta el agua.
Él se levantó, se acercó a ella y sacó un estuche de terciopelo del bolsillo.

Luego, mientras levantaba la tapa, hincó una rodilla en el suelo.

–Josephine, ¿me harías el honor de casarte conmigo y ser mi esposa y la futura reina?

Ella miró la enorme esmeralda rodeada de diamantes y lo miró a él. Era muy guapo, pero muy distante. En Khronos había estado relajado. Ella sospechaba que seguiría siendo igual de sensual en la cama, pero le preocupaba que no hubiese cabida para los sentimientos. Se preguntó si habría amado a alguna mujer… y si la amaría a ella alguna vez.

–Había esperado que dijeras «sí» –añadió él con una sonrisa forzada.

–Sí –ella se sonrojó–, es un «sí». Lo siento.

–No lo sientas y dame la mano.

Ella le dio la mano y él le puso el anillo en el dedo anular.

–Es precioso… –susurró ella sin poder dejar de mirar la inmensa esmeralda.

–Es una reliquia familiar, de principios del siglo xix.

–Tu mundo es abrumador…

–Lo entiendo, te lo aseguro.

–Jamás quise ser princesa, ni cuando jugaba de pequeña.

–Yo tampoco quise ser príncipe –reconoció él mientras se sentaba a la mesa otra vez–. De niño, me rebelaba contra mi destino. No quería privilegios y mi padre me decía que era un desagradecido y que no me merecía mi posición. Yo aprendí a no volver a decir nada.

–Tuvo que ser un castigo no poder decir nada.

–No era para tanto, el castigo fue que me mandaran lejos de casa.

–¿Todavía te acuerdas?

–¿De la conversación con mi padre o del castigo?

–De las dos cosas.

–Recuerdo la conversación porque me sentí muy satisfecho conmigo mismo –Alexander se dejó caer en el respaldo–. Verás, me sentí incómodo con el protocolo desde muy joven. Me horrorizaba que alguien me inclinara la cabeza, creía que no había hecho nada para merecerme esa deferencia. No me parecía justo que hubiese nacido con ventajas, no era igualitario.

–Entiendo que fueses problemático si tu padre era tan anticuado como dices.

–Claro, ¿cómo iba a ser… popular? Su hijo único. Sería una vergüenza para el nombre de los Alberici –Alexander sonrió con ironía–. Además, todo se complicó cuando le recordé a mi padre

que la monarquía era muy cara para el pueblo de Aargau, que cuesta más de doscientos millones de euros al año, que la mitad se paga con el patrimonio de los Alberici, pero que la otra mitad se paga mediante impuestos.

–¿Se lo dijiste…?

–Sí.

–¿Y qué pasó?

–Castigado; me mandó a mi cuarto sin comida ni agua y al día siguiente me mandaron a una academia militar donde me convertirían en un hombre de provecho.

–Diría que eso era una incitación al maltrato.

–Para haberte criado al margen de la sociedad, lo entiendes muy bien.

–Leo mucho.

–Estuve en la academia hasta los diecisiete años y luego serví tres en la Armada, hasta que, a los veinte, me permitieron ir a la universidad. Pasé cuatro años lejos de Europa, en New Haven, donde estudié Filosofía, Económicas y Ciencias Medioambientales antes de que volviera a Europa y me licenciara en Economía Natural en Cambridge, unos estudios que combinan medioambiente, derecho y economía.

–Por eso hablas tan bien en inglés.

–Reconozco que me encantó el tiempo que pasé en Estados Unidos. Tenía una libertad que me faltaba aquí. Por eso, acepté un empleo en París después de licenciarme. No quería volver a ser el príncipe Alexander, me gustaba ser uno más del pueblo.

–¿No puedes ser uno más del pueblo como rey de tu país?

–No tal y como me han criado.

–Entonces, cámbialo cuando te llegue el turno para que tus descendientes puedan ser felices.

–Entonces, los animaría a que estudiaran en la universidad.

–¿Tu padre no estudió?

–Ha sido rey desde los dieciocho años.

–Entonces, ha cumplido con su deber, y tú también cumplirás cuando te llegue el turno.

El encuentro con su padre fue breve y brusco, pero admiró la entereza de Josephine. Su padre no le dirigió más de una docena de palabras, pero, al menos, les dio el visto bueno para casarse.

La reina Serena no habló hasta el final, pero cuando tuvieron la bendición de su marido para que se casaran, se levantó y les dio un beso en la mejilla.

–Enhorabuena, y bienvenida a la familia.

El encuentro duró unos cinco minutos y se marcharon con Josephine agarrándolo del brazo con la mano temblorosa. Él la miró cuando se cerraron las puertas del cuarto de su padre. Tenía el pelo recogido en un moño muy refinado y llevaba un sencillo vestido azul marino.

–Estás muy elegante –comentó él–. ¿He visto antes ese vestido?

Ella se llevó una mano a los pendientes de perlas y al collar a juego.

–No. Tu madre me mandó esta mañana todo lo que tenía que ponerme.

Dijo que seguramente me gustaría ponerme algo elegante y que esperaba que me ayudara a sentirme cómoda.

Él no se extrañó. Su madre sabía aliviar la tensión, y Josephine no era fácil de convencer. Seguramente, su madre era la mujer más fuerte que conocía.

–Ojalá hubiese pensado yo en eso. Necesitas un guardarropa y una ayudante.

–No necesito una ayudante ni un guardarropa. Ya tengo este vestido si tengo que ver a tu padre.

Él se detuvo al pie de la escalera de mármol.

–Me parece que no te das cuenta de lo que está a punto de pasar. Esta tarde va a comunicarse nuestro compromiso y nos convertiremos en el centro de atención de la prensa y de muchas conjeturas, sobre todo, cuando digamos que la boda será dentro de siete días a partir del sábado.

–¿Dentro de nueve días?

–No es mucho tiempo y por eso celebraremos una pequeña fiesta el martes o miércoles de la semana que viene, para celebrar la buena noticia.

–¿Es completamente necesario?

–Tenemos que hacer algo o parecerá raro que te haya tenido escondida y…

Él se rio en voz baja y no terminó la frase cuando vio que ella tenía arqueada una ceja.

–No dejarás que me olvide de que te tuve encerrada, ¿verdad?

–No. Eres aterrador, debería llamarte Barbazul.

Alexander sonrió y la besó, y ella se estremeció con las manos en el pecho de él.

–Esto se te da demasiado bien –murmuró ella–. Casi me dan ganas de que me encierren contigo.

–Lo sabía. ¿Dónde están mis esposas?

–Despacio, Alteza, ni siquiera estamos casados.

–Es verdad. Hablando de casados, creo que deberíamos hacer algo para tranquilizar a mi madre.

–¿No podemos tomar una decisión ahora y decírsela?

–¿Sabes lo que quieres?

–Una boda íntima, tu familia más cercana y mi padre. Me gustaría que la ceremonia fuese breve para que no se le haga cuesta arriba al rey Bruno. Una tarta y un brindis con los asistentes y luego, más tarde, una cena íntima para nosotros dos.

–Eso no es una boda real como es debido…

–Los dos sabemos que yo tampoco soy una novia real como es debido.

Capítulo 8

CUANDO Alexander dijo que la agenda se le iba a llenar enseguida, no había exagerado. Ella había esperado algunas citas y reuniones, pero se habían adueñado de toda su vida.

Se vio rodeada de empleadas cuando faltaba una hora para que anunciaran el compromiso. Unas se ocupaban de su agenda, otras de su guardarropa y otras de tareas que ella no entendía todavía.

Bastaron unos días de compañía constante para que echara de menos el dormitorio de la torre, tan alejado del bullicio del palacio. Echaba de menos las vistas del mar, que le recordaban a Khronos, a su padre y al trabajo que había sido su pasión. También batallaba con las mujeres que la rodeaban en ese momento y le corregían todo; la forma de andar, la forma de hablar, la forma de sentarse, la forma de sonreír y la forma de no reírse por nada del mundo. Esa instrucción diaria pretendía convertirla en una princesa en condiciones, pero conseguía que se sintiera inadecuada. Le enseñaban de viva voz absolutamente todo y eso, para alguien formado en casa mediante la lectura de libros, le recordaba que era un problema, un error. Oyó varias veces a mujeres que murmuraban que sería muy difícil convertirla en una dama antes de la fiesta del martes, cuando la presentarían a algunos aristócratas, a amigos de la familia y a una selección de parlamentarios.

Además de esas lecciones, no paraban de tomarle medidas y probarle ropa, estaba cansada de estar de pie como un maniquí, y se había dado cuenta de que no estaban haciéndole unos pantalones o algo un poco cómodo, aunque las telas eran increíbles y las prendas preciosas.

Alexander apareció una tarde en su habitación cuando estaba reunida con lady Adina, quien estaba repasando la lista de invitados a la fiesta para cerciorarse de que sabía los nombres y los títulos. No le habían oído entrar y ella no supo cuánto tiempo había estado observándolas.

–Hola –lo saludó ella agradeciéndole la interrupción–. ¿Me necesitas…?

–No, si estás ocupada.

–No estamos tan ocupadas y me parece como si no te hubiese visto desde hace un siglo.

Josephine se levantó pensando que estaba increíblemente guapo con los pantalones color aceituna y la camisa blanca remangada.

Solo de verlo, comprendió que se hubiese olvidado de toda prudencia y se hubiese enamorado tanto de él.

–Es verdad, y ahora me marcho a París, pero debería volver mañana.

–¿Puedo acompañarte? –le preguntó ella con ilusión–. No he estado en París y me encantaría…

–Ojalá pudieras, pero los viajes de última hora salen carísimos, además de las habitaciones y el servicio de seguridad adicional que necesitaríamos al no estar casados –él le tomó una mano–. Vamos a ver la colección de pintura, no te la he enseñado, ¿verdad?

–No –contestó ella sintiéndose chafada.

Él le agarró la mano con más fuerza y salieron de la habitación. Alexander no se paró y la miró hasta que habían subido un piso y habían entrado en un pasillo muy largo lleno de cuadros.

–Voy a París a ver a Philippe, un amigo mío. Se va de viaje a Buenos Aires y quiero verlo antes.

–¿No ha intentado ponerse en contacto contigo?

–Es íntimo de Damian, mi primo. La discusión en el yate fue entre Damian y yo y creo que Philippe me ha eludido para no tener que tomar partido.

–¿La discusión fue entre tu primo y tú…?

–Sí.

Él tenía una expresión tan sombría que ella casi no se atrevió a preguntar nada más, pero lo había rescatado y había visto la herida en la cabeza.

–¿Ese es el primo al que le gustaría a tu padre que te parecieras?

–Nos criamos casi como hermanos.

–Pero fue quien te pegó…

–Al parecer, en defensa propia.

–¿Por qué?

–No lo sé y ese es el problema –contestó Alexander–. Solo sé lo que me han contado.

–¿Has pedido la grabación de las cámaras de seguridad?

–Fue lo primero que hice, pero, al parecer, no había cámaras en esa parte del barco.

–Es un poco raro, ¿no te parece?

–Si lo que me cuentan es verdad, yo fui el agresor y mi actitud fue inexcusable.

–¿Qué te cuentan que hiciste?

–Preferiría no decirlo.

–Y yo preferiría oírlo dicho por ti antes que por otra persona – insistió ella.

Alexander se alejó un poco hacia la pared con retratos, pero no parecía mirarlos.

–Todo es un poco complicado y lo que voy a contarte es lo que me contó Gerard.

–Entonces, ¿Gerard estaba allí y vio lo que pasó?

–No, es lo que le contó Damian.

–No me parece muy tranquilizador.

–Según Damian, notó que ni Claudia ni yo estábamos…

–¿Quién es Claudia? –le preguntó Josephine.

–Su novia y mi exnovia –contestó Alexander.

Ella arqueó las cejas, pero se mordió la lengua.

–Entonces, fue a buscarnos y nos encontró en la cubierta del camarote de ella –siguió Alexander–. Estábamos discutiendo. Estaba amenazándola, zarandeándola y asfixiándola. Damian intervino, se llevó a Claudia para que la atendiera el médico y me dejó solo.

–¿Cómo te caíste por la borda?

–No lo sé.

–¿Nadie fue a buscarte, a sacarte de su camarote?

–Gerard fue a buscarme y dice que el camarote de ella estaba vacío. Luego fue al mío y la puerta estaba cerrada con pestillo, y me dejó en paz –

Alexander se quedó un momento en silencio–. Todo el mundo dio por supuesto que me había acostado, pero cuando no aparecí al día siguiente por la tarde, forzaron la puerta y comprobaron que no estaba.

–Por eso no dieron la voz de alarma.

–Y por eso no supieron dónde buscarme. A primera hora de la tarde, el yate había recorrido muchas millas. Lo que me preocupa es la pelea, que estuviese zarandeándola o furioso con ella. No sé el motivo, nunca me ha importado verla con Damian. Fui yo quien rompió nuestra… relación.

–¿Crees que es un montaje de Damian?

–Pero ¿por qué? ¿Para qué?

–Entonces, ¿lo crees? ¿Zarandeaste y asfixiaste a Claudia y luego te caíste por la borda?

–La gente hace muchas tonterías cuando bebe y, según me han contado, yo bebí mucho.

–Lo siento, pero nada tiene sentido. Jamás te he visto beber demasiado.

–Lo hacía cuando estaba en la universidad y tenía fama de ser un poco… impulsivo cuando bebía, pero eso fue hace diez años y ya no bebo así.

–Háblame de Claudia.

–¿Por qué? –preguntó él mirándola con los ojos entrecerrados.

–No había oído hablar de ella hasta ahora y me parece curioso que tu exnovia estuviese allí.

–Era la novia de mi primo.

–¿No era incómodo?

–Claudia también es la hermana menor de Marc, uno de mis mejores amigos. Siempre ha sido parte de mi círculo y por eso empecé a salir con ella, porque conocía las reglas de mi mundo.

Josephine no supo si sentirse desconcertada y enfadada, pero lo peor era que la historia de Alexander no tenía ni pies ni cabeza.

–¿Qué le pasó a Claudia? ¿Sacó fotos el médico? ¿Tenía marcas? ¿Has hablado con ella?

–Marc, su hermano, me ha dicho que no me acerque a ella.

–¿Marc también es íntimo amigo de Damian?

–Conocimos a Marc durante el primer año en la Academia Militar y hemos sido amigos desde entonces.

–¿Y Philippe? –preguntó ella conteniendo un suspiro–. ¿Dónde entra?

–Era otro amigo de la academia.

–¿Confías en todos y cada uno de ellos?

Alexander no dijo nada y desvió la mirada. Ese silencio la inquietó, y tuvo miedo por los dos.

–No quiero hacer de abogada del diablo, Alexander, pero hay algo que no encaja y me preocupa que te hayan tendido una trampa.

–¿Y si es verdad que lo hice? –preguntó él mirándola con desolación.

Le dolió y le enfureció que la encerrara en la torre cuando llegó a Aargau, pero, en el fondo, siempre había sabido que era recto e íntegro.

–No me lo creo, y tú tampoco deberías creértelo.

El viaje a París fue una pérdida de tiempo y dinero. Cuando llegó al piso de Philippe, Damian ya estaba allí. Los tres cenaron con aparente cordialidad y evitaron hablar del viaje, solo hablaron de fútbol y de un club muy exclusivo que habían abierto en París. Se arrepintió de haber ido y de no haberse quedado en Roche con Josephine. Entonces, decidió que podía volver esa noche.

–Gracias por la cena –Alexander se levantó llevado por un impulso–, pero tengo que volver. Philippe, diviértete en Buenos Aires –se dirigió a Damian–.

Espero verte pronto en Roche….

–Estoy esperando la invitación para la boda.

–Va a ser muy íntima.

–¿Tampoco vas a invitarme a la fiesta del martes?

–Iba a dártela en mano cuando fueses a verme al palacio, pero ni siquiera has llamado.

–Estaba esperando unas disculpas.

–Entiendo. Me alegro de saberlo.

Alexander se dirigió hacia la puerta, pero Damian se levantó y lo siguió.

–Necesitas ayuda, Alex, y si no la buscas, me ocuparé yo. Hablaré con tu padre, iré al Parlamento, lo contaré a la prensa…

–¿Para qué quieres hacerlo público? –Alexander se dio la vuelta–. ¿Qué esperas conseguir?

–No puedes eludir la verdad; no estás bien y podrías no ser apto para reinar.

Alexander miró un rato a su primo y asintió con la cabeza.

–Me alegro de saberlo.

Salió a la calle y agradeció el coche y el avión privado que lo esperaban.

A Josephine le espantaba estar en el palacio sin Alexander. Se sentía atrapada e intimidada, aunque él no lo entendería porque se había criado allí.

Sin embargo, no le agotaba la constante compañía crítica, era la rutina aburrida y monótona. Esperaba que una vez celebrada la boda tuviera más control sobre sus actividades. Hasta entonces, tendría que mirar por las ventanas y esperar a que Alexander la buscara y le hiciese sentirse segura y deseada otra vez. Él era el único motivo para que estuviese en Aargau. Se llevó la mano al abdomen, él y el bebé.

Al principio, había estado nerviosa por el embarazo, pero, en ese momento, estaba decidida a ser una gran madre. Ella solo había tenido un padre, al que adoraba, pero que nunca había podido ser padre y madre a la vez. Incluso en ese momento, cuando estaba embarazada, echaba de menos una madre que le diese consejos. Necesitaba la figura de una madre que la ayudara… aunque también serviría una amiga con conocimientos. Esperaba que la reina Serena llegara a convertirse en eso, pero, hasta entonces, Josephine seguiría siendo su mejor amiga.

El domingo por la tarde, salió a pasear por la muralla del castillo. Las palabras de Damian lo obsesionaban. Había vuelto de París en plena noche y había tardado horas en quedarse dormido. No era el Damian que él conocía.

Ese estaba resentido, con cuentas pendientes. ¿Se trataba de Claudia o había pasado algo más de lo que no se acordaba?

Cerró los ojos y vio a Josephine, hermosa, cálida y sonriente. Se alegró de que no fuese Danielle, sofisticada y fría, y no quería que nadie intentara convertirla en lo que no era. Le gustaba así. Era la mujer que quería y sería una buena reina aunque no se hubiese criado en ese mundo. Quizá fuese una reina mejor precisamente por eso…

Lamentó no haberla llevado a París y le gustaría estar más con ella.

Debería sacarla del palacio y llevarla de paseo. Podrían escaparse un par de horas en uno de sus descapotables… Se paró dándole vueltas a la idea. Sabía a dónde la llevaría. Irían por el centro del país, atravesarían pueblos pintorescos y llegarían al monte Bravura, el punto más alto de Aargau. Sin embargo, si iban a hacerlo, tenía que ponerse en marcha.

Llamó a Julio Costa, el dueño del restaurante, y fue a buscar a Josephine.

Su ayuda de cámara le dijo que fuese a buscarla en la suite de la torre, y sonrió ante la sorpresa de Alexander.

–Todo el mundo sabe que a la señorita Robb le gusta ir ahí para descansar de las mujeres.

–¿Las mujeres la agobian? –le preguntó Alexander.

–Creo que se preocupan mucho por las reglas y el protocolo.

Alexander fue a la torre y subió al cuarto piso. Cuando entró en el dormitorio, se encontró a Josephine subida a un taburete y mirando por la estrecha ventana.

–¿Qué estás pensando?

Ella dio un respingo y lo miró por encima del hombro.

–Poca cosa –contestó Josephine.

–Eso, dicho por ti, quiere decir que estabas pensando algo.

–Estaba pensando que las nubes proyectan en el mar sombras que parecen una flota de barcos con las velas desplegadas. Estaba imaginándome las aventuras que iban a vivir esos valientes navegantes.

–Debería haberte llevado a París, no lo pasé bien sin ti.

–¿Qué tal con Philippe?

–Mal –Alexander titubeó–. Damian estaba allí.

–No esperabas verlo, ¿verdad? –preguntó ella con una ceja arqueada.

–No, y fue una cena tensa. Me marché enseguida.

–¿Y qué tal estuvo tu primo?

–Desconcertante. No lo entiendo. No vamos a hablar de él. Me estropeó la noche y no voy a dejar que me estropee el día. He organizado una cena para los dos solos. Saldremos a las seis.

Josephine lo miró un rato porque no sonreía, pero tenía un brillo especial en los ojos. Se lo imaginó de niño y pensó que no habría sido uno de esos que hacían daño y rompían las cosas, que había sido inteligente, considerado y amable.

–Me apetece mucho. ¿Tengo que ponerme uno de esos vestidos que hay que llevar con faja?

–Suena horroroso.

–Es horroroso.

–Pues elige uno cómodo, que te haga feliz.

Josephine eligió un vestido de seda rojo como el rubí sin mangas, ceñido a la cintura y con un escote que hacía que se sintiera impresionante y femenina.

Bajó las escaleras y se encontró a Alexander esperándola en la puerta. La miró y sonrió.

–Estás muy guapa.

–Y tú estás muy elegante con tus…. pantalones y tu camisa…

Él se rio en un tono ronco y sexy mientras el mayordomo les abría la puerta.

–Quieres decir que soy muy soso, ¿no?

–No, no tienes nada de soso.

Salieron y se fijó inmediatamente en un deportivo descapotable de color verde oscuro.

–¿Es nuestro coche?

–Sí. ¿Te gusta?

–Me gusta mucho, pero no hay sitio para un conductor. ¿Dónde irá el servicio de seguridad?

–Irán detrás de nosotros, pero serán discretos.

–Me encanta, pero voy a necesitar un chal. Iré por uno, no tardaré nada.

Josephine volvió a entrar y subió a la suite, abrió la puerta y oyó a una de las mujeres.

–Dicen que Damian los encontró en el yate, en el camarote de ella, en la cama. Las cosas se pusieron feas… y por eso han prohibido a Damian que venga por aquí.

Josephine se quedó helada y no pudo moverse.

–No me extraña el triángulo amoroso. Siempre ha habido tensión entre los dos –dijo alguien.

–Y no ayuda que el rey siempre haya preferido a Damian…

–¿Dónde está Claudia ahora?

–Creo que en París.

Sintió náuseas, le temblaron las piernas y se apoyó en la pared para sujetarse. ¿Era verdad lo que estaban diciendo las damas de compañía?

¿Alexander había ido a París a ver a Claudia? ¿Era posible que Alexander no fuese quien ella creía que era? Cerró los ojos y se lo imaginó al lado del coche deportivo; lo vio cuando fue por ella en la torre; lo recordó cuando hizo un aparte con ella en la colección de cuadros… ¿Había estado fingiendo ser quien no era? No lo creía. Quizá estuviese loca, pero confiaba en él.

Abrió la puerta de par en par, no hizo caso de las miradas de asombro y siguió hasta su dormitorio.

–¿Se ha olvidado algo? –preguntó Adina siguiendo a Josephine.

Ella eligió una pashmina gris oscuro y se la colgó del brazo.

–Ya lo tengo.

Josephine se dio la vuelta y no paró hasta que llegó a la puerta que daba al

pasillo.

–Por favor –se dirigió a las tres mujeres–, si vais a cotillear, no lo hagáis en mis aposentos.

Josephine no dijo nada durante los primeros veinte minutos de viaje. No quería estropear la noche y deseó no haber vuelto a su cuarto. Estaría mucho más contenta si no hubiese oído eso.

–¿Estás nerviosa por mi forma de conducir? –le preguntó Alexander.

–No. Estaba pensando en una cosa que he oído antes.

–¿Quieres contármela?

–No –ella tragó saliva–. Estoy molesta por ti…

Él frenó en un lado de la carretera y se giró hacia ella.

–Cuéntamelo. Estamos juntos en todo esto.

–Las mujeres hablan, dicen que tú… –ella cerró los ojos y sacudió la cabeza–. No puedo decirlo y tampoco lo creo, así que da igual.

–No da igual porque te altera.

–Dicen que Damian te encontró… en la cama… con Claudia… en el yate…

–¿Qué?

–Que por eso está enfadado…Y que Claudia está en París. Dime que es una coincidencia, dime que no fuiste a París para verla…

–Desde luego que no. Ni siquiera sabía que estaba en París. Y puedo prometerte que no estábamos en la cama. Sé que tengo lagunas de memoria, pero no ha habido nada entre Claudia y yo

desde que rompí la relación. Es posible que no me acuerde del viaje, pero me conozco y no volvería a tener nada con ella cuando está con mi primo. Incluso, me espanta hablar de ella contigo, pero tienes que creerme.

–Te creo –Josephine le acarició la cara–. Me fastidia que la gente de palacio hablé así de ti.

–Damian se crio en el palacio. Aldo, su padre, era gemelo del mío. Creo que Damian nunca ha aceptado que mi padre naciera dos minutos antes que el suyo y fuese el heredero.

–Creo que eso explica muchas cosas –murmuró ella antes de besarlo–, pero no dejemos que Damian y su envidia nos estropeen la noche porque estoy encantada de estar contigo.

–No podría estar más de acuerdo.

Se desviaron por una carretera rural más estrecha y pasaron media hora entre pequeñas casas de campo con preciosas contraventanas.

–Es muy pintoresco.

Entonces, tuvieron que parar porque un rebaño de ovejas cortaba el camino y no se movía.

–Pueden tardar un rato –comentó Alexander poniendo punto muerto.

–Estoy disfrutando muchísimo.

Entretuvo a Alexander hablándole de las distintas ovejas, como si tuviesen personalidades, y del pastor, quien era incapaz de imponerse al rebaño para que cruzara la carretera.

–No es un pastor muy bueno –comentó Alexander cuando ya llevaba diez minutos parados.

–No le apasiona su trabajo, pero para mí es un espectáculo fantástico.

–También va a conseguir que lleguemos tarde a la cena.

–¿Será un problema? –le preguntó ella mirándolo con preocupación.

–No. Es domingo y Julio va a abrir el restaurante especialmente para nosotros.

–Nunca me habían abierto nada para mí…

–Ahora, lo harán. Dentro de cinco días serás la princesa Josephine Alberici.

El sol estaba poniéndose cuando llegaron a la fachada de piedra y madera.

Julio, el dueño del restaurante, los recibió con cordialidad y los acompañó hasta una mesa en una pequeña habitación con ventanas en las cuatro paredes. La vista desde el restaurante, que estaba al

borde de un precipicio, era impresionante.

–Estamos en el monte Bravura –le explicó Alexander–. Es el pico más alto de Aargau y su único volcán, aunque está apagado.

–¡No me extraña que me guste tanto!

La conversación fue muy agradable y solo se vieron interrumpidos cuando el camarero iba llevándoles los platos. Hasta que Josephine miró por una de las ventanas y se dio cuenta de que estaba completamente oscuro y de que el restaurante estaba vacío, menos por el dueño y ellos.

–Tiene que ser tarde –comentó ella–. Los empleados se han ido.

–¿Julio también?

–No, está preparando las mesas para mañana.

–No creo que vaya a importarle echarme cuando quiera irse.

–¿Aunque seas el príncipe Alexander Alberici? –preguntó ella con escepticismo.

–De acuerdo –él se rio ruidosamente–, es posible que no me eche, pero está encantado de que estemos aquí. Mañana se lo contará a todo el mundo y las reservas se triplicarán.

–Bueno, eso me tranquiliza, pero, aun así, me gustaría salir al aire libre.

–¿Porque estás cansada o porque quieres que Julio pueda marcharse a casa?

–Me conoces muy bien –murmuró ella.

Además, pensó que Alexander tenía unos ojos azules preciosos. Le pasó un dedo por los labios porque echaba de menos la pasión entre ellos, la sensación de tensión eléctrica. Él se levantó, le retiró la silla y salieron al patio. La vista le dio una idea de la isla y su tamaño.

–Era lo que necesitaba… –Josephine suspiró–. Me siento casi como en Khronos. Tú y yo solos.

–Echas de menos Khronos.

–Creo que lo echaré de menos siempre. Tenía mucha libertad y echo de menos el mar por todos lados –lo miró a los ojos–. También echo de menos estar allí los dos solos…

Él se apoyó en la barandilla y la abrazó con las manos en la cintura.

–No sabes cuánto te he echado de menos. Quiero sentirte y amarte. Ha pasado mucho tiempo…

Amarla… Ella sabía que no se refería al amor de verdad, pero era vertiginoso oírlo y saber que la deseaba. Quizá pudiese sentirse satisfecha con que la deseara, quizá no necesitase que la amara, quizá el amor de ella fuese suficiente para los dos… Lo miró a los

ojos, captó unos sentimientos que ella no había sentido nunca, se inclinó y lo besó en los labios.

–Ha pasado demasiado tiempo –susurró ella–. Necesito que me ames.

Él también la besó y la estrechó contra sí. Fue un beso ardiente, le separó los labios con la lengua y la introdujo en su boca. Ella sintió como si el beso fuese el principio de algo inmenso y le succionó la punta de la lengua. Él gruñó, bajó las manos a sus caderas y la frotó contra toda la extensión de su erección. Josephine le rodeó el cuello con los brazos y le tiró del pelo al notar la voracidad abrasadora de él. Lo había deseado en Khronos, pero era mucho más intenso en ese momento, sus sentimientos hacían que al anhelo fuese mucho más poderoso.

Su lengua entraba en la boca e imitaba el movimiento de su miembro entre sus muslos. Le tomó un pecho y le pasó la yema de un dedo por el pezón endurecido. Se estremeció y le habría rogado que la tomara allí mismo si el servicio de seguridad no hubiese estado a la vuelta de la esquina y Julio no hubiese estado dentro del restaurante. El vestido de seda no la protegía gran cosa, pero no quería protección, lo deseaba a él para siempre.

–Te tomaría aquí mismo si no creyese que Julio se sentiría incómodo.

–Estaba pensando lo mismo –ella se rio–. ¿Podemos volver a casa y estar juntos?

–Claro.

Volvieron al palacio, él la llevó a su habitación, hicieron el amor dos veces y ella no durmió casi porque no quería olvidarse de lo bien que estaba entre sus brazos, en su cama.

Capítulo 9

EL MARTES había llegado por fin, con la fiesta de gente importante, y la peluquera, la maquilladora y la estilista la marearon durante más de dos horas, pero ya estaba vestida y esperando a que Alexander fuera a recogerla.

Se miró en el espejo. Le encantaba el vestido. No tenía mangas y el escote en uve era… pronunciado. La falda, con bordados en oro, le flotaba alrededor de las piernas cuando andaba y llevaba unos pendientes de brillantes de la familia Alberici. El pelo lo tenía recogido y parecía mayor y más sofisticada.

Alexander llegó justo a tiempo, pero no sonrió ni la halagó cuando entró en su cuarto, la miró desde cierta distancia con los dientes apretados. Las otras mujeres también se dieron cuenta y se hizo un silencio incómodo.

–¿Pasa algo? –preguntó ella sin alterarse–. ¿Es el vestido? ¿Quieres que me cambie?

–El vestido es precioso.

–¿Entonces…?

–Me cuesta entender por qué pareces tan distinta. No sé qué te han hecho, no pareces tú.

–A lo mejor es el pelo –replicó ella llevándose una mano a la nuca–.

Está… peinado…

–Demasiado peinado. Eres demasiado guapa para parecer una vieja –él se acercó para levantarle la barbilla y mirarle el maquillaje–. Estás muy maquillada, ¿no?

–El lápiz de ojos está marcado y el pintalabios es oscuro…

–¿Por qué no lo has impedido?

–Me dijeron que tenían instrucciones para pulirme, para suavizar los rasgos.

–No era necesario, eres preciosa como eres.

Josephine tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas, miró a las mujeres que estaban escuchando desde un rincón y les sonrió levemente.

–No te molestes, por favor. Han estado trabajando mucho para prepararme para esta noche…

–No eres una piedra –la interrumpió el–. No hay que pulirte y si eso es lo que están diciéndote, voy a despedirlas porque quiero que parezcas lo que eres, quiero que tu boca sea como tu boca.

Entonces, de repente, la besó con avidez, como si estuviesen solos. Cuando dejó de besarla, la cabeza le daba vueltas y se sentía dominada por el placer erótico del beso. Le encantaba sentirlo y olerlo, le encantaba cómo hacía que se sintiera cada vez que la tocaba. Lo miró embelesada y él empezó a quitarle las horquillas una a una.

–Le encantarás a la gente, no hace falta que seas quien no eres –la melena le cayó como una cascada sobre los hombros–. Mejor, así me gusta verte –

Alexander se giró hacia las mujeres del rincón–. No le recojáis el pelo hasta que os lo diga Josephine y no la maquilléis tanto. Preguntadle lo que quiere, no se lo hagáis. ¿Entendido?

–No voy a gustarles más por eso –susurró ella mientras se quitaba el pintalabios.

–Es posible –él le besó la palma de la mano–, pero a mí, sí.

Solo llegaron unos minutos tarde y aunque Alexander le había asegurado que era una reunión íntima, se celebraba en el salón de baile… Cuando abrieron las puertas, se agarró a su brazo y se quedó deslumbrada por el esplendor de las lámparas que colgaban del techo, por los espejos de marcos dorados que llenaban las paredes. Intentó absorberlo todo aunque la gente ya estaba inclinando la cabeza a Alexander.

–Tranquila –le murmuró Alexander.

Ella esbozó una sonrisa forzada e intentó aislarse de todas esas personas que estaban mirándola.

–No es una fiesta pequeña –susurró ella.

–Son menos de trescientos –contestó él en voz baja–. Más de los que esperaba, pero menos de los que suelen invitar a recepciones oficiales.

Alexander empezó a presentarle a distintas personas y ella sonreía, pero, sobre todo, sentía su calidez y captaba su olor. Aunque le inquietaba tanta gente, se sentía segura con él al lado, su contacto tenía algo que le daba vida a la piel. Le encantaba y le espantaba. Él no sería suyo jamás, pero la presentaba a la corte como su futura esposa.

–Estás haciéndolo muy bien –murmuró él cuando tuvieron un momento–.

Te adorarán como princesa y luego como su reina.

Ella lo miró a los ojos y quiso decirle que lo amaba, y que le daba igual que la gente la quisiera si él la quería. Más tarde, cuando se mezclaron con los invitados, podía notar su mirada clavada en ella, hacía que sintiera muchas cosas, se sentía viva y sensible,

sobre todo, cuando la miraba así y el cuerpo le vibraba. Se sentía inmensamente femenina, todo eran curvas y suavidad; los pechos, las caderas, los muslos… Le encantaba todo de él; cómo se movía, la amplitud de sus hombros, el brillo burlón de sus ojos azules. Quizá no fuese un error. Quizá fuese la esposa acertada.

La fiesta fue un éxito y las fotos del príncipe Alexander con su hermosa prometida llenaron las páginas de los periódicos, y Josephine supo, por las sonrisas de los empleados, que todo el mundo estaba contento. Ella también estaba contenta, pero porque la fiesta ya había pasado.

A la tarde siguiente se fue al dormitorio de la torre, donde podía estar sola con la vista del mar. Saludó con la mano a Aimee, la secretaria de Alexander, cuando pasó por el segundo piso y asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca. Alexander estaba leyendo un montón de papeles. Fue a decirle algo, pero se lo pensó mejor porque estaba absorto.

La fiesta ya había pasado, la boda sería el sábado y Alexander y ella podrían empezar su vida juntos. Estaba impaciente por formar una familia y se preguntaba dónde criarían a su hijo. Estaba intentando imaginarse el cuarto del bebé cuando calculó mal el paso. Alargó un brazo para protegerse, pero no pudo impedir la caída. Gritó mientras caía y volvió a gritar cuando se golpeó contra las escaleras. Por un instante, se quedó tumbada y aturdida, hasta que consiguió sentarse. Se tocó las piernas y le pareció que no tenía nada roto, aunque le dolía el torso y la espalda.

–¿Qué ha pasado? –gritó Alexander mientras subía corriendo las escaleras.

–Me he caído –contestó ella con tranquilidad para no asustarlo–. Me distraje y me tropecé…

–Podrías haberte hecho mucho daño.

–Lo sé, pero no ha pasado nada.

Él la ayudó a levantarse, pero ella frunció el ceño por la punzada de dolor en el abdomen.

–¿Qué pasa? –preguntó Alexander.

Ella sonrió como pudo para disimular el dolor porque no le parecía el momento de ponerse melodramática. Se había caído, pero había sido una caída leve y no pasaba nada.

–Estoy un poco entumecida por la caída. Tus escalones son duros –añadió ella con despreocupación.

–No deberías subir aquí. La escalera es vieja, estrecha y empinada.

–No me había caído nunca y te prometo que la próxima ver iré

más despacio.

–No habrá próxima vez. La torre está vedada.

–No seas ridículo. Estoy bien. Mírame –ella movió los dedos y dobló los tobillos–. No tengo cortes ni me he roto nada…

–Voy a llevarte a tus aposentos del palacio.

–No tienes que llevarme a ningún lado, Alexander, puedo andar perfectamente.

–Me sentiré mejor si te acompaño.

–Muy bien.

Le tomó la mano y empezaron a bajar, pero ella notó que estaba haciendo un esfuerzo para no tomarla en brazos. Esa preocupación le emocionó. Era un poco exagerado, pero siempre había sido muy protector. Estaba a punto de darle las gracias por todo cuando sintió otra punzada mucho más dolorosa en el abdomen. Se quedó parada y tuvo que mirar a Alexander.

–Pasa algo –comentó él con la voz ronca–. No me digas que no pasa nada.

–Me duele por dentro…

–¿Dónde?

–Aquí –ella se llevó las manos al abdomen–, donde está el bebé.

–Vamos a tu habitación y llamaremos al médico –dijo él mientras la tomaba en brazos.

Estaba en la cama cuando llegó el médico, pero había ido dos veces al cuarto de baño porque había empezado a sangrar. Intentaba dominar el pánico, se decía que solo era un pequeño contratiempo y que todo acabaría bien, pero le escocieron los ojos por las lágrimas cuando el médico le hizo una ecografía Doppler para oír los latidos y vio la expresión tensa de Alexander. Cuando el médico retiró el Doppler y llamó al hospital para que llevaran un ultra sonido, el alma se le cayó a los pies.

–No oye nada, ¿verdad? –preguntó ella con un nudo en la garganta.

–Está de poco tiempo y puede ser difícil oír los latidos con el Doppler, pero el ultrasonido nos permitirá ver los latidos del corazón.

Alexander se lo agradeció, pero ella cerró los ojos y miró hacia otro lado.

Sabía que algo iba mal por la sangre y porque él médico estaba intentando disimular la preocupación.

La enfermera tardó solo treinta minutos en llegar con el aparato, pero se hundió al ver la expresión del médico mientras miraba la imagen del ultrasonido.

–No hay latidos… Lo siento muchísimo.

Se quedó sin respiración por un momento, se sintió como si fuese a desvanecerse en el aire. Sacudió la cabeza varias veces sin poder mirar al médico o a Alexander y se quedó mirando la pared con los puños cerrados incluso cuando el médico ya se había marchado. Era culpa suya.

–Josephine…

Alexander le puso una mano en el hombro, pero ella se la quitó con un gesto brusco.

–No digas nada.

–Sé lo que estás pensando, sé lo que estás diciéndote y fue un error, algo muy sencillo…

–Márchate, por favor –le pidió ella con los ojos cerrados para contener las lágrimas.

–El médico quiere que vayamos a su consulta para el trámite…

–No quiero hacerlo.

–Lo sé, y yo no quiero que pases por eso, pero él cree que tendrás menos peligro de infección…

–Alexander, no.

–Yo también lo detesto, pero tenemos que hacer lo que sea mejor para ti.

El miércoles pasó el… trámite y fue espantoso. El jueves por la mañana no quiso desayunar ni levantarse. La reina Serena fue a su habitación antes del mediodía para decirle cuánto lo lamentaba y que comprendía su dolor porque ella también había perdido un hijo, que podía acudir a ella cuando quisiera y por lo que quisiera.

Josephine sobrellevó la breve visita sin derrumbarse, pero se hizo un ovillo y volvió a llorar en cuanto la reina Serena se marchó. Las seis semanas anteriores habían sido como una montaña rusa y esa última gota era demasiado demoledora. Además, Alexander ya no tenía ningún motivo para casarse con ella. Ella lo había liberado. Se destapó sin dejar de llorar y se levantó de la cama. Debería marcharse y dejar atrás toda esa pesadilla.

Estaba haciendo el escaso equipaje cuando Alexander entró en la habitación. Supo, por su expresión, que alguna empleada lo había avisado de lo que estaba haciendo.

–¿Qué haces? –le preguntó él sin alterarse.

–Quiero ver a mi padre –ella se secó las lágrimas–. Quiero volver a mi casa.

–Tu padre está viniendo aquí para la boda.

–Ya no vamos a casarnos. No hace falta que venga.

Él cruzó la habitación para cerrar la puerta que unía el

dormitorio con la sala de estar donde se habían reunido las empleadas.

–No puedes huir cada vez que hay un problema. Tienes que ser más fuerte que tu miedo.

–Creo que estás confundido. No tengo miedo. Ya no soy necesaria y por eso vuelvo a casa.

–¿No eres necesaria? Eres mi prometida, lo hemos comunicado a todo el mundo, lo hemos celebrado y la boda será dentro de dos días.

–Es una boda íntima, no será muy difícil cancelarla.

–No lo entiendo. Ya sé que estás desolada, pero ¿por qué nos haces esto a nosotros?

–¡Porque nosotros no existimos! –gritó ella tirando una camiseta–. Esto nunca se ha tratado de ti y de mí, solo se ha tratado del bebé y el bebé ya no existe.

–Eres mi prometida. Vamos a casarnos dentro de dos días.

–¿Por qué? Ibas a casarte conmigo porque estaba embarazada y ya no estoy embarazada. Puedes ir a buscar a Danielle o a otra princesa. Yo nunca he querido ese título.

Josephine se incorporó y pasó por encima de la ropa con ganas de escapar, pero no habría escapatoria hasta que estuviese en la isla, en su propio mundo.

–No voy a romper nuestro compromiso –insistió él en tono tajante–. No puedo humillar a mi padre con otro compromiso roto. Lo mataría…

–¡Va a morirse en cualquier caso!

–¿Cómo te atreves despreciarlo así? –él se acercó a ella con rabia, pero se detuvo.

–No quiero despreciarlo, Alexander –replicó ella con la voz rota–. Intento salvarnos del desastre. No me amas, me deseas. Me has… seducido, pero no hay una relación verdadera. Puedo servirte en la cama y para algunas apariciones importantes, pero ¿para qué iba a quedarme? Dame un solo motivo.

Ella estaba temblando por las ganas de oírle decir que la amaba y que la quería no porque estuviese embarazada ni porque ese fuese su deber, sino porque no podía ni quería vivir sin ella.

–Hiciste una promesa –insistió él con los dientes apretados–. Hemos anunciado la boda y no voy a decepcionar a mi padre otra vez, no pienso.

No era lo que ella necesitaba oír y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Entonces, me atrapas y me decepcionas a mí.

–Pronto te quedarás embarazada otra vez.

–Sabía que no eras un hombre sensible, pero tu falta de empatía es increíble.

–¿Mi falta de empatía? Mi padre está muriéndose…

–Y mi hijo acaba de morirse –Josephine se secó las lágrimas. Alexander no tenía ni idea del daño que le hacía con lo que decía–. Ya sé que tu padre es un rey y que yo soy una estadounidense normal y corriente, pero ¿te importaría dejarme que me apene por lo que acabo de perder? ¿Acaso el deber y tu conflictiva relación con tu padre te absorben tanto que no me permites llorar y aliviar el dolor?

Por fin, lo había callado. Se quedó rígido y con un gesto inexpresivo.

Debería haberse sentido satisfecha porque había dicho algo que había atravesado la coraza que cubría sus sentimientos, pero no podía soportar que lo hubiese hecho por haber perdido el bebé, habría preferido que hubiese sido porque la amaba, porque hubiese estado dispuesto a pelear por ella.

Vio el dolor de Josephine y lo desasosegó. Era muy abierta y vulnerable y podía sentir lo que sentía ella, pero esos sentimientos tan intensos hacían que él se cerrara en sí mismo. Siempre había tenido problemas con los sentimientos, pero la muerte de su padre era la última oportunidad que tenía de reconciliarse con un padre que nunca lo había necesitado o querido. Ese era el momento de ser el hijo que Bruno había querido y necesitado.

–No soy indiferente –replicó él en voz baja–. Estoy más dolido de lo que puedo expresar…

–No te creo.

–Lo siento –replicó él inclinándole ligeramente la cabeza.

–Déjame que me marche –le pidió ella con lágrimas en los ojos.

–No.

–No me necesitas…

–Sí te necesito.

–¡Eso son solo palabras!

Pero las palabras tampoco le salían fácilmente. En realidad, anhelaba abrazarla y consolarla, pero tenía que dominarse. Le espantaba lo que estaba pasándoles, pero había cosas por encima de su tragedia personal.

–Lo superaremos –añadió él sin inmutarse–. Te lo prometo.

–Me decepcionas –susurró ella mirando hacia otro lado–. Llegué a creer que podríamos conseguir que el matrimonio saliera bien, que había algo entre nosotros, pero estaba equivocada. La palabra

«nosotros» no existe en tu mundo, solo estás tú; tu título, tu porvenir…

Estaba equivocada, claro que existía «nosotros», pero no tenía fuerzas para discutir y dejó de centrarse en lo que decía Josephine. Lo habían maltratado en el internado porque padecía. En la Armada le habían enseñado a ser duro y, otra vez, los sentimientos habían sido despreciables, hacían que un hombre fuese débil cuando tenía que ser fuerte y tener la cabeza clara.

No, no sentiría el dolor de ella, su dolor y su decepción no cambiarían nada. Su padre estaba muriéndose y el país necesitaría otro rey. Tenía que cumplir con su deber y honrar el nombre y la memoria de su padre.

No sabía por qué había estado en aquel yate cerca de Khronos. Tampoco sabía lo que había pasado y por qué lo había salvado ella, pero había pasado, estaban allí y todo estaba a punto de cambiar. Era posible que a Josephine no le gustara lo que estaba pasando, pero estaría a la altura de las circunstancias, como lo había estado con el bebé. Josephine sabía lo que era el honor y, a su manera, entendía lo que era el deber. Llegaría a ser una gran reina. Solo le gustaría que el camino fuese menos doloroso.

–Podrás ir a Khronos después de la boda. Podrás tomarte algún tiempo cuando estemos casados.

–No, no habrá un después de…

–Josephine, por favor, piénsalo, mira la situación general si puedes…

–¿Te refieres a ti y lo que tú quieres? –preguntó ella con amargura.

Alexander apretó los dientes. Ella no entendía que estaba intentando que su padre tuviese tranquilidad de espíritu para que dejara este mundo y el dolor que le atormentaba el cuerpo. Su padre no lo dejaría si creía que la familia estaba en crisis.

–Mi padre es un luchador que ha vivido entregado a su país, pero sufre un dolor espantoso y constante y quiere… marcharse. Solo vive para vernos casados. Si no, intentará aferrarse a la vida y eso solo hará que sufra más.

Tenemos que evitarle el dolor, no puede pensar que estamos en crisis.

Necesita que seamos fuertes, necesito que seas fuerte. Siento haberte hecho daño y haberte decepcionado, pero piensa en él y en mi madre. Necesitan que seamos valientes y necesitan saber que la monarquía no está en crisis.

Ella se quedó inmóvil. Lo miró tanto tiempo que él pudo ver el

temblor de sus labios y el brillo de las lágrimas de rabia.

–Ojalá no hubieses aparecido por Khronos –dijo Josephine con la voz ronca–. Ojalá no hubiese visto el yate anclado en la cala ni te hubiese visto a ti y a tus amigos. Ojalá tuviese amnesia y pudiera borrarlo todo para no tener que recordarlo tampoco.

Él sintió que las palabras eran como trozos de cristal roto que le arañaban la piel.

–Yo le doy gracias a Dios todos los días porque estabas allí, y porque estás aquí. Lo superaremos, somos una familia fuerte y tú ya eres parte de ella.

Estás dolida y alterada, pero este es tu sitio, conmigo. No puedes huir, no nos quedan ni alternativas ni tiempo. Haremos lo que hay que hacer. Tú y yo juntos.

Ella parpadeó y miró hacia otro lado como si intentara dominar los sentimientos. Lo había pasado muy mal, pero no podían darse por vencidos en ese momento. Su padre necesitaba paz. La boda se celebraría según lo previsto y todo acabaría bien. Josephine se quedaría embarazada otra vez y tendrían un heredero. Alexander estaba seguro y por eso pudo ir al lado de su padre para decirle que todo iba bien y que estaban impacientes para que llegara el sábado para casarse.

Capítulo 10

EL NO quería la verdad, no quería los sentimientos de ella… No sentiría y no se preocuparía más por él. Cumpliría con su deber, se casaría y después se marcharía. Volvería a Khronos y se quedaría hasta que la fundación diera otro destino a su padre. Lo acompañaría a donde fuera y lo ayudaría, él trabajo la absorbería y le gustaba la idea de ir a otro sitio. Se imaginaba la posibilidad de volver a Perú porque ya no volvería a sentir lo mismo por Khronos, Alexander lo había estropeado.

El sábado por la mañana, estaba aturdida mientras la ayudaban a vestirse.

La boda era a última hora de la mañana, cuando mejor se encontraba el rey Bruno. El vestido parecía sacado de un cuento y ella parecía Cenicienta en el baile, aunque era blanco y con una cola increíblemente larga. También tenía unas mangas largas y transparentes y el velo de encaje, largo como la cola, iba sujeto por una diadema. La peluquera le rizó un poco el pelo y dejó que cayera como una cascada y la maquilladora tardó cuarenta minutos en intentar que pareciera resplandeciente en vez de demacrada.

Sus damas de compañía la acompañaron hasta la entrada del palacio, donde la esperaba un carruaje especial. Su padre, de etiqueta, la esperaba al lado del carruaje y parecía nervioso.

–Estás muy guapa, Josephine –su padre le tomó las manos y se las apretó–.

Te pareces mucho a tu madre. Ojalá hubiese estado aquí para verte, estaría muy orgullosa de ti.

Ella, entonces, se alegró de no haberle contado que había perdido el bebé, que se había enfurecido y que pronto volvería a Khronos. Le concedería ese momento, se lo merecía.

–Creo que mamá está aquí –susurró Josephine.

–Ella quería lo mejor para ti –a su padre se le empañaron los ojos de lágrimas–, nunca se habría imaginado que ibas a convertirte en una princesa.

Josephine no pudo decir nada y se alegró cuando el lacayo abrió la puerta del carruaje y su padre la ayudó a subir. Las damas de compañía le subieron la cola y el velo, ellos se sentaron juntos y cerraron la puerta. El recorrido hasta la catedral debería haber sido corto, pero había miles de personas por las calles que la vitoreaban. Ella parpadeaba para contener las lágrimas de emoción por los

vítores y porque no se había esperado ese recibimiento. Sin embargo, todo se convirtió en algo nebuloso cuando llegó a la catedral. Las damas de compañía ya habían conseguido llegar, le estiraron otra vez el vestido y le dieron el ramo.

El recorrido por el pasillo le pareció interminable. La luz entraba por la vidrieras y la acústica del órgano era perfecta gracias el altísimo techo. A su madre le encantaba la música clásica y pensar en eso la tranquilizó mientras se acercaba al altar. Vio a Alexander junto al sacerdote. Iba vestido con el uniforme de la Armada Real, una casaca negra con hombreras llenas de galones dorados y medallas en el pecho. Tenía el pelo peinado hacia atrás y estaba muy guapo y viril. Por una parte, se emocionó al saber que era suyo, pero, por otra, no le perdonó que no la amara. Ese día debería haber sido un día feliz, no el cumplimiento de una obligación.

Cuando llegaron, su padre le puso la mano en la de Alexander y se retiró para ocupar su sitio en el banco delantero. Notó que Alexander la miraba, pero ella no pudo mirarlo. Solo quería que todo aquello terminara, que pudiera quitarse ese vestido maravilloso y la diadema de diamantes que, según le habían contado, valía millones de euros. Estaría casándose con Alexander, pero no le habían contado cuentos de hadas cuando era pequeña y ya no quería ser su princesa.

La vuelta al palacio fue tensa, pero no silenciosa porque la multitud los vitoreaba estruendosamente mientras iban en el carruaje. Ella levantaba la mano y sonreía, pero no miró a Alexander ni una sola vez. Él intentó convencerse de que no le importaba, pero sí le importaba, y mucho. Por eso, dejó de mirar el elegante perfil de Josephine para saludar con la cabeza y la mano al gentío.

Había hecho lo que tenía que hacer. Se había casado, algún día tendría un heredero y, en ese momento, su padre podría volver a su cama para tomar la medicina y aliviar el dolor.

–Creo que deberíamos dejar el champán y la tarta para esta tarde –comentó él mientras pasaban por las verjas del palacio–. Es mejor que mi padre descanse y que mi madre se relaje. Nos reuniremos antes de la cena y brindaremos antes de que tu padre se marche.

–Sí, Alteza –replicó ella girándose y mirándolo a los ojos.

–Josephine…

–Ya tienes lo que querías, Alexander. Tu padre puede descansar, pero, por favor, no esperes que lo celebre.

Josephine acababa de ponerse una falda tubo y una blusa muy

elegante cuando llamaron a la puerta. Era una de las damas de compañía y estaba llorando.

–Se ha marchado… El rey Bruno ha muerto…

No hubo ni tarta ni champán y la boda quedó eclipsada por la muerte del querido rey de Aargau.

Ella no sabía qué sentir. Por un lado, se alegraba de que el rey no sufriera más, pero lo sentía por Serena y Alexander. Habían esperado su muerte, pero no tan pronto. Quizá fuese mejor que hubiese sido tan repentina; quizá fuese mejor que hubiese sido ese día para que desviara la atención de los recién casados al difunto rey.

El padre de Josephine volvió a Khronos y ella se quedó en sus aposentos o, como mucho, salía por el recinto del castillo, por la rosaleda o por el huerto.

Alexander no acudió a ella ni ella a él.

En cambio, sí pasaba todas las tardes media hora en los aposentos de la reina para leer o para intentar aprender a hacer costura. Se le daba fatal, pero su esfuerzo parecía complacer a Serena y lo intentaba. También servían el té y las dos fingían que se comían uno de los pasteles que iban en la bandeja.

Mientras estaban juntas, Serena no hablaba de su hijo y Josephine tampoco sacaba el tema. Algunas veces, Serena comentaba algo sobre el funeral, que sería enseguida, y ella escuchaba y asentía con la cabeza porque era lo que parecía que necesitaba la reina.

Josephine también necesitaba hablar con alguien, pero las mujeres que tenía alrededor eran empleadas, no amigas. Le habría gustado tener una amiga en el palacio, alguien de su confianza a quien pudiera pedirle consejo.

Evidentemente, Alexander ya no la necesitaba. Estaba muy ocupando organizando el funeral y la coronación. No la necesitaba para nada.

Había decidido que se marcharía al día siguiente del funeral. Lo mejor sería que desapareciera. A ella no le gustaban las despedidas y Alexander tampoco la buscaría, ya no la necesitaba.

Alexander estaba en el despacho de la torre cuando su secretaria le anunció que tenía una visita.

–Es Claudia –le avisó la secretaria–. La he llevado a la biblioteca, me ha parecido mejor que el palacio.

–Gracias.

Subió a la biblioteca y se encontró a Claudia yendo de un lado a otro.

–No sabía si me recibirías.

–¿Por qué no iba a recibirte?

–Nos has evitado a todos desde el viaje.

–Gerard me contó que te habías marchado de Roche un tiempo. Alguien me dijo que a París.

–He estado en Zúrich, no en París –ella lo miró con dureza–, pero creí que sabría algo de ti. Incluso, le dejé mi número a tu secretaria. Cuando no me llamaste, empecé a preocuparme.

–¿Por qué? –preguntó él con una ceja arqueada.

–No te acuerdas de la pelea durante el viaje, ¿verdad?

–¿Por qué lo dices?

Claudia se sentó en una butaca de orejas.

–Porque no dejo de pensar que si recordaras lo que pasó, habrías hecho algo. Sin embargo, no has hecho nada y me has tenido en vilo mientras esperaba a que me llamaras. No quiero causar problemas, pero me parece que algo va mal, que esto es impropio de ti.

–¿Qué debería haber hecho?

–¿Entonces o ahora? –preguntó ella con la frente arrugada.

–En los dos casos –contestó Alexander, que no soportaba esas lagunas en la memoria.

–Creo que tenemos que respaldarnos y tengo que decirte que no me hiciste nada en ningún momento. Lo sabes, ¿verdad?

Él se agarró las manos a la espalda sin atreverse a hablar. ¿Por qué estaba allí Claudia? ¿Qué quería? ¿Iba a pedirle dinero?

–No sé a qué está jugando Damian contigo, Alex, pero aquella noche no estabas bebido y no me hiciste nada –a Claudia se le quebró la voz–. Fue él.

Tú me salvaste. Nos encontraste en mi balcón e intentaste ayudarme, pero él te golpeó con el farol. Salí corriendo, aterrada, y he estado aterrada todos los días desde entonces.

–¿Por qué? –preguntó él aguantando la respiración.

–Porque creí que te había matado y me daba miedo que me matara. Luego, cuando te encontraron, temía que intentara silenciarme. He estado escondiéndome de él y de todo el mundo, pero no puedo vivir así, esquivándolo toda la vida.

–¿Por qué os peleabais aquella noche?

–Él creía que estaba coqueteando contigo. No puede soportar que hable contigo o te mire, está muy celoso de ti. Tienes todo lo que él siempre ha querido…

–Siempre fue como un hermano para mí. Cuando éramos pequeños, me salvaba de las peleas.

–Eso tampoco es verdad. Él estaba detrás de aquellas peleas. Siempre llegaba cuando ya te habían pegado y estabas sangrando, ¿verdad? ¿Nunca te preguntaste por qué aparecía cuando estaban pegándote? Era porque pagaba a otros niños para que te pegaran, para que él pudiera parecer un héroe cuando, en realidad, quería hacerte daño.

–¿Qué quieres de mí? ¿Dinero? ¿Qué quieres, Claudia?

–Solo quiero estar a salvo. Por eso voy a marcharme. Tengo amigos en Vancouver y dinero, pero tenía que decirte la verdad. No podía marcharme y dejar que creyeras que tuviste alguna culpa de lo que pasó en aquel viaje.

–Entonces, no soy un monstruo…

–¿Un monstruo, Alex? Jamás. ¡Siempre has sido mi héroe!

Aimee acompañó a Claudia a la puerta y Alexander se quedó intentando asimilar lo que había oído. No le había hecho nada a Claudia, no había traicionado a nadie ni había fallado a nadie, menos a Josephine, claro. Tragó saliva porque ella, precisamente, era quien más se merecía su amor y su lealtad.

Volvió al palacio para buscarla, pero no estaba allí. Una de las empleadas le dijo que podía estar en la huerta, que le gustaba ir a allí a última hora de la tarde. Él no lo sabía y creyó que debería haberlo sabido. Cruzó la rosaleda y llegó a la huerta, donde la encontró sentada debajo de un melocotonero. Lo miró sin sonreírle, como si fuese un desconocido. A él se le encogieron las entrañas, se habían convertido en desconocidos desde la boda.

–¿Puedo ayudarte…? –le preguntó ella con frialdad.

Él quería besarla, acariciarla, amarla… pero se quedó rígido porque, probablemente, los empleados estarían mirando y había cámaras de seguridad por todos lados.

–Quería decirte que Claudia ha venido a verme esta tarde –él frunció el ceño al no saber por dónde empezar–. Me dijo que creía que yo no recordaba lo que había pasado en el yate y que debería saberlo.

–¿Qué pasó?

–Hubo una pelea, pero fue entre Damian y Claudia.

–Entonces, ¿por qué caíste tú al agua?

–Según Claudia, yo intervine y la salvé de Damian, que se puso violento y me golpeó con el farol. Claudia salió corriendo y no dijo nada porque temía que Damian fuera contra ella.

–Será un alivio para ti saber todo eso.

Alexander se acordó de Khronos, de lo sencilla que había sido la vida y de lo feliz y libre que había sido con ella. Ella también había

sido feliz.

–También quería decirte que lo siento por haberte obligado a casarte cuando, evidentemente, no querías…

–Perfecto. Haces bien en lamentarlo –ella se levantó–. Efectivamente, me has obligado a casarme y puedes ser muy egoísta, pero no me sorprende que acudieses en ayuda de Claudia, siempre cumples con tu deber.

Josephine se marchó y la falda le rozó cuando pasó de largo a su lado.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Se tumbó temblorosa en la cama.

Ya no le quedaba nada que hacer, había llegado el momento de marcharse.

Afortunadamente, el funeral del rey Bruno sería por la mañana. Esa noche haría el equipaje y se marcharía en cuanto volviera.

El funeral se celebró en la misma catedral donde había sido la boda y estaba repleta de reyes, príncipes y líderes políticos de todo el mundo. Fue una ceremonia muy solemne y con dos oradores; Alexander y Damian.

Alexander habló primero y destacó las virtudes de su padre y la pasión que sentía por su país. Damian habló sobre la fuerza y vitalidad de su tío Bruno y de lo unidos que habían estado, más como un padre y un hijo que como un tío un sobrino. Josephine vio que Alexander apretaba los dientes y cerraba los puños.

Dos horas más tarde, echó una última ojeada a sus aposentos, tomó la pequeña maleta y salió al pasillo. Había escrito una nota para Alexander y pensaba dejársela en su cama, pero oyó voces al acercarse a sus aposentos y se quedó en la puerta de la sala para no interrumpir. Hasta que una de las voces se elevó en tono amenazante.

–¿Crees que no voy a decirle al Parlamento lo que has hecho solo porque tu padre ha fallecido? ¿Crees que voy a protegerte cuando eres un hombre violento e impredecible que no puede gobernar al país ni llevar la corona?

Josephine se estremeció al reconocer la voz de Damian, mejor dicho, se estremeció porque se acordó del yate y de las voces que había oído la noche que lo salvó. Era la misma voz, la misma rabia… El miedo se adueñó de ella, no por sí misma, por Alexander. No podía abandonarlo y giró lentamente el picaporte hasta que pudo abrir un poco la puerta y miró dentro. Alexander estaba sentado en una butaca sin inmutarse y Damian iba de un lado a otro.

–Lo contaré todo –siguió Damian–. Voy a destruirte, todo el mundo sabrá quién eres, nadie creerá en ti cuando sepan que tienes problemas mentales y lagunas de memoria…

–¿De qué hablas? –Josephine abrió la puerta y entró con una sonrisa–.

Pareces… enloquecido, Damian. Me sorprende porque tu homenaje al rey Bruno ha sido conmovedor. ¿Fue una representación o la representación es esta?

–Josephine… –le advirtió Alexander levantándose de un salto.

–Explícame una cosa, por favor –siguió ella acercándose a Damian sin dejar de sonreír–. ¿Por qué crees que van a creerte a ti y no a él?

–Porque tiene el cerebro dañado. Ha perdido la memoria y…

–La perdió, pero la ha recuperado. Me lo contó todo, lo sé todo. ¿Quieres saberlo tú? Le odias porque es el heredero. Durante el viaje, te morías de celos porque él sería pronto el rey. Tú no lo serías mientras él viviera. Por eso atacaste a Claudia, porque sabías que Alexander acudiría a ayudarla. Cuando lo tuviste donde querías que estuviera, agarraste un farol, lo golpeaste en la cabeza y lo empujaste por encima de la borda –ella estaba justo delante de Damian y casi temblaba de furia–. También creíste que quedarías impune, que serías el próximo rey de Aargau, pero Alexander volvió y perdiste la oportunidad. Puedo imaginarme tu desolación, casi me das lástima.

Damian la miró fijamente antes de retroceder y soltar una risotada.

–Has estado muy bien, casi me convences, pero no tienes pruebas, él no recuerda…

–Claro que recuerda. Me lo ha contado todo, ¿cómo crees que lo sé?

Damian dejó de reírse y miró a Josephine y a Alexander alternativamente.

–Si lo sabía, ¿por qué no ha hecho algo? Porque tiene el cerebro dañado…

–No tengo el cerebro dañado –lo interrumpió Alexander–, y Josephine tiene razón. Se lo conté todo y ella se lo contó al personal de palacio, que, a su vez, lo ha transmitido al servicio de seguridad –él se acercó a Josephine y le rodeó la cintura con un brazo–. La guardia del palacio tiene órdenes de detenerte si vuelven a verte cerca del palacio o de alguien de la familia real.

–Es mentira, es un farol. No puedes detenerme sin pruebas y nunca tendrás ninguna…

–Alteza, la guardia de palacio está aquí –lo interrumpió una voz desde la puerta.

Todos se dieron la vuelta mientras Gerard entraba con el servicio de seguridad del palacio.

–Lo hemos oído todo y tenemos pruebas suficientes para condenarlo –resumió Gerard.

–¡No he hecho nada! ¡Son testimonios de oídas! –gritó Damian.

–Pude recuperar la grabación que faltaba de la cámara de seguridad. Todo lo que dijo Josephine es verdad.

–No hay cámaras de seguridad –replicó Damian–. Lo sé, comprobé el camarote y la cubierta…

Gerard hizo un gesto a los guardias y Damian, presa del pánico, extendió los brazos.

–Un momento. Me marcharé de Roche. Prometo que no volveré…

–No de Roche, de Aargau –lo interrumpió Alexander–. Si te encuentran intentando entrar en Aargau, te detendrán y acusarán de un delito contra el Estado. ¿Entendido?

Había sido un día complicado, pero por fin estaba en su dormitorio con Josephine.

–Me has salvado dos veces.

Alexander se sentó en una butaca al lado de la cama y la sentó en sus rodillas, aunque se quedó tiesa y rígida. No se lo reprochaba, pero estaba muy orgulloso de ella.

–¿Cómo voy a vivir sin ti? –preguntó él acariciándole el pelo–. Es imposible y por eso no puedo dejar que te marches.

–No puedes obligarme a que me quede. Ya no voy a permitir que me den más órdenes.

–Muy bien, entonces, tendré que encerrarte en la torre otra vez.

–¿No has aprendido nada durante las semanas pasadas? –preguntó ella mirándolo con rabia.

–Sí. Ya te lo he dicho, pero no me escuchas. No puedo vivir sin ti.

–No te pasará nada, ya no corres peligro.

–No es verdad –él se rodeó un dedo con un rizo de ella–. Corro el peligro de perderte y eso me rompería el corazón. ¿Qué rey iba a ser con el cerebro dañado y el corazón roto?

Ella dominó una carcajada, pero él notó que se le contraía la espalda.

Estaba bien sonreír y tenerla así. Lo había echado mucho de menos.

–Estarás muy bien sin mí –insistió ella con la voz ronca–.

Encontrarás otra princesa.

–Jamás. Eres la única princesa que quiero y la única mujer que amo –

Alexander le giró la cabeza–. Te amo, Josephine, y sé que no te merezco, pero te pido una segunda oportunidad. Déjame que te demuestre cuánto te amo y lo arrepentido que estoy por haberte hecho daño…

–Me hiciste daño.

–Lo sé. No fui sensible cuando perdiste el hijo y no debería haberte obligado a que te casaras. Debería haberte dejado que te marcharas y que hubieses vuelto cuando hubieses querido. Bueno, la verdad es que no estoy siendo sincero. Siento lo que hice, pero la verdad es que volvería a hacerlo si creyera que podía perderte. No dejé que te marcharas porque me daba miedo que no volvieras. Te obligué a que te casaras porque no podía imaginarme la vida sin ti. No puede haber otra. Dime que podemos conseguir que esto salga bien, dime que me darás otra oportunidad. No hace falta que me ames ni que me perdones, solo dime que me darás tiempo para corregirlo porque eso, tiempo, es lo que siempre ha ido en nuestra contra. Necesito pasar tiempo contigo para demostrarte que puedo hacerte feliz, que te sientas a salvo y…

–Ya lo haces –lo interrumpió ella parpadeando para contener las lágrimas–.

Te amo desde que te vi en la playa, estaba destinada a rescatarte y a amarte.

–Entonces, que sepas que siempre te necesitaré y te amaré, que siempre estaremos juntos tú, yo y todos los hijos que tengamos.

–¿Crees que podremos tener otro hijo? –le preguntó ella con lágrimas en los ojos–. Quiero formar una familia contigo.

–Claro que los tendremos, te lo prometo.

Capítulo 11

ESPERARON a que terminara el luto para irse de luna de miel. Luego, llegó la coronación con todo el boato que exigía la coronación del rey de Aargau. Hasta que, por fin, los invitados se marcharon y la vida entró en una rutina placentera. Alexander trabajaba durante el día, pero era suyo por la noche y hacían el amor con una pasión inagotable.

Sin embargo, a los dos meses de solo ver las paredes del palacio, anheló un cambio y le comentó a Alexander que le gustaría hacer algo distinto. Creyó que no le había escuchado, pero al día siguiente, mientras desayunaba, entró en su cuarto y le dijo que saldrían al cabo de una hora.

–¿Qué tengo que ponerme? –preguntó ella.

–Algo cómodo, y lleva un jersey o una cazadora por si refresca.

Los llevaron al embarcadero y Josephine miró con nervios la embarcación.

–¿Adónde vamos?

–Tardaremos media hora en barco, pero es la única manera de llegar.

Ella se montó en la lancha con la esperanza de no marearse.

–¿No vas a decirme nada más? –preguntó ella mientras se sentaban.

–Dentro de un rato. Por el momento, relájate y disfruta de la aventura.

Ella asintió con la cabeza aunque tenía el estómago encogido y había tenido náuseas esa mañana. Se aferró a su asiento y rezó para que no vomitara mientras la lancha surcaba las olas. Seguramente, no era la mejor aventura cuando se sentía mal, pero Alexander parecía tan contento que no iba estropearle la ilusión.

–¿Adónde vamos? –volvió a preguntar ella al cabo de un rato mientras seguía tragando saliva.

–Hay un peñasco muy remoto, pero me ha parecido que podía gustarte, que podías necesitar un sitio con mucho sol y playas solitarias –contestó él con una sonrisa cariñosa–. Un sitio donde puedas ser una sirena y criar a nuestros hijos lejos del protocolo y las reglas.

A Josephine le escocieron los ojos. ¿Lo sabía? Ella no había dicho nada, pero sí había visitado a un médico y le había confirmado lo que sospechaba.

–Estás describiendo el paraíso…

–Yo no lo llamaría el paraíso –replicó él–, pero es tuya, estoy regalándote una isla.

–¿Una isla mía?

–Está allí delante, no dejes de mirar el horizonte.

Ella entrecerró los ojos mientras él le contaba más cosas sobre esa isla. Era rocosa y no servía para nada, pero tenía una playa y una cala que no usaba nadie porque había sido propiedad de la familia Alberici desde hacía ciento sesenta años.

Entonces, vio algo que surgía del mar. No era muy grande, pero tampoco era tan pequeña como se había imaginado. La lancha aminoró la marcha cuando entraron en la cala de agua color turquesa. Los lados eran rocosos y altos, pero la playa era preciosa y con arena color marfil. El piloto de la lancha los acercó todo lo que pudo y apagó el motor. Alexander se bajó de un salto.

–Vamos, reina –él extendió los brazos–. Evitaré que te mojes.

–Te recuerdo que me gusta el agua.

–Sí, tienes agallas y escamas.

Ella se rio y él le tomó para llevarla, relativamente seca, hasta la playa.

Una vez allí, la dejó sobre la arena. No había nada en kilómetros a la redonda.

–Es perfecta –comentó ella–. Me encanta. ¿Se puede plantar una tienda de campaña?

–Ya lo he pensado. Déjame que te enseñe todo a ver si te parece que tiene posibilidades.

La tomó de la mano y la llevó hasta un sendero que subía por un túnel en la roca. A Josephine le sorprendió la proeza de la naturaleza para excavar ese túnel en una piedra que, probablemente, era volcánica. Entonces salieron a la luz, a un claro que tenía en el medio una casa casi idéntica a la suya de Khronos. Se quedó boquiabierta. Tenía la misma forma, la misma piedra y las mismas puertas y ventanas. Fue apresuradamente, entró y vio las vigas que cruzaban el techo, una chimenea de piedra en el centro y dos dormitorios, aunque el dormitorio principal era el de la parte delantera y el otro se había dividido en dos, con una cuna y literas, como preparado para muchos hijos.

–Es mi casa… –susurró ella dándose una vuelta.

–La he copiado lo mejor que he podido. El contratista quería poner más electrodomésticos, pero me negué. Le dije que tenía que estar alejada de la civilización.

–Me has devuelto mi casa –murmuró ella con la voz quebrada.

–Con toda la tecnología solar que hemos podido encontrar –Alexander salió de la casa y le enseñó una celosía que tapaba los paneles–. Energía solar para producir electricidad para las comunicaciones y para una potabilizadora que te dé tanta agua como tú y tu huerta necesitéis.

Estaba abrumada y no podía creerse el esfuerzo que había hecho para recrear su mundo.

–No habréis traído las piedras de fuera…

–No. La isla tiene mucha piedra y la hemos cortado aquí mismo.

–Pero habría sido muy costoso.

–¿No puedo hacerle un regalo de boda a mi esposa?

–¿Tu pueblo pedirá mi cabeza?

–Mi pueblo es tu pueblo y quiere que tú y mis hijos sean felices –la abrazó y la besó con un cariño infinito–. Tendrás más hijos. Todo saldrá bien. A lo mejor tarda un poco…

–Lo sé –lo interrumpió ella–. Saldrá bien siempre y cuando estemos juntos, como amigos, amantes, colaboradores… y padres.

–Sí, seremos padres –afirmó él con convencimiento.

–Dentro de seis meses –añadió ella dándole un beso–. Además, si quieres, la semana que viene podremos saber el sexo.

Alexander se quedó boquiabierto y parpadeó para contener la emoción.

–Un bebé…

–Nuestro bebé.

–¿Has ido al médico?

–Sí. También he visto la ecografía y todo está bien. Aunque no puedo subir y bajar escaleras…

–Ni montar en lanchas que van dando saltos. ¿Por qué no me los dicho?

–El viaje en lancha ha estado muy bien. Además, iba a decírtelo este fin de semana, tenía pensado algo especial, pero esto ha sido mucho mejor.

–Voy a llamar al helicóptero para que nos lleve a casa.

–Alexander…

–No voy a correr riesgos. Te amo, Josephine, más de lo que llegarás a saber en toda tu vida.